

Changmarín



Las Mentiras Encantadas

Cuentos



Editorial Universitaria
Panamá, 1997

**AUTORIDADES DE LA
UNIVERSIDAD DE PANAMÁ**

Dr. Gustavo García de Paredes
Rector

Dr. Rolando Murgas Torrazza
Vicerrector Académico

Dr. Gustavo Arosemena Grimaldo
Vicerrector de Investigación y Postgrado

Dr. Justo Medrano V.
Vicerrector de Extensión

Lic. Egbert Wetherborne
Vicerrector de Asuntos Estudiantiles

Mgtr. Gloriela H. de Rengifo
Vicerrectora Administrativa

Mgtr. Miguel Montiel Guevara
Secretario General

Changmarín

Las Mentiras Encantadas



Editorial Universitaria
Panamá, 1997

Las Mentiras Encantadas

© Editorial Universitaria, 1997.
Estafeta Universitaria.
Panamá, República de Panamá
Tel. 264-2087
Fax. 269-2684

© Changmarín

Director: Dr. Pablo Armuelles
Editora: Mary Rosas Bader
Supervisora de Ediciones: Prof. Efigenia Cedeño G.
Levantado de texto: Prof. Ernestina de Lamar
Prof. Efigenia Cedeño G.
Corrección del texto: Rogelio Reyter Vogel
Ilustraciones interiores y portada: Changmarín
Diseño y diagramación: Licda. Dafne Ramírez A.

Aprobado por el Consejo Editorial Universitario.

Primera Edición, 500 ejemplares.

Impreso en los Talleres de la Imprenta de la Universidad, 1997.

Las Mentiras Encantadas

DEDICATORIA

A mis hijos:

LIA, ABRIL, CELESTE Y RENE

INDICE

Prólogo

Cuentos para ser contados.	
Pedro Rivera.....	11

CUENTOS

Vivir de cuentos y morir sin cuento.....	13
Caballomar.....	21
Pablo Angeles.....	29
Gallofuego.....	37
La abuela del Tigre.....	49
El congo Pajarité de mala muerte.....	59
Los infundios sobre el amor y la muerte del dotore Ciprián Virola.....	69
La muchacha de los ojos redondos y los cabellos largos.....	77
Miedo de verla.....	85
El extraño suceso de la Segunda Guerra Mundial en un pueblo de Panamá.....	101
El tremendo susto de la bella Iguandili.....	119
El perro Tigre.....	137

Estos sí no son "cuetes".. ¡carajo!.....	147
Escuela Técnica, Padre Sinforoso Fonseca.....	159
Huevos de caballo fino.....	171
GLOSARIO.....	181

PRÓLOGO

Cuentos para ser contados

Pedro Rivera

1

Dicen que los personajes de los cuentos tienen mucho del autor. Algo de Juancuento, en el buen sentido, tiene Changmarín porque desde hace mucho anda con su saco inflado, desparramando historias, poemas, "tallas" -diciéndolos, escribiéndolos, dejándolos escurrirse como pájaros- para que otros, como sus décimas, puedan apropiárselos y contarlos más adelante y, por esa vía, sustentar una cultura y la tanta identidad que se nos escapa.

Éstos, los de este libro, son cuentos de nostalgia, fronterizos con el mito, la leyenda y ¡válgame dios! el compromiso. Escritos -como todo lo suyo- premunido del deber para consigo mismo y para con sus semejantes. Datados en diversos momentos, incluso con distancias de más de 25 años -la mayoría de 1983- son cuentos para contar y tienen atributos que le son propicios al saqueo popular; podría, la mayoría de ellos, circular de boca en boca y convertirse, como ya lo son sus décimas, en literatura oral, anónima, aquella que cuenten los pocos abuelos que sobrevivan a la comunicación electrónica.

2

El pretendido examen sociológico-histórico --por el tipo de herramientas que manejan sus cultores, por su propio método-- frecuentemente se distancia de lo íntimo, de lo cotidiano, y deja, en consecuencia, de considerar como bueno un factor que contribuye a determinar el rumbo de los acontecimientos históricos: el ser humano, subjetivo y protagónico. La literatura, con frecuencia, llena este vacío. Hace posible el acceso a un mundo más complejo

e integral. La realidad que se asume, desde la fantasía, desde la fabulación, en manos maestras, como lo hace Changmarín en estos cuentos, no sólo es legítima sino más eficaz en la relación autor-lector porque --a diferencia del enfoque sociológico o histórico-- presupone un auténtico y profundo buceo a la psique colectiva y, en esa misma medida, a la verdad, a la verdad humana.

3

En la vida cotidiana encontramos seres de carne y hueso que tienen un poco de Malanga, algo de Pablo Ángeles y sus verdugos, remedos de Robustiano "Ñano" San Clemente y, ¿por qué no?, mucho mucho de Iguandili. ¿Acaso el escritor no trata de realizar por vía de la literatura las fantasías de su remota infancia, sus alegatos ideológicos, sus derrumbes existenciales y también sus moralejas ciudadanas? Por eso me resulta tan clara la intención de estos textos, limpios, directos, detrás de cuyos linderos mágicos, resplandece la realidad con pelos y señales. No conozco nada de Changmarín que no tenga una motivación moral, militante, trascendente a la escritura en sí.

Es por eso que Changmarín con toda autoridad puede afirmar que todavía hoy, como en los tiempos de Tata Candelario Sires, "To' animal, to' bicho, to' sapo jablare" y al hacerlo queda en evidencia.

VIVIR DE CUENTOS Y MORIR SIN CUENTO

El último "tallista" que fue visto por aquellos rincones del mundo pequeño y que también por cuentero le apellidaban Juancuento, era el "mestro" Pérez, Juancuento Pérez, nacido por los lados de Canchalarga. Era el único que todavía por los rumbos polvorosos y fríos de las estribaciones de la cordillera azul y las mesetas yermas del verano vivía, nada más, de echar cuentos, legítimamente, según su tradición, estirpe y talante.

Ochenta o noventa años... ¡quién sabe!.. añales de vivir de cuentos. Dicen que Juancuento nació en un piñuelar y al principio los lugareños creyeron que se trataba de un duendecillo o diosito bajado de las nubes con el aguacero; manado del cielo, como las sardinas manadas. Y lo de duende era por los ojos chelos, o sea azulísimos. Individuo huérfano, pero hecho gente humana, anduvo de muchacho, de un lado a otro, rodando tierra sin palenque fijo, y así empezó el oficio de cuentero. Se alojaba en donde lo cogía la uña de la noche y de este modo Juancuento se volvió cuentista de profesión, "tallista" de fama, de lo cual comió, bebió, gozó de hermosas mujeres, propias y ajenas y también murió, como se verá al final de estas tallas, o sea de andar con la carga de cuentos encima.

Según se publicaba en los caminos, No Juancuento era un caballero de buen tamaño, flaco encorvado, de cabellera blanquísima, de guabo florecido; más bien de piel blanca que trigueña; de nariz grande y aguileña, ojos chicos y azules, boca grande, llena de dientes afilados, a la moda de los indios gnobes. Usaba sombrero amarillo de junco, generalmente viejo y roto; una

varilla, como bastón y un saco de henequén repleto de cuentos. En aquel percutido saco cargaba Juancuento su viaje de cuentos y en las noches, sentado en banquetas y banquillos de viejos cedros, después de prender la pipa, sorber el ánimo del tabaco y expeler las bocanadas de humo, entre blanco y lila, con sus manazas de tigre abría el misterioso saco de henequén con sumo cuidado y algo de magia, para que no se le fueran a escapar todos los cuentos, y poco a poco los echaba, a veces, hasta la celestura del amacer, hasta las primeras claridades del día, especialmente, en los velorios de los difuntos. Después de lo cual, y con gran maestría, volvía a meter, uno a uno, los cuentos en el saco; lo amarraba con hilo de pita, y según el clima de verano y los buenos tiempos, o de los inviernos cumplidos en aguaceros fríos, allí mismo se acomodaba en el portal, colocaba el saco, inflado de cuentos, como almohada y se dormía acurrucado, con las manos entre los muslos, y la cálida colección de sus mentiras encantadas.

Cuando amanecía siempemente en aquellas ajenas casas, de mañanita, la dueña lo despertaba más o menos con esta buena costumbre: -"Buenos días, Ño Juancuento. Venga a desayunar, que bien ganado se lo tiene".

Le ofrecían la rebosante y perfumada totuma de café, según fuera la casa o la choza. El no tenía reparos sociales, ni diferencias en aquel mundo de antes, y al terminar el café, si no tenía dulce, porque la gente fuera tan miserable que careciera de miel o raspadura, entonces Juancuento argumentaba de este modo su agradecimiento: -"No ve, señora, así es como me gusta el café, sin dulce, completamente, para sentirle el propio amarguillo de la cereza, y no como en aquellas casas, en donde le dan a uno la toma con tanto almíbar, que ya aquello no es café, sino como decir miel, azúcar, nada más... y muchas gracias a su merced, niña, hasta luego".

Pero cuando amanecía en otro lugar y le ofrecían el café dulzón, entonces la canción variaba: - "Mire, doñita, éste su café sí es verdaderamente café bueno... ¿no? Bien endulzado y no como esas

viviendas en donde sirven un cafecillo, oiga, sin dulce y réqueteamargo que no es decir café, sino zurrapa"...

Y así solía ser Juancuento de agradecido y buena gente.

Sin embargo el hombre tenía sus enemigos. Había quienes, en las rozas y parcelas afirmaban que dios dejó este mundo para trabajar y si bien había ricos y pobres, y unos estrujaban a los otros, pues eso era así, por cosas del destino. Pero Juancuento era el colmo, porque jamás había agachado el lomo, ni cuando era muchacho, ya que siempre se le conoció como haragán, con la fama de los cuentos y de andar de un caserío a otro, de un pueblo a otro vagando y comiendo en mesa ajena. Para algunos vecinos, trabajar era joderse de sol a sol y no amanecer en el jorón, o en la hamaca y menos en soluciones con mujeres propias o ajenas. Al hombre macho, de verdad, el día lo topaba en el terreno, con la mocha en la mano, cutarra en tierra; gritando, salomando, "socolando" la vida y no como Juancuento, quien jamás sembró un grano de maíz, de arroz, un frijol; sino que había sido un verdadero gandul, o séase, un fantasioso, cuentero, con su saco de tallas, de casa en casa, comiendo de los demás. Eso se decía..

Era cierto que Juancuento parecía un cristiano de otro mundo. ¿De dónde habría salido con los ojillos azulencos, si el resto de aquella humanidad, era sumamente chola y solamente el "tallista" tenía el cuero blanco y los ojos azulitos? Eso era parte de la fama del viejo mágico, quien además poseía oraciones y fórmulas especiales para conseguir amores, para olvidar padecimientos, para dañar a los enemigos, hasta con la misma muerte... Se comentaba.

Pero decían las viejas, que en su juventud le habían amado, que Juancuento era como un ángel lindísimo, caído de los cielos, pero sin alas, y por eso se cayó, y todo lo malo que de él se decía era por envidia de algunos hombres y por bochinches de mujeres desechadas a quien Juancuento nunca quiso consolar.

Juancuento, toda su vida, fue soltero, y como andaba de aventura en aventura, de camino en camino, de casa en casa, según lo agarrara

la noche, la lluvia o el calor, pues se acostaba- era un decir- con la primera dama que diera lugar y accediera, por su cuenta y deseo, porque, el cuentero no era enamorado, sino que de él se enamoraban, por ser tan caballero y buen mozo.

Desde luego, Juancuento, como no trabajaba la agricultura, se quedaba de día por la vecindad; visitaba las casas, le ofrecían asiento y café; sacaba la vieja pipa y prendía el tabaco y le daba rienda suelta a la lengua. Y como los hombres se iban, desde la madrugada, a las tareas del monte, quedaba él solito calentándole las calenturas a las mujeres que se dejaban, o aguaitándolas por los pozos y quebradas, aunque no las correteaba, sino que las mismas mujeres lo perseguían a él. Sin embargo, también se dijo que Juancuento no había tenido nunca un amor, y que esos tales infundios amorosos y excesos del "tallista" de lo cual hablaban los malhablados, también eran historias o cuentos que guardaba el viejo en su antiguo saco de henequén.

Desde luego, hay que tomar en consideración que para los días de antaño, de antañísimo, no había sino apagadas y pobres guarichas, velas, cera de abeja, o pabilos embarrados de cera, los cuales se adherían, como decir, en las soleras de los ranchos y allí la lucecita iba subiendo hasta apagarse, dando saltitos medio azules y medio verdes. Pero cuando salía la luna, entre la negrura de los árboles, con su gran lamparona redonda...éste era el momento cumbre del «tallista», porque bajaba la mano para soltar el saco de tallas, chistes y cuentos; uno por uno los iba echando al vuelo como pájaros y según la hora y la reunión, allí había argumentos y fantasías para cada quien..y el público, risa con él. Juancuento relataba con palabras tremendas y llenas de sal y vida que si las peleas y contradicciones entre Tío Conejo y el Tío Tigre; que si Pedro Animal; que si Flor María y el Rey; que si de los Doce Pares de Francia, y esto lo relataba en décimas; que si de la Tulivicja que ahogó, en la quebrada, a su hijo recién nacido y por eso andaba ahora por allí bujeando y mugiendo por los arroyos y charcos, eternamente, y que si del

chivato, que se vuelve perro negro; o la carretilla, la silampa. En fin, narraba de la realidad y de la mentira, de los hechos de la Guerra de los Mil Días y sobre Victoriano Lorenzo, y de las ficciones, las abusiones y los fantasmas.

En eso de contar no paraba Juancuento, era como un tren de palabras y un cuento jalaba otro y una talla otra talla, y en eso, el mundo de la noche se desenrollaba con sus estrellas fugaces, sus neblinas, sus pájaros nocturnos que a veces rajeaban pavorosamente, y ésta era la velada, el concierto, el discurso y la gracia de Juancuento.

Desde luego, al día siguiente, la clientela le agradecía. Cuando Juancuento llegaba a una nueva casa lo saludaban así:- "Buenos días, ño Juancuento, lo estábamos esperando. Dijo mi esposo que no se vaya, que esta noche tiene chicha y vendrá mucha gente. Por favor, arrímese usted, pruebe estos corozos con miel, este dulce de naranja agria con sus tajaditas de queso blanco, que yo hice ayer. Y además me dijo el señor que le preguntara si prefería, para almorzar, chicharrones o mejor, unas presas de gallina, hechas en adobo y arrocito blanco."

Y claro, mientras los demás agricultores trabajaban, Juancuento se favorecía con los variados manjares y todas las sabrosas comidas, además de ropa limpia, pantalón remendado... Una que otra mujer dadivosa y coqueta, adormecida por la mirada hipnótica y llena de azul de la sierpe humana del mestro Juancuento- decía la gente- quedaba encantada y el hombre la desencantaba sin cuento alguno. Vivía de cuentos.

Pero todo esto ocurrió en otras edades, cuando Juancuento era joven y después, en sus días de hombre maduro pues ahora andaba en los ochenta, y al igual que a todos los viejos y los curas de esa edad, no se les ve el diablo escondido, y aparecen con la fachada de santos apóstoles. Santo, eso sí, era Juancuento, con su pelo de guabo florecido, blanquísimo.

Hay que añadir que, pese a las andanzas del cuentero, cuando era joven, no se le conoció, por aquellas comarcas hijo alguno,

porque de seguro- decían las gentes- habría salido el niño con los ojos azules, ya que por aquellos polvorosos, secos y agrios alrededores no había nadie más con ojos de esa rara pinta, y como queda apuntado ¿quién sabe si los famosos amoríos, con las tales mujeres no fueron, sino habladurías de las aldeas... los puros cuentos, las puras tallas campesinas, las puras mentiras encantadas?

Sin embargo, la clientela principal, eran los niños. Ellos adoraban al viejo cuentero, como si fuera una tienda llena de luces y juguetes y les maravillaba el saco lleno de cuentos, porque suponían que estaba repleto de pájaros de raros colores y cantos misteriosos. No más abrir el saco y salían los reyes, las princesas, los demonios, los ángeles y duendes, las tacitas de oro, los rayos y centellas... ¡Qué suprema magia!

Pero bueno- tal como lo afirmaba el propio Juancuento- "todo es y no es, a la misma vez"... Todo cambia de parecer y realidad, en las bolina del tiempo. Pues vino el camino carretero, después la negra línea del teléfono, de poste en poste, a veces llena de pájaros changos o golondrinas pescueciazules. Aparecieron las tiendas de los chinos, olorosas a cebollas y ajos y llenas de papeles de colores y de cohetes chinos. Más tarde llegaron, por primera vez los carros, como bestias de hierro, pero con pitos y luces, y con los automóviles, las "chivas", los buses y los camiones. Esto todavía no era nada; resultaba bueno y resultaba malo, pero la cosa se complicó cuando los ingenios azucareros, acabaron con los trapiches y las raspaduras, y la gente, por miles, emigraron a cortar caña, ganar salarios y pegarse terribles jumas con una chicha llamada cerveza. Todo eso era bueno y era malo-solía meter tales ideas en los cuentos, el hombre de los ojos azules- Y por último acudieron los radios, las noticias, las músicas. Pero el acabóse fue cuando, al fin, llegó la televisión. Esta caja sí le metió miedo a Juancuento, pues había un rico hacendado cafetalero, el primero en llevar a la montaña una televisión de batería...¡qué lindo!... El patrón cobraba dos reales a los campesinos, por el derecho de ver las funciones y los anuncios, con música, colores y mujeres casi peladas. Y había trabajadores

del campo que caminaban dos y tres horas para conocer la nueva magia y seguir los capítulos de las novelas.

Y ocurrió que con estos cambios, ¡quién sabrá porqué!... al mismo tiempo que estas máquinas llegaban, los pájaros abandonaban los parajes; los muleros, las iguanas, los venados, las culebras y hasta las mariposas. Entonces ya no llovía como antes y vinieron sequías largas y pavorosas; los caminos eran más polvorientos, ocres y calientes; ni las chigarras cantaban en los veranos; ni grullas, ni garzas ni pericos cruzaban los cielos. Pero los sábados y domingos, los trabajadores de las zafras de los ingenios de azúcar, se emborrachaban en las cantinas de los pueblos, y a veces, hasta se mataban a puñetazos y a puñaladas, por cosas de mujeres vagamundas y de unos reales más o menos y pleitos nuevos, nunca antes vistos. Con estos vendavales llegaron los policías, los maestros y las civilizaciones- que se dice-. Los ricos se hacían más ricos, y en menos tiempo y los pobres más desgraciados, igual en menos tiempo. Era el progreso. Esto resultaba bueno y malo.

Y por cuestiones de los diablos o de los ángeles por las estribaciones de la cordillera y los senderos reseco los trabajadores del campo empezaron a criar unas reuniones que llamaban Ligas Campesinas, y así cortaban alambres y se remontaban cuando los pelotones de policías los buscaban. Las gentes de por allá no llegaban a entender que los liguistas pidieran y gritaran: ¡tierra!... si eso era lo que sobraba en el mundo, y la vista no podía completar el fin de esa curvatura en todas las lejanías; pero los muy tercos gritaban: ¡tierra...tierra!

Y en este andar nadie supo, en esa tierra de repente, ¿qué le pasó a las noches, a las lunas, a los luceros y qué se había hecho ño Juancuento..

Tal vez sería que Juancuento, desde luego, ya estaba sumamente añoso y no alcanzaba a andar de a pie y le espantaban los carros; porque, además, los choferes cobraban la subida y la bajada, y todo se puso en la ruta, que si usted no tenía un real no comía, ni nadie le daba nada por nada, ni los meados para remedio.

Puestas así las nuevas realidades, dicen que un día iba el "mestro" Juancuento por un retorcido y viejo camino, lleno de polvo con su saco de henequén, percutido y lleno de cuentos, y agotado se recostó debajo de un arrugado árbol, para reposar un trecho y se quedó muerto... Alguien, al pasar lo saludó:- "Buenas tardes tenga usted ño Juancuento...¿está descansando?-" Y oyó cuando Juancuento le habría respondido:- "Buenas tardes, amigo, realmente estoy descansando."- pero ya era difunto.

Allí quedó, como si tal... Sucieron los días y las noches secas y cálidas, por aquel camino lila y morado de antiguas arcillas, con las cuales los primeros hombres tejieron las cazuelas, y al no acudir gente ninguna, bajaron los gallinazos, le sacaron la tripa al cuentero y por allí lo empezaron a comer, hasta cuando nada más quedó el cuero seco, la cáscara de quien en vida se llamara Juancuento y además, el montón de cuentos chillando adentro del saco.

Ningún gallote osó romper el misterioso saco y los cuentos, en el interior parecían muertos de susto y producían un runruno de cigarras atormentadas.

Y dicen que después de algunos años, por aquel solitario lugar pasó un niño, quien andaba a la caza de pájaros; iba con una jaula y al ver la cáscara humana, y a su lado aquel bulto sonoro, se dijo:

- " Voy a abrir este saco, para ver qué tiene"--...

Lo abrió y ¡ zas!.....salieron miles de pájaros de colores...

Santiago de Veraguas, octubre, 1983.

CABALLOMAR

Esa tarde marina y dominguera los chiquillos, desde un arenal de la playa, se asustaron al mirar algo horroroso, sobre el barullo y la bolina de las olas verdes y blancas, era como un pulpo azul o un enorme pez sierra.

- ¡ No...no es un pulpo!...
- ¡ Es un monstruo negro!..
- ¡ Echa fuego por las narices !...
- ¡ Chapalea !...

Solamente al negro Malanga se le ocurrió la aventura de llevar un caballo a la isla. Bueno, porque Malanga era así: fantasioso, juguetón, farolero, músico, tamborero y vagabundo.

- Loco... loco... loco... tío Malanga loco... ¿trajiste confites?

Pero su amor y su locura, su juego con la vida, su terrorismo oceánico era justamente, porque amaba la vida; amaba a todo el mundo, a los niños, a quienes les traía de las costas y de sus tiendas los mejores confites; confites de rosa, olorosos a verdaderas rosas de Jericó... Y además porque él era muy animal, profundamente animal, al punto de amar tanto a las gentes como a los animales; su animalidad era el inefable cariño, poético por los animales. Acá en la isla, junto a su choza, bajo mangos y palmeras, en realidad tenía un zoológico: monos cariblancos, manigordos, ardillas, conejos, loros, papagayos y hasta una enorme tortuga llamada La Niña Rosita, en honor de su difunta madre. Los niños montados en su caparazón, navegaban en el mar con el propio Malanga, y Rosita se dejaba querer. En realidad era el paraíso, la biodiversidad humana más profunda, con la cual jugaba Malanga, por puro jugar: "es por puro joder que lo hago", solía decir.

- Sabes - dijo un zambito, al ver a Malanga tocar sus tambores y cantar- Malanga es dios.

Esta locura de Malanga la armonizaba, para un pasar, más que para vivir, con el tambor de su conjunto típico llamado: "Brisas isleñas". Cuando sus grandes manos repicaban el tambor, Malanga competía con el mar y sus oleajes. Y los sábados de ese mundo costeño y azabache, el muchacho plantaba cada cumbia que metía miedo, y el gentío gozaba en el meneo, la agarradera, el bailar con un ritmo primario de comerse el uno al otro, al son de Malanga. Como quien dice: "por puro joder". Se solazaba, reía, gozaba bajo el tremendo arroje de la cumbia, de los tambores de las negras caderonas y de las chiquillas quinceañeras, que en el éxtasis musical, se le blanqueaban hacia el cielo las pepitas de los ojos. Era su gente, la misma que freía plátano verde con manteca de coco, y comía huevos de caguama, ostiones, cambutes, cangrejos y mangotes; conchas, conchuelas y almejas crudas y longorones con arroz fututeado.

La pequeña isla era verde, circular y colorada; apresada en un mar pleno de reflejos turquesas y poblada de pelícanos grises, gaviotas blancuzcas y tizeretas flacas y negras. Malanga solía bucear madreperlas, estrellas de mar y hermosos corales multicolores, que regalaba a los niños. En el lugar sólo había unos ciento cincuenta habitantes con el giro de Malanga, de su color, su alegría y su talante. Tiraban la red, y vivían; subían los cocoteros, y bebían. La chiquillería solía trepar hasta los penachos de las altísimas jarcias y mástiles de las palmas, para ver más allá del mar. En la medida que escalaban, perpendicularmente la hermosura de esas palmas, con ellos también subía el trazo azul y lila de los horizontes, y allá decían: "mira cómo van los trasatlánticos, los barcotes, los veleros blancos!..."

De las chozas construídas sobre los altozanos pedregosos y súbitos, a la orilla del mar, prácticamente a saltos, las mujeres bajaban al agua que bullía de plateadas corvinas, de fugaces

camarones, langostinos y langostas, todos fáciles y listos para las renegridas ollas. Pero cuando las mareas eran bajas, Malanga prefería romperse la crisma, al sacar ostiones, porque según él, dizque: "eso daba sustancia de hombre"...

Ya se sabe pues, que en esta isla se decía que Malanga era además de todo, un gran jodedor de paciencia, tomador de guarapo fermentado, burlador de muchachas. Algunas chicas al verlo bailar, pensaban al igual que los chiquillos, que Malanga era dios. En realidad era medio santo y diablo y medio, como son todos los hombres y todas las mujeres. Tocaba su tambor, inventaba sones y tonadas. Cantaba: "Yo soy el toro rabón del mar...yo soy el peje timbaco". Los niños no sabían qué cosa era toro, pero sí el peje "timbaco", el más grande del mundo, la ballena, que a veces se arrimaba a la isla colorada. Malanga organizaba fiestas a la par que rezos; criaba sus animales, iba a los pueblos de la costa a realizar sus toques y bailes y le traía caramelos a los "pelaos".

Y fue por eso que se trajo un caballo negro de crin dorada, de allá de la costa, y para más tentación, potro entero, perfectamente cojudo. Pues esa vez, el dueño de la cantina, en donde tocó, alegó que el baile resultó un fracaso, no por la música que estuvo rebuena, sino porque cayó un aguacero de padre y señor mío. El patrón le ofreció al conjunto "Brisas isleñas" pagarle con un caballo fino, caminador, potro nuevo, aún sin capar. Los muchachos trasnochados se opusieron, porque no cabían todos sobre un caballo y menos en una isla en donde jamás había llegado una bestia así. Pero entonces le salió la chispa del demonio al Malanga y aceptó el trato.

Amaniatar el potro, echarlo a la orilla del mar, subirlo en un promontorio y meterlo en el bote fue una galana fiesta en el pequeño embarcadero, que trajo una mancha de gente novelera a ver el espectáculo. Malanga gozó: "cantidad" como solía decir.

Era entre lo claro y lo oscuro del crepúsculo, que al fondo tenía espolvoreado un torrente de resplandor de conchanácar. Los chiquillos, al ver la panga arrimarse a la playa, con una extraña

figura de animal o monstruo, como mascarón de proa, corrieron a los ranchos a gritar que venía un fantasma, por el mar, encima de la piragua de los músicos. Entonces el gentío acudió al arrimadero para ver la abusión, que luego resultó ser el caballo negro y su jinete, Malanga.

Los músicos echaron al potro y a Malanga al agua. Sobre la batahola de las olas, la bestia mordiendo la sal del agua, entre feroces relinchos oceánicos, nadaba como podía. Encima Malanga, dándole palmadas en la nuca del potro, en medio del griterío de la gente y del mar, el jinete condujo al brioso animal en forma maravillosa a un canto del arenal.

- ¿Viste?...¿ No te lo dije? Malanga es dios.

Era la primera vez que, en la vida real, los niños veían un pez con patas, un camarón negro, un cangrejo enorme y fugaz, resbaloso, brutal y supremamente hermoso con las llamaradas rojizas de sus crines.

- ¡ Caballomar...Caballomar !- gritó Malanga.

- ¡ Caballomar... Caballomar!- respondieron los niños.

Esa histórica noche los chicos hablaron muchas cosas:

- Para que tú sepas-dijo uno-Caballomar es un bicho, un fantasma azul que cayó del cielo al agua y de allí lo sacaron los músicos.

- ¡ Loco!... ¿Cómo se te ocurre? El cielo no podría con el peso de un animal tan grande. Lo que sucedió fue que Malanga, ¿tú sabes? se fue a tocar un baile, y la fiesta era en el fondo del mar. Allá abajo había un caracol rosado, grandísimo, como esta isla, y dentro del caracol, tocaba Malanga su tremenda cumbia. Y el rey del caracol le preguntó a Malanga: -"¿ dime muchacho, qué quieres tú?". Entonces Malanga respondió: -"regálame ese caballo negro con crines doradas..."

- Mentira, eso no es así. Mira, como Malanga es dios, él trajo un caballo del mar, porque mi abuela dice que en los fondos... ¡Uh!... allá hondo, hondo, hondísimo... también hay caballitos de mar. Y Malanga es dios, porque solamente él puede montar un caballo negro

sobre las olas. ¿ O ustedes fueron tan alelados, que no vieron que Malanga venía montado en el animal, chapaleando sobre las olas?...: Bonitura de cosa, ¿no?.

Al día siguiente, algunos dijeron que habían soñado con Malanga quien corría caballos negros sobre la plata del mar y detrás correteaban gaviotas y tizeretas de todos los colores. Y en fin, como Malanga y sus chiquillos eran musicales, le dieron por nombre al animal: Caballomar...

Mientras estuvo Caballomar en la isla, el mundo era realmente, sobre todo para los niños, un mar de alegrías, galopes, relinchos,. Los zambitos aprendieron a montar en pelo; ya que en grupo hasta de cuatro "pelados" corrían a toda andadura por la fantasía del mar. Caballomar, en un principio, trajinado por estas correrías masivas, ya en las tardecitas caía rendido de los trotes. Pero con el tiempo se repuso de estas maldades; se alejaba del caserío y caminaba la isla orillando la playa colorada, y aprendió a comer, entre otras burundangas, cocos y mariscos. Era como el viento, libre; acá la gente marina no tenía alambres para encerrar tan poca tierra, ni los seres humanos usaban sogas, frenos ni monturas.

Pero cambió su rumbo infantil; se aburrió de su espíritu de juguete náutico y lúdico, ya que los muchachos insistían en afirmar que Malanga lo trajo de los fondos del mar. Y esto ocurrió en las vísperas del mes de mayo, mes de los caballos. Quién sabe porqué razón se percató de las mujeres. Como que lo pinchaban los nervios y se tornó arisco, huraño, mal geniado, montaraz y hasta grosero con los niños, resultó una gran pena para la chiquillería. Entonces quiso morder, patear, encabritarse, hacer cabriolas, pararse en dos patas, relinchar en la alta noche incluso, pedorrearse insolentemente sin tomar en cuenta a personas mayores.

Una mañana, sorpresivamente, Caballomar apareció en el pozo de aguas claras y dulces, en donde las mujeres iban con sus tulas y vasijas, a proveerse. Ver a las morenas desnudas y semipeladas, y tomarle carrera, eso fue una. Primero levantó el pescuezo dorado,

remangó el hocico, olió, relinchó y echó a correr detrás de las damas. Cundió el pánico entre las aguateras y lavanderas. Gritos horribles, estereofónicos, caracolescos de hembras despavoridas...saltos sobre filosas piedras.

Caballomar se había vuelto lo que era, un demonio fáunico. Muchachas en cuero treparon a las palmeras. Cuando los hombres y con ellos Malanga llegaron, por los gritos de las mujeres, Caballomar relinchaba debajo de una palma inclinada sobre la cual se había subido una mujer en pelotas. Le hicieron junta para poder arrastrar el potro alborotado, sumamente negro y con las crines encendidas como lenguas de fuego y cobre derretido.

Esa noche las mujeres atolondradas no pudieron agarrar la mecha del sueño y después contaron cosas increíbles:

- Mira, niña, en realidad Caballomar no es un caballo, sino un hombre castigado por algún pecado detestable y por eso, el diablo lo convirtió en caballo negro.

- ¡ Qué va, María Isabel!, ¿tú sabes? ese caballo es un caballo de verdad que Malanga sacó, ciertamente del fondo del mar. Me lo contó mi abuela Juana Bernabé; debajo del mar está la ciudad de la gente palenque. ¿ Y quién no sabe que Malanga anda en tratos con el diablo? Por eso Caballomar tiene los ojos verdes como la flor de azufre, y las crines de oro puro.

- Miren muchachas, lo último que me dijeron en el pozo, el otro día, nomasito, es que hace unas noches, con la luna llena, una mujer...no me pregunten quién... iba a buscarlo. Montaba desnuda el animal o entraba al agua, entre las olas tibias, porque a esa hora la mar está caliente como un sobaco... y la mujer se encariñaba con Caballomar, dentro de las aguas... Entonces, en esa calentura, Caballomar se volvía hombre joven, negro y más hermoso que Malanga y se daban gusto hasta el amanecer...

- No, niña loca... ¿ quién te dijo esa brutalidad? ¿Cuál de nosotras aquí anduvo en eso con Caballomar? ¿ Hay brujas aquí? Lo que le pasa a ese caballo, me lo dijo mi abuelo, porque él fue caballista por allá afuera y también vaquero, es que el potro no ha

sido castrado, está entero y solito en esta isla de dios o del diablo, comiendo coco, ostiones y cangrejos... ¡ja!... dígamelo a mí... pues oiga, cuando huele el almizcle de las mujeres se arrecha. Igual le pasa a los monos... ¿qué cuentos son esos de gente palenque y de los fondos del mar y vainas? Y dijo mi abuelo que o se llevan a esa bestia de la isla, o más de cuatro de nosotras vamos a quedar despaletilladas por esos arenales.

Por todas esas consideraciones, frente al palenque del negro Malanga llegó una manifestación de isleñas enfurecidas. Le imprecaron con palabras de magnitudes desconocidas. Le dijeron hasta: "Hijo de leña verde, cabrón" y hasta le mentaron la madre: "zambo canalla, llévate ese animal diabólico de la isla"...

Pero cuando la chiquillería supo de la protesta acudió con sus ojos derrotados a suplicarle al tío Malanga que no se llevara de nuevo el juguete de fantasía y de realidad, a las profundidades de la mar oceánica.

- Tío Malanga, no seas malo. Deja a Caballomar con nosotros.

Las mujeres están bravas, porque ellas no saben cabalgar sobre las olas.

Pero el pobre Malanga, tomado entre dos fuegos, ¿qué iba a hacer? Entró en razón; ya se había complacido con todas las diabluras y alegrías de los espectáculos de su animal, y sobre todo de su repentino amor por las isleñas, que lo llevó a tomarle carrera a todas. Entonces decidió regresarlo a la costa y venderlo a los comerciantes de caballos, para pagarle la vieja cuenta a los músicos y traerles caramelos de rosa y hasta chocolates a los zambitos tristes.

Ese día, en el embarcadero, se regocijaron las mujeres cuando transportaban, en el pequeño bote del conjunto "Brisas Isleñas" a Caballomar. Los niños apachurrados de adioses lilas, en coro le gritaban a Malanga:

- Malanga malo, ¿"oíte"?... No queremos más tus puercos confites...¿oíte?

- Esa bestia se va a morir -dijo el abuelo más viejo de la comarca-

Se alejó la barca con sus músicos y Caballomar al frente, como un mascarón de proa. Horas después, al alcanzar la costa, en el desembarco se produjo la misma fiesta de echar el animal al agua salada.

De pronto Caballomar alcanzó a ver, allá en la perspectiva del llano, al fin, una verdadera yegua alazana. Levantó la nuca hermosa, remangó el hocico, resopló, relinchó salvajemente y arrancó fugaz, como un rayo negriazul, casi transparente. Detrás siguieron, a toda carrera Malanga y los suyos. La yegua no pudo recobrase del pánico que le causó, en primera instancia, la súbita llegada del fantasma marino, pero no se opuso a la embestida del bólido de fuego. El potro se levantó sobre las patas traseras, alzó sus remos delanteros, se aplomó sobre el lomo; clavó los dientes de marfil entre las crines amarillas de la hembra y al penetrarla relinchó con un mugido, en sordina, del fondo del mar, allá en la infinitud de inmensas caracolas de sombras. Estuvo así un minuto y medio, como un siglo de éxtasis insondable.

Dejó de resollar, se le vidriaron los ojos verdes, dio un resoplido final, casi piano, y se ladeó, tumbándose al terreno, absolutamente muerto como un verdadero fantasma azul.

Arriba, el cielo se encapotó con un millón de tijeretas lapislázulis y negras, supremamente horrorizadas.

Santiago de Veraguas, 1983.

PABLO ÁNGELES

Hubo cierta vez un hombrecillo nombrado Pablo Ángeles, medio indio él o medio cholo, quien poseía un poder extraordinario. Con un gran sombrero de junco el individuo andaba en los ochenta años, pero daba la impresión de tener cincuenta.

Pese a tamaña edad Pablo Ángeles caminaba rectamente como un árbol; aunque, desde luego, es un decir, porque los árboles no caminan.

Vivía en un lugar de belleza tridimensional, de película: era una meseta verde, cual inmensa piedra de moler, sujeta por cuatro patas o cerros ocres, tirando a bermejo. En aquellos sitios, los buscadores de huacas, hallaban pectorales de oro, cerámicas pintadas con monos y lagartos; cascabeles, y collares de jaspe. Sin embargo, ahora la meseta verde bullía de arroyuelos y quebradas transparentes, espumas salpicantes y pájaros sonoros y ventrílocuos.

Y este asunto, el del viejo Pablo Ángeles, aconteció muchos años atrás, añales... cuando las realidades y las irrealidades no tenían las dimensiones de ahora. Pero allí están las mansas colinas, la meseta, de los días de Pablo Ángeles, como prueba testimonial de lo que paso a informar.

El encanto consistía en que Pablo Ángeles solía llevar consigo un gran paraguas, entre morado y gris, hecho de durísima tela, la que él mismo remendaba con irrompibles hilos de pita. El no temía a la lluvia, porque afirmaba que al mojarse retoñaba, como los viejos árboles. Y en aquella región llovía eternamente, como decir: todos los días, un llover delgadito, fresco y traslúcido. Ángeles

prefería mojarse bajo el bajareque de menudos rocíos pulverizados, aunque llevara el anunciado paraguas ceremonial. Entonces ¿cuál era la razón de semejante paraguas?... cuantimás que tenía un gran sombrero de junco amarillento, de alas anchas, superiores a la anchura de todos los sombreros conocidos en la comarca o en el mundo, que para el caso, era igual. Con tal atuendo, el hombre presumía de cacique o jefe, con tremendo talante, pese a sus años. Pero, claro con semejante sombrero, ¿así quién no?

Lo incomprendible de aquella meseta verde era que las gentes de Pablo Ángeles no trabajaban nunca y sobrevivían, bajo la fantástica dictadura del hombre, alegre y gozosamente. ¿Qué hacían? pues bailar solamente: un baila que baila; día y noche; nada más un bailar y bailar del mismo diablo, hasta la pura infinitud del universo.

Nadie podía dar cuenta del origen de aquellos altiplanos y del bailar, como forma de ser. Las noticias bajaban a los llanos y los hombres y las mujeres querían probar lo agrio y lo dulce de los pecados originales de aquel mundo bailarín o danzante y tomaban la ruta de la meseta verde de Pablo Ángeles. Ahora bien, se cuenta que la música era totalmente típica; puro típico, de la noche a la mañana siguiente, sin parar. Pero ¿saben?... no había músicos, ni conjuntos, ni orquestas típicas, ni absolutamente nada... sino música de violines, de acordeones, con acompañamiento de maracas, guácharas, tambores, voces de mujeres, de hombres y palmadas. Sin embargo no se veía a los ejecutantes, ni a las tales mujeres cantadoras; sino, solamente la propia música, como decir la luz; como decir, el agua; como decir, el ambiente. ¿De dónde manaba la música? Era un misterio, ni siquiera Pablo Ángeles lo conocía, y en eso estribaba parte del encanto; o sea, pues, la música aflucía para bailar típicamente, entre un movimiento concreto e inconcreto, hasta el fin de la bolita del mundo, y las tonadas y cadencias, los repiques de tambores y las sonajas de las guácharas y demás instrumentos percusientes producían un estado vital de

placer, gusto humano, carnal y además suministraban una cierta alimentación de minerales, vitaminas y albúminas que los danzantes se trasmitían por el roce de los cuerpos y mediante la ósmosis del meneo y los remeneos de las caderas... pues vivían de bailar y bailaban de vivir.

Para algunas fechas memorables Pablo Ángeles permitía el uso de la chicha de maíz. El grano nacía espontáneamente, así porque así, sin que nadie lo sembrara, igual que la música. Pues había barbaridades de chicha agria y mareadora. Dicen que en las madrugadas transparentes organizaban en fila india a las bailarinas más viejas y de mejores colmillos y muelas ; el propio Pablo Ángeles entregaba una totuma de maíz pilado, a cada hembra, para que mascara y ensalivara el sagrado cereal, y así darle sustancia, medra y levadura de la raza. Entonces, a las pocas horas rebozaban las tulas llenas de chicha dorada como champaña de los diablos o dioses, que para tales efectos, daba lo mismo. Razón por la cual, la sociedad enchichada y alucinada por los sorbos de la chicha y los ritmos típicos cambiaba de estilo en el bailar.

Pues la gracia antigua lucía bien simple y monótona: se danzaba en rondas ; los machos, detrás de las hembras; las manos de los varones, en las caderas de las mujeres. ¡ Era tan lindo!....

Pero con la chicha, la calentura musical, los tambores repiqueteantes cerraban la cumbia, y cuando la luna se volteaba en la cuadratura del cielo, que para entonces era cuadrado, empezaban las criaturas a bailar amanojadamente y aquello era un embolillamiento humano, como si estuvieran amasando la masa de la vida, para hacer bollos o tender tortillas, o amarrar tamales. Así no más era la cumbia.

En las calenturas de la vida de aquella meseta andaba el muy Pablo Ángeles, de primero, por cuanto él era el jefe de aquella parrandera existencia; el mandamás de los bailes, cuya música provenía de las electricidades de los aires, y en donde el bailar era el modo de ser de la humanidad.

Desde luego, con esta publicidad, alguna gente optaba por aventurarse hacia el paraíso de Pablo Ángeles, para vivir y morir bailando, pues resultaba bien chévere morir en esta coyuntura. Caravanas de individuos locos o normales iban tras de los llamamientos de las curachas, las danzas y los embolillamientos reales y surrealistas; mas cuando algunos se arrepentían y deseaban volver a su mundo, ya no podían regresar, pues el trato se había cerrado en los libros de azules piedras de Pablo Ángeles, quien hacía grabar los textos en lajas duras para siempre, perpetuamente.

Quienes contra su voluntad se quedaban en dichos campos danzantes languidecían con una tristeza tremenda, longitudinal, infinita,. cerrada, inconsútil. Se trataba de una melancolía desconocida en el resto del universo de los hombres, ya que resultaba ser una desazón distintísima, pues el triste, sin embargo, tenía que bailar y bailar, cosa de nunca acabar, hasta el día final del gran susto humano.

Como en aquel espacio sólo era un bailar y no había otra forma ni modo de ser y existir, hasta los muertos se morían bailando, y según se cuenta, iban para la celestura de los otros estadios incorporales, con un zapateo fino y volátil, parecido al ballet inicial de la especie, en un adagio de maracas y tambores con sordina. Pero resultaba una colosal dolencia colectiva, la de quienes quedaban encantados en el baile que baila, y luego no podían retornar, aunque se arrepintieran y la condena los obligaba a estarse - por cuanto ya conocían la verdad original- en la meseta verde, las aguas verdes y las verdes lluvias, hasta quedar convertidos en piedras azules, en rocas bermejas y ágatas y esmeraldas radioactivas. ¿Y el asunto del paraguas? Pues consistía en que Pablo Angeles poseía el arte y la ciencia de volar con dicho aparejo. Decía: -"Allá voy "... - Nada más abrir el paraguas y el hombre empezaba a subir y a subir como un globo en fiesta patronal, y así ascendía el bultico hasta la altura de la ciudad transparente de los gallinazos, hasta la curumba de las nubes pálidas. Y de noche

también navegaba y parecía llegar hasta los corregimientos de la luna, hacia una tal lejanía tristísima e imponderable. El dicho hombre, con el tal paraguas, de que volaba, volaba, y además viajaba de un lado a otro de los territorios, con facilidad suma, así como un diosito. En su vida menuda y cotidiana, cualquier cosa podía prestar a sus iguales, menos su paraguas. Incluso solía dormir en el suelo pelado, como era la moda de aquel asentamiento, pero con el paraguas debajo de la cabeza, cual dura almohada. Mientras dormía, y a veces duraba uno o dos meses durmiendo, la sociedad continuaba su derecho en el bailar, sin poder coger el sueño, por culpa de la música que nunca tenía término. En este predicamento Pablo Ángeles gobernaba como emperador, aunque sencillo, con su perfil de indio o de cholo, la pata en el suelo, el sombrero ¿ y el paraguas ? Quizás sería el eslabón safo de las espirales de la historia no escrita y que supervivía, como decir: un helecho, un coral, un árbol, un dinosaurio o un caracol rosado y lapislázuli.

Con durísimos y blancos hilos de pita, Pablo Ángeles cosía el viejo paraguas. Ello explicaba que pudiera sostener su cuerpo, como un helicóptero, y aquel volar le daba al hombre su talante de pájaro divino y su gran poder político y musical.

Pero, claro, todo tiene su fin, y Angeles vivía rodeado de incompreensiones y de enemigos poderosos. Pues el señor alcalde de aquellas circunscripciones, un terrible sujeto de armas tomar, con el apoyo de las autoridades civiles, eclesiásticas y militares, celosas del prestigio, la fama y el creciente poder de Pablo Ángeles, al cual, por mal nombre, le decían Pablo Paraguas, Pablo Diablo, Pablo Cholo... decidió caerle definitivamente encima al famoso promotor de la sociedad bailable. El alcalde razonaba de esta manera: -¿ "Cómo es esa vaina de aceptar que en este distrito alguna comunidad o región, viva sin trabajar y nada más en las curachas?...¿ ah?..."

La primera autoridad dispuso requerir por la fuerza de policía armada con escopetas y manducos, al delincuente y brujo. (Sin

embargo había temores de parte de los agentes represivos, pues la última vez que el propio gobernador de la provincia, por iguales razones, mandó a arrestar al rey de la meseta, los policías jamás retornaron al país de los cristianos. Uno de ellos, el más bravo y decidido se volvió laja; el otro fue convertido, por una linda mujer a la costumbre, y era uno de los más arrechos bailando).

Sin embargo esta vez los comandos de la represión habían tomado cursos de supervivencia en las selvas y mesetas y artes antiguerrilleros de parte de expertos norteamericanos, de forma tal que Pablo Ángeles era hombre perdido. Y justamente sorprendieron a Pablo Ángeles mientras dormía, a cielo abierto, su sueño de meses. Cuando despertó vio a los guardias que le apuntaban con espantosas carabinas, la región de los sesos. Sin embargo, los policías por dentro se morían de miedo, y por eso, para no volverse piedras de por vida, le permitieron al hombre, ya prendido de esposas, venir con su paraguas.

Ahora, entre los policías armados, el preso parecía cualquier baratija humana, despersonalizada; una figurilla pequeña, amarillenta y achurrada por la ancianidad; un simple mojón circunstancial. Más era don Pablo Ángeles, preso y todo.

Andando y andando, aún con gran susto, los gendarmes llegaron a una quebrada azul y silenciosa, límite del mundo, frontera entre la región de los bailes y el resto del universo - "¡Mierda!...- exclamó un soldado- lo jodimos... ahora este viejo puñetero pierde su fuerza y no puede hacernos nada".

Al arribar al poblado las gentes acudían a la plaza; al pequeño hombre le tiraban salivazos, insultos, huevos podridos, chupones de naranja, cagajones de caballos, pedazos de ñame, yuca, camotes. Pero también hubo ciudadanos que lo aplaudieron al verlo caminar rectamente como un árbol, sin achicarse, ni pedir perdón.

Lo encerraron en el viejo cuartel colonial y lo mantuvieron, varios días y noches, nada más a pan y agua.

Un día el alcalde, burlándose, le dijo así a Pablo Ángeles:- "Bueno, este relajo terminó. Todo cristiano, a trabajar. Los ricos necesitan aquí peones para sus faenas. Ellos pagan bien. Vengan a sudar el lomo, todos ustedes, haraganes y bailadores, cabrones y desgraciados de la meseta. Se acabó la curacha y el típico. ¿Trabajar para los hacendados?... eso lo mandó el mismísimo señor doctor don Jesucristo. Y yo lo ordeno acá, porque solamente así el mundo es mundo, ya que ni los dedos de las manos son iguales" -En este punto el alcalde subió el tono y el registro de sus órdenes y gruñó con más eco:-" ¡ Así que don Pablo Diablo te jodiste... Yo y no tú, soy el jefe del gobierno en este pedazo de barro que pisamos. Yo, autoridad legítimamente constituida, como fruto democrático de las pasadas elecciones. Y tú no eres más que un viejo pendejo y cuentista. Se acabaron, repito, los bailes y los embolillamientos, so cholo moñón."

Sin responder, y amojonado, Pablo Ángeles, dejó caer el chaparrón. Eran, en ese momento, las diez de la mañana y lucía el mundo clarito y transparente. Los guardias empujaron al hombre de la oficina del alcalde al patio del cuartel, metieron llave a la herrumbrosa puerta, con un enorme candado de garantizada marca. Allá quedó el hombrecillo con su remendado y gris paraguas.

El alcalde borracho, asomándose por la ventanucha y riéndose a carcajadas, en coro, con sus policías, gritó a Pablo Ángeles:-"¡ Ajá... cholo maricón, vuela ahora"...

Y don Pablo Ángeles, abrió el paraguas y ¡zas! ...empezó a subir, a volar, a subir rápidamente, como un helicóptero de televisión y se perdió en las verijas blancas y azulísimas del cielo.

Santiago de Veraguas
Septiembre de 1983.



GALLOFUEGO

Lo apellidó Gallofuego, porque al despuntar los botones de las espuelas, del cuello y sobre las alas le brotaban plumas encendidas, chispas de fuego de rojo escarlata, y entre chispas y chispas estallaban algunas flechas como de oro viejo y plata negra. Pero a veces, con el guarapo adentro, Cholo, hecho un manojo de cariño, solía decirle al animalillo:- "¡ Gallofuego! jágase pa'ca, Gallofuego, que aquí, semos dos líquidas personas en el mundo".

Un sábado azul, bordeando la noche, lo trajo de la lejanía.

- Es mejor, amigo que se lleve el pollo, porque hoy no tengo dinero para pagarle el trabajo en plata. Usted me perdona-dijo el patrón.

-No- contestó Cholo- mejor me queda debiendo, pues.

- ¿Sabe? Reciba el sujeto que después será gallo. ¡Y qué gallo!

-Mire, amigo, pasa de que yo soy solo, solitico en mi casa, y no me gusta criar animales.

- Tome el pollito en pago, y yo sé que me lo va a agradecer después. Tiene raza de peleador; dicen que de España.

-No me gusta la riña de gallos -respondió cholo.

-Pero cúbrese la cosa con esto y no lo pelee, pues, señor. El vale más que la plata cantante y sonante.

-Bueno, así será ... venga su pajarito. ¡ Qué se va a hacer ! ... me jodió patroncito.

Con el tiempo eran dos individuos en el rancho, rodeados de un silencio cuadrangular y hondo . El miedo llevó al hombre a vivir en aquella deshabitada geografía. A medio día de camino, subiendo y bajando lomas, quedaba el mar. Esto era en el sur. Hacia el norte, cerros y matorrales lindantes con la negra y morada

dimensión de la montaña. Cholo no le tenía miedo a la sierpe de la soledad, o al silencio plúmbeo de cenagosas noches de lluvia electrizadas de centellas y rayos que reventaban a veces casi en las puntas de su rancho. Fue que un día, por cualquier cosa, el capataz le sajó la cara de una cuchillada.

Sabe amigo - le dijo Cholo al negro viejo que vendía guarapo - yo soy hombre, aquí y en todas partes. No le tengo miedo a ese capataz, hijo de la mala leche, ¿pero temor a matarlo? eso sí. Por allá -y mostró el filo negrizul del horizonte- sobre el mar está la isla penal a donde llevan a los hombres que matan, usted lo sabe.

Por eso dejó la hacienda y se remontó cuanto pudo. Clavó su bohío sobre una loma para pesquisar el mundo ¿Alrededor suyo? ¡Nadie! ¿Para arriba? La claridad y la negrura de las estrellas.

Su compañero humano era Gallofuego. En el giro musical de su vida íntima, en los silencios cotidianos, Cholo conversaba con el gallo, cantaba, reía. De noche, el hombre se echaba al camastro, hecho de carricillo y el animal lo escoltaba en sus sueños, desde una vara arriba como una águila absoluta. El gallo era gente de verdad, pues hubo un tiempo viejísimo en el principio del universo, según narró el Indio Juan Naponuceno, acerca de las sabidurías del Tata Candelario Sires cuando "to animal, to bicho jablare; sapo jablare, venado jablare, víbora jablare."

A la cinco de la mañana, Gallofuego, reloj de campo, alegraba el sesgo de las madrugadas. El hombre encendía las pavesas antiguas y hacía brasas. El día se iluminaba con el fuego de sus plumas.

Eran largas las conversaciones entre Gallofuego y Cholo, sobre todo cuando el hombre regresaba borracho de lejanas faenas en donde solía asalariar. El gallo escuchaba atentamente. Sobre sus muslos, con el pico trituraba los piojitos montañeros entre los vellos de la piel curtida, del solitario peón.

Cholo cargaba encima treinta años cumplidos. Se acostumbró al lomerío, a la cuadrilátera infinitud del paisaje, a estar solo con su Gallofuego. Sin embargo, de vez en cuando entraba en celo,

enrumbaba hacia el mar, terciaba el machete, tomaba a Gallofuego, lo acomodaba en una chácara especial y salía de paseo, los domingos, por esos derroteros.

"¡ Oiga, Gallofuego ! Semos dos hombres machos y hoy vamos a buscar la vida. A ver écheme un cantillo de plata, apriete esa pechuga roja, cante, Gallofuego, ¡ Epa ! ¡ Asina, nomasito! " Y el trino del gallo cabalgaba en un potrillo de cristal, sobrevolando las lomas, y entonces Cholo contrapunteaba con un verso improvisado:- " Gallofuego, compañero, ¡ ombé ! "

Allá en el mar, en una playa sucia, en destartalado rancho de pencas de palmas real, había un negro viejo que traficaba en guarapos y otros aguardientes cimarrones. Cholo acudía con Gallofuego, lo sacaba de la bolsa y lo encaramaba en una estaca, se acomodaba en un tronco seco y solicitaba al vendedor marino la bebida rebotante de alcoholes. Mientras miraba por encima de la vasija de guarapo fermentado, las gaviotas, Gallofuego echaba al ámbito sus gritos y de entre matojos emergían las gallinas- "Baje, compañero --indicaba Cholo- logre el gusto con sus amigas ".

Gallofuego esponjaba el pecho, rasgueaba las alas con las espuelas, montaba a las pollas, se estiraba gozoso y volvía a cantar. El negro observaba, Cholo bebía y miraba a lo lejos la comba del mar. Allá sobre las olas saltaban plateados peces azules. Cuando se acabaron las gallinas y los amores de Gallofuego, Cholo pagó al cantinero, tomó su gallo y dijo:- " Buenas tardes y gracias ".

Entonces tomaba camino por los chaparrales donde vivía su amiga Chenchá.

Pero Chenchá era otra historia. Se parecía a Cholo, porque vivía solitica en la compañía de un puerco. De menos edad que el hombre , sin embargo, parecía mayor, por los sufrimientos y las lágrimas.

Tenía las manos duras, rosadas y bellas, pero en realidad, era lo único hermoso de su cuerpo. Otra cosa era su alma, pero no se veía.

- Le digo que la vaina sucedió cuando el diablo del hombre me sonsacó y me trujo para estas soledades, señor, para estas honduras-declamaba Chenchá en el giro de su testimonio- Vaquero él, cuidaba estos potreros de un don no sé quién de allá, por los pueblos. Oiga, y al principio, bueno, había para un pasar. En eso, me hizo un hijo.

Mire, y para desgracia mía, la criatura murió. Seguimos en la joda, a según dios manda, tumbándonos y parándonos, pero un día que amaneció más temprano, el dicho hombre me abandonó. Tomó un rumbo. ¡ Quién sabe a dónde se fue ! Me dejó ese lechón. Parecía un perro flaco, pero yo lo crié. Tengo, pues, ese puerco. No hay nada más en el rancho. Pero ¿ sabe amigo Cholo? déjese usted de venirme con esas vainas de querer arrastrarme para su madriguera. Yo no quiero saber más de hombres. Más si es de su parecer, de vez en cuando, amiguito Cholo, venga a verme. Aunque no tengo cama doble, para los dos hay lugar y dormiremos a gusto. Pero bueno mañana, mejor se regresa para su país. Usted vive no más al otro lado de aquella faja de lomas; gasta algunas horas en el mandado. Y si le apetece mi cuerpo, no deje de venir, que a yo me place en ocasiones. Es mejor vivir cada uno con lo suyo, pienso yo, por estas partes del mundo, y puedo estar equivocada. Yo con mi puerco y usted con su gallo. ¿ Qué me dice ? Oiga, cuando usted se me va, siempre le doy un bastimento para que lo coma caliente, en su casa. Yo lo dejo ir curveando allá, por el rastrojo, y pelo el ojo hasta cuando se lo traga lo hondo de aquella bajada azulita. Y así es ¿ sabe una cuestión ?... Hasta acá me suena el canto de Gallofuego cuando usted se pierde en la ceja de aquella loma colorada, y entonces yo me digo: -" ése es nada menos que Cholo, el de Gallofuego, que me quiere un poquillo "- ¡ Je ...je !.. La verdad es que algo me gusta de lo suyo, pero he jurado no saber más de los hombres. Y dígame, la vez pasada se llevó mi cochino y estuvo el marrano una semana en su rancho...me puede decir ¿ qué hacía allá mi lindo cerdo ?

-Bueno- respondió Cholo- ¿ qué le voy a contar, Chenchá ? Su puerco andaba por allá, bichando y bichando. El gallo trotaba detrás del lechón. Así anduvieron, mismamente, como dos legítimas personas.

- Oiga, y cuando usted me dejó a Gallofuego donde mi, porque ese día andaba borrachísimo, ¿ se acuerda de eso, mi compa ? Yo tenía una alegría de oír al dicho Gallofuego cantar. Me aliviaba de noche, pero más al amanecer, pues oír al gallo y acordarme de usted, era una sola cosa. ¿ Sabe qué hacía ? Se montaba el muy gallo, hecho el jinete, encima del lomo del cochino, y se iban los dos, en esas maromas, a la quebrada. Yo le cuento y le pregunto:- « ¿ Por qué patroncito, es tan mezquino y pichicuma, que no me regala su gallo ?

-Ajá... yo le daría esta prenda si se fuera conmigo. Pero como usted, doña, no quiere, yo me llevo mi propiedad, porque "semos" una pobre compañía, Gallofuego y yo, en esta perra vida ¿ Qué le parece ?

-Bueno- dijo Chenchá- así es la vida, creo yo, porque le dije que no quiero enredarme más con masculinos.

-¿ No será- respondió Cholo- digo yo, y me perdona, que su merced tendrá por allí, cada vez y cuando, otros ajustes ?

-No sea celoso, hombre. Si ya alguien dijo que yo, Chenchá, era la puta suya, únicamente. Y en este tenor voy a seguir, según creo. Pero si algún día usted oye que me he muerto, sólo le solicito que me entierre debajo del palo de guayabo, y se lleve a mi desconsolado y huérfano lechón. Y entonces, cuando vea a mi chanco, se acuerde de mi, de su Chenchá ¿ ya oyó ?... de su putilla privada, como hablan los ricos de las ciudades, que tienen propiedades privadas y cuentos.... Y yo privada hasta del mismo resuello. ¿ Trato hecho? Y entonces, cuando le eche maíz al puerco ¿ ya oyó? o cualesquiera otras golosinas, como decir guayabas maduras, mangos, su algo de afrechillo de arroz, en fin, acuérdesese de esta mujer Chenchá, y el gusto que yo le di.

Y le ruego buenamente que no mate al cochino, ni se lo coma nunca, porque estaría alimentándose de gente humana, ya que ese puerco soy yo misma.

-Ajá, Chenchá, así lo creo palpablemente. En eso estoy. Y sepa que Gallofuego también es gente como nosotros. Y está bien, quedamos en estos tratos. Y si yo faltare primero, porque todo puede ser y no ser, amiga Chenchá, entiérreme boca "pa" abajo, para ir derecho al fondo humano, final. Pues soy al revés de la humanidad, y aunque mientan que el cielo está arriba, con sus millones de ángeles y arcángeles, porque serán muchísimos, si se toman en cuenta los años del mundo... yo "jallo" más bien que está abajo. Y quién sabe Chenchá amiga, si ni hay cielo, ni nada, y "semos" como los caballos muertos, o las zorras muertas, o los gallinazos muertos, que sólo se vuelven pudrición y mierda...

-Eso es - contestó Chenchá - ¿y quién lo sabe pues "naide" regresó, que yo sepa, de las muertes...

Así conversaban Chenchá y Cholo, lo del ser y la existencia, de la vida y de la muerte. Entre ellos había un encadenamiento de lomas y caminos, de trepa que sube, de sol refulgente, caluroso sobre todo en el mes de marzo. Era cierto, Cholo iba, de vez en cuando al ranchito de Chenchá, pero a su regreso, su vida era Gallofuego y su enderredor solitario. Nunca acudía a los poblados lejanos por la sal y otras mercaderías. Esto lo resolvía con el pequeño comerciante, el negro viejo que vendía fósforos, querosín, tabaco, azúcar, sal y guarapo fermentado.

Cholo tampoco vivía de los recuerdos nuevos o viejos, y ni siquiera pensaba largo rato en Chenchá. Eso sí, le dolía dejar a su Gallofuego solito, en la choza cuando salía a ganar algún jornal, por la costa, en distantes peonadas o agriculturas varias.

Cuando ganaba los salarios por aquellos sitios vivía desolado, en medio de los trabajadores, aplastado por los capataces en el áspero ejercicio de sacar estacas de níspero de montaña. Los sábados, días de pago, era su alegría más caballa. Entonces ponía proa hacia

las lomas, sobre pedregosos senderos de tierras rojas, al encuentro de Gallofuego y sus cuatro o cinco matas de maíces y frijoles. Pero esta vez regresaba borracho y se le hizo noche en el camino, y al trepar una colina alta, se sorprendió, ver, al fondo, el panorama encendido, deslumbrante, fragoroso. La tierra ardía, casi todo el mundo alrededor.

Al principio, Cholo dudaba del fenómeno; ¿lo que miraba era una quema real o las nieblas y humos de su borrachera? El susto le devolvió el entendimiento, y observó el perfil de las tremendas llamaradas que trepaban hacia las talanqueras oscuras de la nubes. Surgían ráfagas moribundas de candela aquí y allá, como apagándose y reviviendo por donde ya el el fuego había pasado.

El hombre, aturdido, siguió el trillo sobre el terreno quemado y comprobó que todo había sido chamuscado por el fuego: las lomas, la paja, los siembros. A esa hora, alumbraba una luna pálida, verdosa y cómplice. Aún centellaban tizones aquí, troncos allá. A Cholo se le apretaba la nariz con el tupido aire de vegetales carbonizados y de animalejos asados en su inútil fuga hacia la muerte.

- ¡ Puta ! ¡ Volvió el hombre a quemar el campo !- expresó Cholo.

Cholo quiso apurar los pasos, pero perdía el rumbo. Podría ser un engaño, no había tal incendio. Por lo tanto, su rancho estaría allá sobre los cuatros horcones de macano y , adentro, Gallofuego, entretenido en su cantar.- "Pasa de que a veces la realidad que vemos no es la realidad".

Pero, ciertamente, el vendaval de candelas había devorado la vida, y cuando el hombre llegó a su sitio, los pilares recios, hechos brasas, anunciaban el castigo del fuego. Entonces, bajo la confusión del espectáculo y su borrachera, recordó que los terratenientes quemaban los campos para que los campesinos huyeran de sus tierras, y eso acontecía cada vez y cuando, en los veranos. Lo más

seguro, por tanto, era que Gallofuego se hubiera consumido entre dolorosos gemidos humanos y quemantes llamas.

-¡ Chumba !... yo si soy un desgraciado, ¡ carajo !- exclamó Cholo.

Levantó los ojos al cielo. ¡ Nada ! Solamente la humareda y un zumbido de pájaros extraños, bebedores de humo. ¿ Serían las golondrinas ?

A última hora, el viento rápido, sorpresiva y miserablemente hizo rodear la choza de lenguas de candela roja y negro humo. Gallofuego intentó volar, pero no pudo. ¿ A dónde podía ir que no fueran las llamas?

Pero, de pronto mientras una astillita de duda le mordió el cerebro. Cholo súbitamente, se acordó de Chenchá. Regresó por el camino, y hablando solo, dijo:- "Lo más seguro es que este incendio se pasó las lomas y cayó al otro lado, sin haber fuerza en el mundo capaz de detenerlo. Uno no debe jugar con la muerte."

Luego, sin poder explicarse la cuestión por primera vez sintió hacia Chenchá una llamada superior de la sangre. ¿Qué oscuros y recónditos sentimientos hacía que se apretara su garganta? ¿Por qué ahora le parecía aquella mujer algo infaltable, infinito y sumamente hermoso? Repitió en el soliloquio: "Es que no se debe jugar con la muerte" !-Quién sabe! La quema tal vez ni alcanzó el terreno de Chenchá. ! Qué va ! Gallofuego, tan vivaracho, seguramente, al oler de lejos las candelas, huyó, y como también él era de fuego, ¿ quién sabe? A veces, en sus cacerías de bichos , iba lejos, lejísimo, a lo profundo de las cañadas, casi topando con las montañas negras, entre los riachuelos, buscando al marrano de Chenchá.

Y así, el hombre caminó, caminó y caminó, vueltas y revueltas, ya con la luna apagada como pequeña hostia roja y verde en el horizonte. Llegó al fin, donde Chenchá. La quema negreó todo, nada más bullían las brasas entre lo oscuro. No encontró noticia

alguna de la mujer, ni rastros del puerco. Ni un jeme de vida. Arriba parpadeaban estrellas sucias. Detenido allí sobre reverberantes brasas, perdía el tamaño del diámetro de la noche y de los rumbos. Le acosó un deseo de oír al puerco gruñir, hozar, levantarse de algún lado. Aunque solo fuera el fantasma, la abusión de Chenchá. Sintió algo extraño y frío, muy parecido a la puñalada que le cortó la cara, pero ahora la hendidura la palpaba en el estrujado corazón. " Chumba ! ! Cómo me duele la pobre Chenchá ".

Escudriñó entre las cenizas del rancho, pero era inútil, no había chanco muerto por ningún lado, ni aparecía una pelusa de Chenchá-"Diablos", se dijo el hombre, Chenchá era muy viva. Apenas olió las candelas y vió los humos, barajustó a juir, se llevó a rempujones el puerco ¡Jo! ¡ Que vaina ! Es lo mismo. Si se fue o se murió, para mí da lo mismo».

Y con un cerro de piedra encima de las espaldas, marchitado de pesares, regresó Cholo, tristón, a su predio calcinado, bajo las mortuorias lilas del amanecer. Se tumbó debajo de la osamenta negra de un árbol, de los cuatro horcones carcomidos y, aturdido por el sueño, se quedó como una tusa.

Despertó a las diez de la mañana. Se pasó la mano por la cara, desapartando las mechás de pelo, y al saberse desguarnecido sobre la orfandad curva de las distancias requemadas, lo apretó la angustia y su pequeñez humana ante la indefensión de su mala suerte. "Caraste!" -se dijo- Gallofuego puede estar vivo, ¡quién sabe! ¿Y si está metido por allá, en alguna quebrada? Porque los animales son así, saben más que la gente de los espantos de la muerte. Y Chenchá, al ver las llamaradas negras y rojas, huyó; ella sabía huir, y entonces, ya no volverá. ¿Deberé buscarla yo? Ella jamás regresará a estos andurriales".

Por eso Cholo decidió empezar de nuevo. Cortó algunas varas, colgó la ranchería. Allí estuvo el resto de la tarde. Acudió la noche,

con la luna ahumada. Se durmió boca abajo. Pero como a las once de la noche, del fondo del sueño o de la realidad, vino en un centelleo desde el horizonte, el rasgueo de un canto.

- ! Chumba ! ¿ Será Gallofuego ?- se preguntó.

Y no pudo dormir más. Alertó el oído. De nuevo, del lejano chiflón, allá cortaba como un cuchillo el cascabeleo del canto.

-¡ Carajo ! ¡Es Gallofuego, mi compañero ¡ay! ombé !- y Cholo tomó la derecha musical del eco.

La luna negra le abría el camino entre las chamuscadas lomas y los esqueletos de apachurradas arboladuras. El hombre se encaminaba al arroyuelo, y se dijo:- "Puede también ser el diablo que me llama , con su disfraz de gallo. Pero si es así, al fin le veré la trompa. Dicen que el mismísimo demonio es un cristiano flaco él, blanco, de ojos verdes con rayitas rojas, dientes de oro, largas cadenas y leontinas de oro y plata y un cierto hedor de azufre. El maligno se vuelve puerco y se convierte en gallo, se transforma en perro o en hombre, según sus diabluras".

Otra vez, curveó el relámpago del fino canto del gallo, cortando la espesura, y entonces Cholo sintió que le brotaba la sangre. Y hecho y derecho, allá en una ciénega empañada, le pareció ver a Gallofuego, justamente encima del lomo del marrano de Chenchá. Tal para cual, al son de los viejos días, como narraba Chenchá, que se había comportado en la huerta, la vez en que Cholo lo dejó por olvido después de la gran borrachera y los amores.

Cholo llamó a los sobrevivientes. Ellos salieron del agua a topar al hombre...

Y Cholo tomó a Gallofuego, le limpió las alas, lo apretó contra su pecho y echó a caminar, de regreso, con la sombra cúbica de la luna y el lechón detrás, trotando como gente humana.

Santiago de Veraguas, 1967

* Gallofuego - Publicado anteriormente como: *Gallofuego - Gallogente -*



C.H. Marin
96

LA ABUELA DEL TIGRE

Dicen que al morir la pobre abuela, ese día, el gran río rojo bajaba con pereza repleto de lagartos amarillos, y yo era, para entonces, tan inocente que desconocía tantas cosas de la vida y de la muerte. Pero tengo memoria de la abuela y la gente no me cree. Los parientes sacan cuenta con los dedos y se enredan en los olvidos. No aceptan, además que yo recuerde cosas de cuando empecé a caminar. Había un rancho de paredes de varas sueltas, amarradas con bejuco y yo me agarraba de las varitas y así empecé. Pero hay algo más extraño. A veces andaba solito por la orilla del gran río, poblado de lagartos, o bajo los bosques de inmensos árboles y escuchaba música sinfónica. ¿De dónde venían esos conciertos de violines y apas, de pianos y oboes? Eso sí no lo sé.

Yo vivía con la abuela en la montaña, en un caserío asentado en una loma colorada, a la orilla del gran río, y en el aire venía la música selecta. Supe que la música era sinfónica ya cuando vine a las ciudades, en donde no hay montañas, ni ríos con lagartos, puesto que por las radioemisoras escuché selecciones que la gente llama: música de muertos, aunque se trata de música alta, así de un Beethoven, aunque yo más creo que en mi infancia oía a Stravinsky, Jachaturian o Paganini, campanela de Paganini, o la sinfonía número dos de Rajmaninov, porque la montaña tiene su música tremenda.

Con la abuela vivía mi abuelo, un hombre bien construído y organizado, con gran talante, hijo de español con negro e indio. Era moreno - claro, con un sombrero alón y la nariz más grande que la mía y sumamente perfilada. Pues bien, el abuelo me decía que los árboles solían llorar o cantar, según el tiempo y sus tragedias, y tal

vez, de esa música sinfónica, forestal y ecológica de la montaña se trataba, en los lejanos días de cuando yo vivía con mi abuela y los lagartos.

Cuando la abuela se murió, quedó así, acostada en su catre, bien muerta. Ella era muy bella, un taco de mujer. Y de mi abuelo se dijo, también que era un gran enamorado de mujeres guapas, pero los dos se murieron, una primero y el otro, después. Ella también era una mujer medio india y medio negra: pero negra fina, delgada y clara, de ojos profundamente negros y brillantes. Mi abuelo, le decía que tenía ojos de sierpe o de culebra o de víbora terciopelo, de las muchas que había por allá, en el país de mis abuelos, la gran montaña del Darién.

Bueno pues, cuando mi abuela se murió se quedó, así muerta, y como suspendida en el aire y no sobre el cuero del catre ; porque mi abuelo hacía catres con cuero de animales de monte, como decir de tigre, como decir de puma; y eran unas camas frescas y livianas para dormir. Yo no lloraba, tal vez, porque no tenía tiempo de llorar, ya que esos eran oficios de gente mayor y no entendía la muerte, ni el misterio brutal de acabarse totalmente y no regresar más ni nunca ; y qué se yo !... Pero mi abuela era altaneramente bella cuando, en las tardes, en su silla rústica, sentada allí remendaba camisas y trapos viejos o bordaba pañuelos para gentes que vivían por allá, lejísimo. Ella se recortaba contra el fondo del río, el cual parecía un mar, las más veces chocolate, de puro bravo, porque en él chapaleaban los lagartos, y lo ensuciaban, de tantos lagartos que allí vivían y se multiplicaban más que las gentes. Y no olvido esa figura de la abuela, con chaqueta de basquiña, creo, de fondo negro, con cuadros amarillos y celestes, pero tal vez era de fondo azul. Y siempre andaba con esa basquiña y una falda, al estilo de las polleras montunas, algo así. Señores, había que ver ¡cuán linda era esa mujer!

Dije que vivíamos en una loma, por allí había un caminito curvo de barro rosado y rojo, paso obligado de los vecinos, de los caminantes, los aventureros, los cazadores de lagartos, los caucheros, los chicleros, los que recogían raicilla y los lavadores de oro.

Mi abuelo se encontró a mi abuela en un lugar del Océano Pacífico, llamado Piña, cuando atacado por el ejército colombiano, su destacamento guerrillero fue destrozado y huyó de su país. Luego, en su nuevo oficio de buscador de raicilla se halló a la abuela, quien era la mujer más bella de la costa y de la montaña. La montaña era muy tupida y alta, con árboles añosos, de quince, veinte y hasta cincuenta metros, en cuyas sombrías arboladuras vivían los monos, pericos, loros, guacamayas y las águilas arpías. Y no se hable de animales de todos los linajes; muletos, machangos, conejos pintados, venados, machos de monte, boas, víboras mortales, manadas de puercos de monte, sahnos y los feroces tigres ; tremendos gatos que aullaban con una dimensión terrible, sobre todo, en las noches, y uno de chiquillo, se cagaba de miedo y se meaba...

Pues en ese mundo se encontraron los dos lindos, y se juntaron; nacieron hijos e hijas y mi madre, pero no voy a hablar de ella, pues se trata de contar lo que le pasó a mi abuela.. Dejemos aquello de cuando nacimos y el lugar del mar Pacífico, que casi nadie conocía, para esos días del reinado de mi abuelo, el buscador de raicilla, y ex-guerrillero de los tiempos de las peleas de los liberales, quien después se quedó a vivir en esa loma colorada a la orilla del gran río.

Pues sí, por la casa de madera cruzaban los caminantes. La vivienda no era grande, pero sí cómoda hecha sobre tambos, para evitar las culebras y los tigres. Allá, en ese país sobraba la madera y la casa era de cedro espino y cedro amargo; tablas rosadas, con hermosas vetas. Cuando era niño, me gustaba tenderme boca arriba y mirar las artesanías de mi abuelo. Jugaba a buscar en los tablones

gatos, fantasmas, abusiones, caracolas, caballitos de mar, tiburones y lagartos. Todo eso habían en la madera taraceada, en las venas de las fibras de matices escarlata o siena y el fondo rosado y castaño.

Madera había mucha y árboles, sobre todo. En el verano, de pronto se encendían los guayacanes amarillos; recuerdo, había uno en el patio, y era como la nieve. ¿ En qué sentido nieve, si la nieve es blanca y el guayacán amarillo ? Pues que a veces uno se acostaba, con el árbol lleno de hojas y en la madrugada, las hojas se habían caído absolutamente todas y sólo se miraba el fulgor amarillo de las flores, y según me han dicho lo mismo ocurre con las nevadas. Y había guayacanes aquí, otros allá en la negrura verde y a veces azul y campánula de la montaña, porque era una montaña bárbara y caballa.

La gente pasaba por la solitaria casa y mi abuela subsistía íngrimamente en sus negocios de tejer, cocinar, lavar y dormirme, tras de pegarme con una varita especial que le traía mi abuelo.

A veces me pegaba en las manos, si el delito era pequeño; pero si cometía varios crímenes, tales como aplastar un pollito, me pegaba en el culo pelado, hasta dejarme ronchas, porque ella era bien tiesa y no quería tener criminales en la familia.

El día en que se murió, a la casa llegaron los vecinos desperdigados, y mi abuelo, eso no se me olvida, el pobre hombre serruchaba las tablas, lleno de hombría y paciencia. Con un hilo de majagua medía el tamaño de la abuela, distancia que él conocía, puesto que había vivido toda la vida, nada más con ella (aunque se decía que cuando mi abuelo se iba a trabajar en la montaña, adentro, y demoraba por allá unos quince días, tenía su cualquier negra de repuesto, por esas honduras y soledades llenas de culebras y de tigres, y yo creo que eso no estaba del todo mal, con lo infinito que era ese mundo del bosque milenario del Darién).

Bueno, estaba allí muerta la abuela y aún muerta lucía bellísima, y seguía mi pobre abuelo, construyéndole la caja, porque así era en los tiempos de antes y no de otra manera. Los camaradas montañeses, le daban una manita, y le serruchaban sus cualesquiera tablas, mientras se metían voluminosos tragos de aguardiente cimarrón, que al parecer era una ricura del mismo diablo.

Así pasaba en el patio donde elaboraban el ataúd y acá seguía la abuela muerta y mi abuelo, de vez en cuando acudía a ella, se pasaba la recia mano por la frente para quitarse el sudor y echaba también su cualquier llantito, pero muy comedido, muy de hombre, muy de amante. Pero las que lloraban como terneras de un corral, resultaron ser unas fulanas prietas que yo jamás había visto por la casa, y ellas lo hacían como si hubieran muerto, de verdad, sus propias madres, pero mi abuela no les tocaba nada a ella. Las lloronas fueron contratadas por un compadre de mi abuelo, justo para eso: para llorar con esa medra, de modo que la difunta no se fuera de este mundo sin llantos, lo cual era demasiado triste y miserable, en semejantes soledades de la montaña. Las damas plañideras, de que lloraban, lloraban...¡ oiga que daba miedo ! y de vez en cuando pedían aguardiente cimarrón, o chicha fuerte y café negro y pegaban de nuevo a llorar. A mí eso sí me mataba el ánimo. Que la abuela se hubiese muerto, yo no lo entendía a cabalidad, ni sabía lo que iba a ocurrir con el entierro, y puesto que se hablaba de un viaje que iba a realizar, yo tenía mi esperancita de que pronto la volvería a ver, en la casa tejiendo sus pañuelos. Pero me acongojaba muchísimo el doloroso llanto y los adoloridos ecos que se repetían en los entreveros y vericuetos verdiazules del bosque.

Años después del entierro, eso se dijo, pues ya me habían traído a la ciudad de gente civilizada, en donde no hay lagartos, ni guayacanes florecidos, ni gran río, ni montaña, todo lo cual, digo yo es una verdadera mugre; bien repito, meses después del largo viaje, del cual, ahora veo que jamás ni nunca regresó la pobre y

bella abuela, ocurrió que pasaba por el caminillo rojo, allá en la loma, en la casa abandonada (porque la casa quedó solita, y empezaron a crecer, dentro de los cuartos, toda clase de bejucos y alimañas) pues pasaba un joven caminante y en eso vio, recortada contra el fondo del río, a la abuela serena, como estatua, con su blusa negra o azul, tejiendo un largo pañuelo blanco. El muchacho sabedor de que mi abuela era difunta, muerta hacía diez años, del susto, al mirarla, con su típica chaqueta de basquiña y una terrible mirada de muerta resucitada, allí mismo, el mocetón cayó muerto de miedo, de susto, de pánico; muerto de ver la muerta, que es la más terrible cosa que le puede suceder a una persona en aquella incomensurable montaña... ¡ Que horror ! ...

Cierto día antes de que la abuela se muriera, y es lo que deseo contarles, una vez que mi abuelo se había ido, como era la costumbre a cortar la montaña y se quedaba por allá, sus varias semanas, con los árboles y tal vez, aliviado con su negra de repuesto; era de mañana, el sol estaba claro, el río azul, porque los caimanes se habrían dormido o emigrado a otros rumbos, mi abuela oyó un bramido feroz, y me dijo:- "¡ Ay, santo dios, es el tigre !" ... - Pero yo no le tenía miedo a ningún tigre simplemente, porque sólo los había visto en el cuero del catre y yo jugaba con esa piel sedosa y moteada y me parecían muy agradables los señores tigres.

Pero escuchar el mugido de un jaguar... eso es del carajo, porque hasta las tablas mal clavadas tiemblan con el bramido. Y entonces mi abuela exclamó: - "¡ Ay dios, es el tigre !"... ¿Qué les cuento? Por suerte tenía la abuela encendido el fogón, lleno de troncos crepitantes y rojos, cuyas chispas salpicaban, y el gato teme al fuego, porque el tigre también es medio pendejito.

Pero el animal empezó a dar vueltas alrededor de la casa, que ya le dije estaba sobre pilotes, y eso nos salvó, porque el jaguar con hambre, sin embargo no se atrevía a subir, por el fuego, y

porque la abuela, en ese instante, se puso seria, espantada, con una mirada brillante y sumamente atroz, de negra y montañesa; tenía una daga en la mano y a mi, contra su pecho. Mi abuela sabía que el tigre venía a comerme, porque yo parecía tierno, como manjar; me tragaría de un solo bocado y después iba a relamerse, como gato complacido, con el criterio burgués de : barriga llena corazón contento...

El animal daba vueltas y emitía otros rugidos, para asediarnos y rendir a la abuela. La casa, por lo demás, carecía de puertas, porque mi abuelo manifestó que las puertas fueron inventadas por los europeos ricos, para que ni los negros ni los indios robáramos lo que ellos nos robaron. Y estuvo comprobado, porque de nada le sirvió a un gringo minero, que por allá vino con una gente a lavar oro, el tener puerta y candado, ya que los propios peones, una noche, para despropiarle el polvo de oro que ya el norteamericano tenía guardado, con un machete le bajaron la cabeza y le sacaron con facilidad suma la bolsa que le colgaba del pescuezo...

De modo que la puerta no era necesaria en la montaña, ¿ y el tigre ? bueno, no era que temiera subir, sino que se manejaba con la táctica del desgaste de los nervios de la abuela. Primero me iba a comer a mi de una tarascada: ¡ ñau !... y después se almorzaría a la abuela, pierna a pierna, costilla a costilla. Pero mi abuela como tenía su edad, era más difícil, porque con el trabajo y la vida que llevaba tenía la carne dura; no tanto como los lagartos, pero allí iba, aunque como queda dicho era una mujer oceánicamente bella.

El tigre se pasó todo el día y la noche dando vueltas; de seguro, no me lo creerán, mas así fue la historia. Nos dormimos, o tal vez yo no dormí y mi abuela puso candela en las cuatro esquinas de la casa. Y entonces, o se quemaba la casa y nos llevaba candanga con todo y tigre asados, o el jaguar no subía, y entre los dos riesgos mi abuela prefirió el fuego para espantar al felino. Y así fue, el gato

no subió. A la mañana siguiente continuó la misma vaina, pero mi abuela, ya con más dominio de la situación preparó incluso un caldo para no morirnos de hambre... y el tigre afuera.

Como a las cuatro de la tarde subió la marea. No se sabe por qué el tigre cambió de táctica y se alejó un poco; tal vez fue a realizar su excusado y no quería que lo viéramos en eso.

Mi abuela tomó la daga, me subió en su cuadril, con ansiedad, casi estrujándome; saltó y desbarrancándose como una cabra, loma abajo y gritando ferozmente para darse valor, conmigo llegó al río, soltó el bote, entramos y empezó a canaletear, justamente cuando el tigrazo ganó la orilla y no se atrevió a echarse en el agua, ya sea porque no sabía nadar, por temor a resfriarse, o porque los lagartos en el agua le ganan la pelea al tigre. Yo digo ahora, que nos salvaron los lagartos, porque un tigre con hambre es peor que un rico en tierra. Y nos fuimos río arriba, hasta llegar al trabajo de mi abuelo, en donde la abuela contó lo sucedido y ni los compañeros del abuelo creyeron el cuento. Y más tarde escuché al abuelo cuando la regañaba diciéndole que eran los puros y malditos celos, pues pensaría que lo sorprendería in fraganti con la negra de repuesto...

Pero la negra de repuesto era otro cuento de los amigos, para joderlo ya que él, mi abuelo, jamás se había atrevido a engañar a mi abuela, sino que mi abuela era el único y gran amor de toda su vida, porque ella era una mujer guapísima. Eso oía por la noche en el jorón del rancho, allá en la montaña.

Pero vamos a ver qué le pasó al señor tigre. Al día siguiente regresamos y mi abuelo aceptó, al ver las huellas, que lo del tigre era real y dijo: "Carajo, voy a matar a ese tigre cabrón."

Mi abuela no respondió nada, ni se lo impidió, porque ese era su derecho de hombre y así demostraba el gran amor que le tenía. Mi abuelo preparó los cartuchos, limpió y aceitó una escopeta calibre dieciséis, de dos cañones; se metió en la cintura un puñal de "cocaita"

y se fue a buscar al tigre. Eran las cinco de la tarde. Iba con una lámpara de carburo en la cabeza, bien aliñado el hombre y siguió los rastros de la bestia

Dicen que si un hombre va adelante y detrás lo sigue un tigre, si el gato mete sus manazas justamente dentro de las huellas del cristiano, y olfatea que el individuo tiene miedo, ya es hombre muerto. La abuela encendió calladamente una vela a la Virgen y se puso a rezar. Sentiría algo de miedo y temor de que el tigre matara al viejo.

El abuelo caminó entre las sombras; hombre bien macho, nacido en la montaña, se la conocía como sus manos: tigre contra tigre... eso era, y lo halló en un promontorio. Verlo y dispararle, eso fue una; pero apenas lo rozó, entonces el gato se volvió iracundo y se le abalanzó, el abuelo lo encandiló con el destello de la lámpara de carburo y le enterró el segundo tiro entre los ojos amarillos. El animal pujó y se rajó en el suelo, muertamente, porque en aquella montaña, nada más podía haber un tigre y ese era mi abuelo. Con cuidado el hombre le abrió el duro pecho al animal y le extrajo el corazón. De madrugada, la abuela ya sabía que el viejo había matado al tigre, porque venía castigando los silencios con su vieja tonada de recogedor de raicilla, y con la saloma se llenaba la casona de madera, de alegría y nuevas esperanzas.

Para esos días, mi abuela se ponía que era un primor de buena, y no me pegaba.

Llegó el cazador, la abuela tenía hecho el café oloroso, en su punto. Él entró como si nada, sacó un envoltorio de hojas de bijáu, y abriéndolo le mostró la pieza a la señora y le dijo: - "coge, cobarde, aquí te traigo el corazón".-

Eso jamás se me olvida.

Al día siguiente mi abuelo, con unos compañeros fueron a buscar el tigre, y resultó ser un animal formidable, de cinco pies de largo, sin el rabo. Mostraba hermosas manchas negras, porque nuestros tigres no son rayados, pero son igualmente tigres. Desde ese día yo dormí en una nueva cama de tigre. Y era una belleza dormir, sobre tan sedoso cuero, hasta la desgraciada hora, cuando se murió la abuela y se me acabó esa extraordinaria fantasía.

Ciudad de Panamá, - sep- 1983-

EL CONGO PAJARITÉ DE MALA MUERTE

Fue el Pajarité más famoso de Costa Arriba de Colón y también del universo de los negros congos. Ninguno como él para chiflar el pito: pita que pita, cuatro noches oscuras o más de cuatro noches, de media luna menguante y creciente. Faroleaba el pito de Pajarité, pese a la bullanga negrísima del mar verde y blanco, de los tambores del carnaval costeño, del carnaval de los congos, donde la Reina Lilia Perea, meneaba las caderas y relumbraba los ojos restallantes como si estuviera moliendo la masa de hacer los hijos congos.

En los bailes congos, Lilia Perea se le adentraba en el remeneo, escobillando tupido con los pies de Reina, para encajarse entre los muslos del hombre, de Juan de Dioso, o de quien fuera; apartándose entonces súbitamente, en el carnal desafío al retumbar los tambores de cueros templados y antiquísimos, de los tiempos de ña Upa, de la colonia, del palenque y de la caña. Pues era la tremenda locura.

Cuando Lilia Perea bailaba, la luna madura de iluminación caía al suelo...¡suás! y en la playa se desparramaba en pedacitos de luna; el reguero de luz sobre la arena tibia y aterciopelada, en la cual bailaban los congos de la Lilia Perea, la Reina de Costa Arriba. Y en la alta mar, o entre las franjas de palmeras, al aparecer los enemigos de los esclavos, entonces el vigilante Pajarité- era su oficio y cargo guerrillero- chiflaba su silbato y los centinelas acudían para apresarlos. Detenidos, los forasteros y amarrados, debajo de la ranchería; sometidos a juicio, debían comprar su libertad con botellas de aguardiente, o con dinero sonante y cantante, y entonces los tambores de los congos proseguían su terremoto de sonidos altos y graves, y la voz de Lilia Perea soltaba versos venenosos y eróticos, que daba miedo:

"Dale la teta, chupala...

Ña, ña, ña, ña...

Tené puro curutera,
puro cumino
puro cuntino,
puro curepe, puro cuntera,
purururá-..."

Más esta vez, a la orilla del mar creció, como tromba marina un susto madre de toda la población conga, por lo que le ocurrió ese martes de carnaval, amaneciendo miércoles de ceniza y para siempre jamás, al tal Pajarité de tan mala muerte, congo malo, tamborero trágico, leche agria de su mamita y pan quemado.

Aquello, para que todos sepan, fue en la madrugada, al término de los remeneos. Esa vez amanecía, y según cuentan, la culpa la tuvo el Juan de Dios. ¡ Pero quién sabe!...

Repito, Pajarité era pues el pajarito, personaje del juego congo cuya responsabilidad era vigilar el palenque. El volaba, podía traspasar los piélagos del aire y las atmósferas, velozmente y saber, arriba de las lomas o de las islas, entre la distancia azul y las sombras lilas, cuando aparecía el enemigo de clase, el dueño de los esclavos cimarrones que huyeron de las haciendas de los españoles. Pero en la lengua conga, Pajarité, significaba simplemente: pajarito, y pajarito, Pajarité. Era la categoría y la lengua clandestina para engañar a los amos, igual que piña se decía pinga, y cucuñera, compañera. Pero además, lo principal consistía en que Pajarité solía ser el hijo amado de la Reina, la poderosa, la cacica, la jefa, la mandamás y la gobernante de la dictadura de los congos cimarrones. Pues hubo un tiempo cuando se molía la miel en los trapiches de los amos blancos.

"Los blancos no van al cielo,
por una solita maña,
que quieren comé panela
sin habé sembrado caña" ...

Dicen que en Mozambique los cazaron; en Angola los cazaron, dicen; en Guinea, y hasta en Etiopía, porque les decían etíopes, en el Congo, los cazaron. Venían tumbados sobre las amargas naves portuguesas y acá entraban por la bahía de Portobelo, y los pagaban a tantos reales, según el músculo, el tamaño, el blancor de la pepita del ojo...

"Cambio dos etíopes jóvenes por una mula de paso"...

Pero, bueno señores, de esto no se trata - que es historia sucia - sino de lo que pasó a Pajarité aquel horrible último día del carnaval, en su palenque, ya casi al borde del despunte en las aguas oceánicas, barruntadas de tijeretas negras, y la madrugada neblinosa en el pico de los pelícanos dormilones a punto de escaparse, la madrugada. ¡Pobre la Lilia Perea y Juan de Dioso!... ¡pobre su niño querido del alma, el gran Pajarité!... ¡Ay...yayay..., cucuñero!...

Un día los esclavos no aguantaron más, porque no hay mal que dure cien años, y uno de ellos, Bayano, se levantó en la hacienda y a filo limpio, cortó cabezas y pescuezos blancos y mezcló la miel con la sangre de los amos. Esta es señores otra historia... Huyó con varios tantos, hacia la montaña, se remontaron y fundaron la República Conga, y su palenque de cimarrones y su territorio liberado. Igual hicieron Mandinga y Felipillo y dieron mucho que hacer a los amos españoles, por muy españoles que hubieran sido, pues además los cimarrones se aliaban con los piratas holandeses e ingleses, para hacer aquella guerrilla, ¿y quién podía con un negro cimarrón, machete en mano, y a veces camuflajado con hojas verdes, en la montaña verdísima?

Por eso, en el baile de los congos, también actuaba el "jorasquín" del monte, o sea, el hojarasquín, vestido de hojas largas, para confundirse con la selva... y tremendo bailarín, cuando danzaba.

El palenque era el universo de los congos liberados y cuando los cimarrones perdieron la guerra, al rey Bayano, el jefe de los congos, lo llevaron cautivo a España, para que sus reyes conocieran, en persona, al negro de la fama; olieran su sudor, oyeran el tambor de su voz; tocaran la piel mágica, intraspasable, y desde luego, para que por allá, lejísimamente, en otros y extraños climas, el hombre se muriera de tristeza, amarrado a sus cadenas, matado allá en las caballerizas de la corte; de burla y desprecio, pero principalmente fallecido de una colosal tristeza de héroe derrotado.

Pues sí, Pajarité era el sumo vigilante, pero aconteció, debilidad cimarrona, quizás cosas del diablo y las tentaciones... el muchacho dejó un día de vigilar, y cuando los congos se reunían en el palenque, para realizar aquella gran fiesta de tambores, de noche; cuando ya estaban completamente borrachos del aguardiente cimarrón, hecho de guineo amarillo. Bueno, pues, cuando casi todos los congos, menos el muy Pajarité, en lo de bailar estaban bajo los efluvios del mareo y el tam tam de tambores y las tonadas arrechas, y el remeneo de las congas ataviadas de flores del monte... oiga, fijese usted, la bailarina en éxtasis, transida de placer, casi temblorosa frente a su hombre, como tragándose en el remeneo, con los ojos de candela... en eso oyeron los disparos de arcabuces; la sangre empapó los cueros y los tambores dejaron de sonar; la cantalante, de súbito, detuvo el chorro de versos insolentes y el coro se apagó como una vela. Aquella vez mataron a casi todos los congos del palenque. Dicen que eso ocurrió muchos años después que vinieron esas gentes de Guinea, y cuando el Rey de las Españas y los señores Obispos de esos mundos, consideraron que, para bien de Jesucristo, los negros y las negras tenían que ser esclavos.

La historia registra que el hecho se dio, sin embargo, con luna plena, pero era una luna negra. El pueblo de congos ardía borracho y los tambores sonaban mucho más; el corazón de los hombres se

metía en el corazón de las hembras y las mujeres vacilaban entre el meneo, el remeneo y la posesión mágica... Allí mismo fueron los disparos y se acabó casi todo.

Pasaron los tiempos, aclararon las tempestades y la cuestión se supo, porque siempre se sabe. Tal vez, porque seguramente, además de Pajarité, vigilaba la contrainteligencia conga; o porque el brujo lo adivinó, ¡quién sabe!... Lo cierto fue que llevaron al Pajarité, quien no murió, desde luego, a un proceso jurídico -penal y nombraron para ello a terribles jueces cimarrones. Entonces el pueblo congo se enteró de lo increíble: nada menos que el Pajarité, el sumo vigilante, el hijo de la Reina, en lugar de cuidar a los camaradas y su fiesta, por unas cuantas cochinas monedas, delató la reunión al enemigo de clase. ¡Ay...ya yai!... Los jueces en el centro, bajo un enorme árbol de corotú verde, copudo y altísimo, pero cuyas ramas bajaban a ras del suelo, Pajarité a la derecha; a la izquierda, su madre la Reina, como labrada en piedra le quitaba la cara. Ella de perfil se parecía a Nefertiti, la reina de Egipto, alrededor, la masa de los congos enfurecidos. De lejos se oía el tam tam de un enorme tambor.

Bueno, pues, Pajarité se levantó, también como una estatua, musculoso, delgado, nervioso, y casi inocente cantó toda la verdad, absolutamente toda, en una amarga autocrítica. Los terribles jueces dictaron la sentencia. Exclamaron al unísono ¡Muerte!... La Reina pestañeó, pero no movió su rostro, ni su alto cuello de Nefertiti. Luego los jueces se inclinaron reverentemente, ante la Reina y con mucho respeto, el juez mayor dijo: - "Reina, de todos modos, tú sabes, se trata de tu hijo del alma, solo tú puedes indultar la pena."

- Mátenlo - respondió sin titubear, ni volver el rostro de obsidiana.

Al fondo sonaban los templados tambores. Se acercó un guerrillero, el más fuerte, desenfundó su machete de plateado filo, y le sajó la nuca.

El machete se tiñó de rojo, como el ribete del amanecer y la cabeza de Pajarité, al caer al terreno dio varios saltos mortales y todos los negros se echaron a llorar, menos la Reina de piedra, que lloraba, como Nefertiti, para adentro.

El palenque, eso cuentan, siguió por muchos años más y otros hombres ocuparon el cargo militar de Pajarité. De lejos, en la profunda montaña, en el palenque bramaban los tambores y nadie se atrevía a matar a los negros cimarrones.

Pero todo aquello aconteció cuando los barcos negreros de los portugueses vinieron del Congo, de Angola de Guinea, y de otras regiones africanas, hace tantos y tantos tiempos, pero todavía pese a todo, para los carnavales, en Costa Arriba y Costa Abajo de la Provincia de Colón, en el Atlántico, resuenan los mismos tambores y los congos establecen sus palenques de mentiras encantadas y repiten el ciclo de su tragedia. La Reina ordena a Juan de Dios, su marido, quien pese a que es hombre y marido, no manda, y Pajarité toca su pito y vigila alrededor, por si los enemigos aparecen... Y esto fue lo que sucedió, cosa de no creer. Y después del martes de aquel carnaval, la gente puso todo en tremenda duda ... ¡Y cómo lloró el conguerío!...

En ese carnaval, desde el veinte de enero, cuando en una garrocha de cañaza izaron la bandera, los congos se tomaron la región y fundaron su palenque de parrandas, danzas, bailes, cantos, tambores y pitos que sonaban como nunca antes. Las mujeres trajeron tiras de todos los colores para la elaboración de los vestidos y abundantes flores secas del monte, para el embrujamiento de las cabezas temblorosas de las bailadoras.

El hecho fue el martes de carnaval; mejor dicho, miércoles al amanecer. Quizás estarían todos borrachos... Como se ha dicho, en el juego congo la Reina tiene que ordenar la muerte de su propio hijo, por haber traicionado el palenque, cuando los viejos días de la colonia, denunció la fiesta clandestina de los cimarrones. Para los carnavales, cada año había que escoger al muchacho más despierto, y el de mejores dotes artísticas, para la representación realista y dramática del papel de Pajarité. Mas como este Pajarité hacía su trabajo, el mejor, en muchos años, y como a diferencia de otros muchachos, él no se había ido de la costa a buscar salarios en los puertos de las ciudades del Canal, porque era un hombre muy enamorado del mar, del arroz con coco y carne de tortuga, y sobre todo, de sus mulatas; pues bien, allí estaba esta vez, el muy Pajarité, pitando su silbato. Danzaba, corría de un lugar a otro, llegaba, casi de rodillas, en sus escobilleos, ante la Reina, y más tarde, la traición, la turbamulta de tambores, gritos y lances del tamborito después el juicio y finalmente la Reina ordenaba a sus camaradas que mataran a su propio hijo del alma, su Pajarité delator, y en medio de la algarabía de la fiesta, las tonadas y los ritmos de tambores. Luego de cuatro noches de carnaval Pajarité se lucía, y bajo el ataque de sus verdugos que blandían machetes de madera, el muchacho caía mortalmente herido, retorciéndose sobre la arena, bajo el repique culminante de tambores y palmoteos.

Pero el teatro era morir con gran estilo congo; retorcerse cómicamente y a veces hasta esperar una tonada de velorio con sucias palabras y vulgaridades de gran calaña. Esto se realizaba al amanecer, entre nieblas, sombras, rugidos del mar creciente, cuando una uña de sol bermejo rompía los sortilegios del mundo. Muerto Pajarité, o Pajarito, que da lo mismo, cerraban con ello, los últimos toques de los tambores del carnaval.

Entonces venía la vida y la realidad humana, al dejar de ser congos por fuera, aunque llevaran el congo por dentro, hasta el otro año, de nuevo, el veinte de enero, cuando Lilia Perea, la Reina volvía a notificar a su gente, su familia, sus congos. Salían a buscar la cooperación entre el comercio y los vecinos, a pedir retazos de telas de colores vivos, y algún dinero aquí, otro allá, porque venían los carnavales. Y aunque el mundo seguía peor de jodido... pues, por eso mismo: para olvidar la miseria de los congos, en Costa Arriba y Costa Abajo de Colón, la ciudad fantasmal y fantástica, por donde el mundo entra al Canal interoceánico; donde hubo las más deliciosas prostitutas de la región, durante la Segunda Guerra Mundial, y famosos incendios, y en una de cuyas calles, sobre los rieles del primer ferrocarril interoceánico, los norteamericanos ordenaron el ahorcamiento del revolucionario Pedro Prestán, que de seguro también tendría su alma conga.

Pues como venía el carnaval los congos levantaron su palenque y jugaban cada sábado, hasta el último día, el martes, amanecer del miércoles, cuando el Pajarité degollado hacía corcobitas mortales y caía definitivamente muerto, para el contento del gentío alegre en medio de los gritos y aplausos. Luego Pajarité, en trance, resucitaba de entre los muertos; se levantaba, y en medio de los aplausos y los vivas: "¡Viva Pajarité... ¡Viva!" Decía alguien: - "¡Coño...ese Pajarité, si es del carajo"...- Luego los danzantes agotados se retiraban por la playa, a la orilla del mar, a sus bohíos, a dormir las jumás de toda la semana y a esperar, la realidad de la vida, hasta el próximo año, para los carnavales y los palenques, cuando el miércoles de ceniza al amanecer volvieran a matar a Pajarité.

Pero ocurrió en este carnaval, que tanto les dolió, el miércoles, como queda dicho (y nunca hubo un Pajarité más Pajarité que ése, en punto al giro que le imprimía a la representación de la muerte...) el muchacho cayó con un estupendo estilo congo, al suelo y no se levantó, de puro cazurro y zorro que era el negro.

Los tambores arreciaron, las tonadas con palabrotas, los remeneos de las negras y Pajarité en la arena. Le gritaron: -"¡Pajarité, pendejo, levántate.--- ¡Oye negro bribón, quedaste requetebien, de película.-

-¡Arriba, vámonos ! --- ¡ Pajarité, loco, quedaste clase, párate...- "¡Está borracho... exclamó Juan de Dioso».- "¡ Que va... no está sino jodiendo.

"¡Arriba cucunero!"...-

Un viejo negro se arrodilló para levantar al Pajarité borracho.

- ¡Miedda!... ¡Sangre!- gritó.

- ¿Qué?- rugieron en coro, los danzantes y el gentío.

- ¿Sangre, dices tú, viejo? ¿Qué le pasó a mi Pajarité ?- gritó una muchacha, la más linda de los congos y de la fiesta-

- ¡ Puta, no te acerques !... le gritó el marido y la jaló con violencia.

Cayó de arriba un silencio bárbaro, la Reina levantó el brazo izquierdo de Pajarité, su hijo del alma, y se vio que la sangre de verdad le manaba raudamente, por donde dicen que los negros congos también tienen el corazón bermejo.

A esa hora repuntaba la claridad del día, con su tremenda realidad y en coro, con tambores oscuros, los congos empezaron a llorar de verdad y a cantar así:

- ! Ajé, mataron a Pajarité, señores ! ... ¿Quién mató a Pajarité?

- ¡ Mataron a Pajarité ! ¡ese negro es un bandido, señores !...

- ¡ Ajé, mataron a Pajarité ! ¡con un puñal le abrieron el corazón!...

- ¡ Mataron a Pajarité ! ¡tal vez por una mujer ajena, cucuñero !...

- ¡ Mataron a Pajarité ! de verdad, ¿ Quién fue el villano, señores!...

- ¡ Mataron a Pajarité ! ¿ Quién fue aquel que no supo jugar congo? ¡ Ay !

- ¡Mataron a Pajarité! ¡porque era el negro más lindo y parrandero!...
- ¡Mataron a Pajarité! ¡porque en lugar de vigilar, amaba tanto!...
- ¡Mataron a Pajarité! ¡pero es mentira que lo mataron, señores !...
- ¡Mataron a Pajarité! pero, ¿Cómo pudo pasar esto en la fiesta ? ¡ Ay !
- ¡Mataron a Pajarité! ¡y si es así, se acabaron los congos, señores !
- ¡Mataron a Pajarité! ¡ajé señores, repíquenme los tambores !...
- ¡Mataron a Pajarité y yo estoy llorando, señores...
"Ña, ña, ña, ña...
Tené puro curutera,
puro cumino,
puro cuntino,
puro curepe, puro cuntera
purururá....

Ya había brotado el día pleno sobre los vidrios de la playa.

Los congos lloraban ahora, real y supremamente al Pajarité desangrado y concretamente muerto de la misteriosa puñalada. En eso llegó la policía y arrestó a los danzantes. En la cárcel los congos entre vapores de alcohol y de la fantasía, no llegaban a deslindar las fronteras que separaban su realidad del sueño. En la última celda, Juan de Dios, casi loco repetía:- "Ay, Pajarité de mala muerte! "...

Más allá de las circunstancias, sin embargo, en los palenques de Costa Arriba, aún sonaban los tambores abstractos.

Octubre, 1983.
Ciudad de Panamá.

LOS INFUNDIOS SOBRE EL AMOR Y LA MUERTE DEL DOTORE CIPRIÁN VIROLA

Sobre el quebrado espinazo lila y azulenco de la sierra (realmente de tono castaño o rojo) las estadísticas apuntan y las gentes lo atestiguan, que la vida tiene verdadera cara de perro y allá, los perros, con las hambrunas atadas a la muerte, ofrecen miradas desgarradoras de hombres supremamente humanos, pero infelices.

Y quién sabe porqué a los habitantes de aquellos rumbos y parajes, o sea, a los llamados indígenas y cholos, los llaman simplemente: " camarás ". La cuestión era que los camaradas se morían de cualquier soplo o vicio que los "suliaces"- los no indios- llevaban a sus tierras y pueblos, con los comercios, políticas y religiones afuereñas, como decir: tosferina; como decir, aguardientes; como decir elecciones, alambres, propiedad privada, títulos, escrituras, leyes y otras yerbas aromáticas... y todas las angustias.

Allá, en la sierra el paisaje típico era una esmirriada choza; a lo lejos, encumbrada en los altozanos yermos, uno, dos, diez kilómetros adelante, otra choza desflecada por los fuertes vientos veraneros de los altiplanos realmente amarillentos. Era el retrato de la vida. Algunas cosas como las chigarras y las orquídeas se alimentaban, nada más del sereno y de los altos rocíos iridiscentes. Y acontecía, que en las noches claras, desde los lejanos poblados donde vivía la gente "civil", de noche, se percibían las ardientes quemadas, en las lomas en donde subvivían los hombres y mujeres gnobes, por obra

y gracia de los dueños del mundo. "Allá - decían - donde se ven aquellas quemas, viven los "camarás"; ellos, comen perros. En la sierra gente hay muy poca. ¿Indios?... una barbaridad."

Pero Candelario Sires, viejo cacique y sabio de la comarca, solía explicar que nada de eso, dicho por los civiles era verdad: -"Nosotros no comemos perros, los amamos; vivimos uno aquí y otro allá, porque si nos concentrábamos en poblados, nos caían, de nuevo, los bárbaros conquistadores encima, en busca de los diosesoro."

Y era cierto. Pero también, en las noches Dotore Ciprián Virola veía desprenderse pedazos de estrellas, y de vez en cuando, auscultaba bolitas de luz o chispas azulillas, que cruzaban velozmente el curvado cielo, de los ángeles y arcángeles, y tal vez de los diablos y diablillos. Eran maquinitas inatrapables en el cosmos, hechas por los magos de la civilización: "bip...bip...bip"... solían hablar tales idiomas o signos, ¡ quién sabe!

Lo cierto es que Dotore Ciprián Virola era un sabio que curaba gente con sus hierbas y bejucos, con resinas del árbol de caraño, el corazón de los colibríes verdiazules y la miel ácida de las avispas. Así... ¡ cuántas vidas salvó Dotore Ciprián!... Y sólo cobraba un sorbo de café, de haber café; si no un buchito de café de ñajú, de haber ñajú; o una risilla de afilados dientes blancos, pues sonrisas no faltaban en aquella desgraciada región de la cholada.

Pero además, Dotore Ciprián Virola conocía muchas historias y sabía contar los cuentos del origen, del principio y los demiurgos, cuando « to bicho jablare... to nimal jablare: tigre jablare, mono jablare, culebra jablare; lagarto jablare... to vainas jablare... Ese universo se lo sabía de memoria el curandero de la Comarca Indígena del Tabasará. Era práctico en sahumar las viviendas, con la caraña hedionda, para que no las penetraran los malos espíritus, o para que los "suliaces" y civiles no contagiaran, con sus enfermedades, a

los niños . Era especialista en sacar espinas de los pies, con la resina del chutrú; o extraer el veneno de las mordidas de todas las sierpes y víboras, hasta la de terciopelo y la coral. ¡ Cuánta ciencia dominaba el gran Dotore Ciprián Virola! ¡Y cuanto le entregaba a su amado pueblo de la cordillera!

Pero lo infame del caso fue que al Dotore Ciprián Virola lo mataron de muy mala manera. Según testimonio de su "camará", el Alcalde indígena de Paredones, Juan Nepomuceno González, al Ciprián lo empujaron de lo alto del jorón, donde dormía, abajo y el pobre se desnucó, muertamente como un toro, así nomasito.

¿Quién lo rempujó?

Allí se murió; nadie pudo salvar de esa muerte salvaje, al Dotore Ciprián, de golpe tan traicionero, como brutal.

Nada más morir de muerte tan tamaña cuando en pocas horas, de todos los precipicios y mesetas de la sierra vino el gentío indígena a ver cómo y porqué habían matado al Dotore Ciprián, quien todavía estaba allí, totalmente muerto, con su hermoso talante de gente gnober, tal como siempre había sido, pero desnucado y sin respiración alguna, sobre una talanquera improvisada hecha de varas de jagua, a cielo abierto.

En derredor la cholada bebía chicha de yuca, y pronunciaba palabras intrincadas en la lengua gnober. La suma de cada palabra, en el velorio iba produciendo como un zumbido ululante de panal inmenso, porque la sierra, es decir, los "camarás" amaban a Dotore Ciprián Virola, pues era sabio y curandero, porque revivía a los niños y, en fin, no le hacía mal a nadie.

Esa vez fue un solo llegar de gentes, durante tres días, hasta cuando lo enterraron con cuidado sumo, así como debe enterrarse a un diosito. Y esa tarde quedó íngrimo, soterrado, el miserable hombre, Dotore Ciprián Virola, quien, por increíble razón, lo echaron del altillo, del jorón, del rancho abajo. A su pueblo no le quedó, de ello, duda alguna.

La capota del cielo, el gran rancho del abismo superior, tapó la pequeña tumba. A lo lejos, alguien, con dolorosa soledad tocaba la triste flauta vegetal de la muerte: chifla que chifla.... triste "chiflare" . El "chiflare" se iba en volutas campánulas y azulencas, como pajarillos o mariposas transparentes del otro lado del mundo, y Dotore Ciprián Virola quedaba solitario, como a diez jemes, bajo el frío subsuelo, castaño y rojo. Si llovía, se iba a mojar, el pobre Dotore.

Pero el parte oficioso, de este caso bajó de la sierra, de autoridad civil, en autoridad civil, de la sociedad civil y ciudadana y demás corresponsales del gobierno se convirtió en una noticia cruel. Decía así: "SE MATÓ EL INDIO ENANO, SEDUCTOR DE MUJERES", fue el título, y se colgó lo siguiente: cayó borracho de un jorón abajo, cuando trataba de escapar, al enterarse de que al rancho llegaba el marido de la mujer con la cual se refocilaba".

Ese año, con dicho trabajo, el periodista de marras ganó el premio nacional del género de reportaje.

"Se trata - decía el reporte- del conocido indígena Ciprián Virola, quien se hacía pasar como doctor, porque ejercía clandestinamente el curanderismo y la brujería, prohibidos por la ley; oficio del cual se servía para su verdadera pasión de seductor de mujeres.

El pintoresco Don Juan de la sierra, enano, de unos sesenta y cuatro centímetros de alto, practicaba, sin embargo, sobre las damas de la comarca, verdaderos sortilegios. Se aprovechaba de su condición de curandero para suministrar brebajes de especiales yerbas que producían, en las víctimas femeninas, verdaderas alucinaciones, encantamientos, embrujos y casi locura.. En tales circunstancias las indias se entregaban furiosamente al seductor y fáunico enano, al punto de que no pocas veces, se escenificaron verdaderas batallas campales, entre grupos de mujeres, que se lo disputaban.

"Pese a que estos hechos eran conocidos en la comarca y en los distritos vecinos - agregaba el informe - no había nadie que pudiera ponerle coto al desenfadado enano enamorado, porque además, tenía un dominio férreo sobre las comunidades, ya que se le atribuían poderes extraordinarios, sobrenaturales y extraterritoriales, al punto de que no se le consideraba un indio legítimo y común, sino una especie de semidios, puesto que no había nacido entre la cholada, sino que, según se contaba en la sierra, provenía del mundo palenque, el cual tiene su asentamiento debajo del lecho de los ríos. Por tanto, no era justamente un hombre enano, sino que en tal submundo las personas eran de ese tamaño, ya que tienen que vivir en las profundidades de los charcos y resistir tales presiones.

Lo fabuloso - decía el galardonado reportero - era la influencia que Ciprián Virola lograba sobre las mujeres. Como era enano, y por tanto no podía caminar esas distancias de la sierra, entre cerro y cerro, por pretilos y chiflones profundos, las sofocadas hembras caminaban kilómetros sobre las escarpadas lejanías, para ir a buscar al dicho Ciprián Virola, en su encantada guarida, en donde tenía todas las medicinas y los misterios eróticos de su antigua raza gnobe. Recibida la petición de la pretendiente, Ciprián Virola accedía gustosamente, se aviaba de yerbas, de tabaco y de otros menesteres y la mujer lo ayudaba a introducirse en una chácara grande, en donde el sujeto se colocaba. La cargadora se ajustaba el hico de la bolsa de pita, en la cabeza y levantaba la carga atesorada, y echaba a andar, como una recia mula, por los polvorosos y quebrados caminos, hacia su lugar, en donde necesitaban la cura y el alocado amor del médico encantador.

"- A veces, tales caminadas duraban horas; otras varios días, hasta llegar a los apretados parajes. A la semana siguiente, otra paciente - decía el periodista - venía a requerirlo, con iguales ímpetus, porque Ciprián no se pertenecía, era propiedad común del colectivo de mujeres de la comarca.

Así, al andar, las invencibles damas cargadoras, sobre sus espaldas lo llevaban, incrustándose el filo del hico de la gran chácara, entre los recios cabellos de la cabeza; paso a paso resoplaban, al empinarse, loma arriba, bajo las puyas de los solazos o de las flechas de las lluvias y los latigazos de las ventoleras. Ciprián adentro de la bolsa, como un ídolo dormía, o bien fumaba, según la ocasión. El amor costaba tanto, en esas serranías, pero era el amor"-.

Así terminaba el famoso reportaje, ilustrado a grandes trazos, por un dibujante que imitaba el estilo de Gustavo Doré. Desde luego, hizo otro capítulo, al día siguiente, para informar de los detalles de la muerte del famoso enano.

Pero el semanario mimeografiado, "El Cholo", presentaba otro cuadro de la misma cuestión, bajo el siguiente título: "La verdad sobre la muerte de Ciprián Virola". En la página dos, del viernes siete de septiembre de 1960 se leía: "Logramos, en plena sierra, entrevistar al dirigente indígena Juan Nepomuceno González, quien dijo que para los días del suceso de Ciprián Virola, a él, Juan Nepomuceno, lo buscaba la policía, según supo: "Vivo o muerto" pero más bien muerto que vivo. Así lo propagaban policías que lo perseguían con sus negras carabinas.

"Meses atrás - decía la nota - Nepomuceno González había pasado una temporada en la cárcel motivada por la represión, y al salir de la prisión, como se hallaba enfermo, mandó a buscar a Ciprián Virola, para que lo viniera a curar.

Se sabía que Ciprián, por sus favores, era un poco el dueño de aquellos pueblos y cuando Juan Nepomuceno, con su voz de trueno y sus relámpagos, levantó a la indiada, a los "camarás" para pelear la tierra, la mala tierra, la tierra agria, la antiquísima tierra, la tierra que, al fin, no era de ellos, pues Dotore Ciprián Virola, se cuadró a su lado, como su lugarteniente. Escalaron una colina empinada; lo montaron en un montículo, sobre una bella piedra negra de obsidiana, decorada con severas inscripciones, de siglos y con un

grande y fulgurante caracol rosado, él, Ciprián Virola, llamó a su gente y llegó todo el mundo gnobe y buglé, y aún los "camarás" de la región Teribe....

A Juan Nepomuceno, esa vez, no lo pudieron matar, pero lo asediaban en cada rincón de la sierra, ya que desde The Canal Zone, el Comando Sur, había comunicado a sus compinches de la policía Secreta de Panamá, y a sus íntimos de los grandes periódicos, que en abril iba a estallar un levantamiento en la comarca».

Abril, 1987
Ciudad de Panamá.



C. Marin
96

LA MUCHACHA DE LOS OJOS REDONDOS Y LOS CABELLOS LARGOS

- Versión de una tradición panameña -

Le cuento que yo fui el mismo diablo para las mujeres. Sin embargo, era hombre legal y casi caballero en el amor. ¡ Oiga ! ... y en donde sonaba un cuero, una caja, un tambor, o las teclas del acordeón, con su añadidura de maracas y de guácharas... allí estaba su servidor, hecho un trompo.

En la región era afamadísimo por mi arte en el baile del tamborito. Me brotaban de los poros y de los talones todos los negros de la familia: el negro Salomé, el negro Ciprián, el negro Curimbó... Y cuando se me iba el aguardiente a la cabeza, nadie podía con mis toques en el repicador, o mis contrapuntos en el tambor pujador, y al día siguiente, las manos no me servían para nada, pero por doquier corrían los comentarios de mis destrezas en el sonateo de los tambores, y la verdad era que me encantaba vivir de la fama.

Mire, y si se trataba de bailar un punto, bajo el charrasqueo de la guitarrita socavonera, me iba yo en tales escobilleos; pero no esas ridículas imitaciones de los jarabes tapatíos, que trajeron acá las películas mexicanas, sino: uno, dos, tres, pasos suavemente escobillados casi a flor de tierra... ¡ Ay mama! Eso me lo aprendí de mi abuelo, que era la tapa del coco en el bailar. Y así...¿para qué le cuento?... no había muchacha que pudiera resistir mis galanteos y acometidas. Yo pienso que me confundía en el bailar, con el son del pueblo. Bueno, y no se diga de mi inspiración en una cumbia

zapateada o amanojada; ésta, cachete con cachete, con hembras que producían un temblor de tierra con sus caderas, y olían a flor de cigua y a mismamente mujer, tal cual. ¡Jo!... yo si era el demontre para estos holgorios y el amor.

Y no me pregunte usted qué clase de mujeres me atraían. Me gustaban las negras, las trigueñas; que si altas o chicas; que si de ojos negros o chocolates; un tanto delgadas, pero también gorditas; las lugareñas o las forasteras... y hasta las ricas, aunque yo era pobre, y sólo tenía la alegría y el amor... barbaridad de amor... eso sí.

Oiga, y no es que me alabe yo... como también ejercía de cantor de décimas y poeta, donde solía poner el ojo, allí pegaba el verso... la espinela que se dice, y caía rendida la mujer, muertísima de amor. Pero bueno, después venían los desamores, las cabangas, las dolencias, los adioses y los olvidos...

"¿ Me quisiste?... yo te quise.
¿ Me olvidaste?... te olvidé.
Los dos tuvimos la culpa;
tú primero, yo después..."

Y no crean, pleitos sucedieron y peleas a cuchillas que blandíamos en las bolinas nocturnas de las fiestas; disparos de escopetas, perros bravos y días de cárceles me echaron por esas calenturas y el menester de los bailes y de las dichas mujeres.

Para aquellos tiempos, señor, yo creía que así tenía que ser la vida, y además, pensaba que nadie me podía enredar, o engañar, ni muchos menos pasarme lo que me pasó.

Y ocurrió. Usted, mi amigo, no me creará, pero una vez me fui yo en mi caballo, potro bayo, de crin dorada, nada menos que a un baile amarrado. Amarrado le decían, porque era la costumbre... ¡lindos tiempos aquellos!... en que las damas, para asegurar la presencia de los buenos bailadores, visitaban a los muchachos y les entregaban alguna prenda valiosa, como decir, una sortija de oro.

Entonces como yo era tan caballero y afamado, por todos los lugares me buscaban y además, debido al gusto que yo le daba al toque de tambores y al hecho, de que era poeta y cantador. Y así, por los caseríos me pedían; las mujeres por los asuntos de mujeres, y los hombres, para que alegrara, con mis versos, la fiesta. La cuestión del baile amarrado consistía en el deber, de parte del joven distinguido, de devolver, en persona, la prenda, la noche de los festejos, a las manos de la misma muchacha que la ofreció. ¡Qué belleza !...

Aquella vez iba yo, jinete, en pasitrote, una tarde celestísima de agosto. Detrás de mí, ya casi me arrojaban los pañolones lilas de la noche. Adelante, casi en la ribera del horizonte parpadeaba un lucerote azulito, sobre el humo de algunas casas metidas entre cerros y pretilos. Ya, en las uñas del viento uno oía el rumor de los tambores. De pronto, en una curva del camino... ¿ qué cree usted que vi?... una muchacha, hermosamente ataviada, caminaba a pie. Los reflejos del sol me cegaban y no podía verla del todo; nada más una llamarada de mujer. Al acercarme frené al bayo y saludé a la mujer: - "Buenas tardes, niña -"

Y me contestó: - "Buenas tardes tenga usted, joven"... Era la cosa más linda; una mata de pelo negrísimo le bajaba hasta cubrirle más abajo de las caderas y lo más restallante eran los ojos redondos y negros como los ojos de mi caballo bayo. - "esto es conmigo -" me dije y fui al ataque directo, como una sierpe:- "¿Va solita para el baile, mijita linda?" - le pregunté. Levantó tamañamente sus dos ojos redondos y sonriendo respondió: - "Bueno, sí, voy solita, porque vivo cerca. ¿Vio aquella casa blanca de tejas, en la loma?" - El corazón me palpité en el pecho como el corcoveo de un caballo. En la tarde nada más se escuchaba el suspirar de la muchacha y mis suspiros. Ella siguió el camino con sus pies desnudos, yo azucé tímidamente al animal, detrás de su espíritu, lleno de cabellos y ojos negros. Allá, se oían los tambores. Entonces la abordé de

nuevo:- " Si no fuera faltarle el respeto, yo le diría que me gustaría acompañarla"-- "Bueno- contestó la muchacha de los ojos redondos - sería para mi un honor, ya que parece muy caballero"-

Y eso fue como tocarle las tetitas de la ubre del cielo.

No la invité a subir a la silla, porque ya se veía el claror de los mechones de la fiesta y seguimos el trecho despacito, conociéndonos; ella adelante, yo detrás; preguntándonos cosas intrascendentes de la vida y añadiendo cuetiones propias de los enamoramientos... como decir, que la nohecita estaba fresca. -" Sí - dijo ella y preguntó: -"¿Cree usted que lloverá esta noche?". "no"- le contesté.

En eso desembocamos, de pronto, en un llano circular, alrededor del cual estaban los ranchos del caserío, y en medio, la enramada del baile.

Amarré el caballo en un árbol de tamarindo; le mandé a echar caña picada y corrí ligerito al baile, antes de que otro me fuera a robar la conquista del camino. Le obsequié, como era la costumbre, algo de comer y de beber; después salimos a bailar. Amanojarla yo, agarrarla y apretarme ella, eso fue como un entendimiento fatal de miles de años. Y así seguimos, entre pieza y pieza, lidiando a los hombres que se batían por arrancármela de los brazos, para pedirme "pichón", y yo, a no dárselo, ni de a vainas, huyendo entre los danzantes, por la parte más oscura.

Y ese acordeón, que a veces echaba unas tonadas que me aturdían de amor:

"Morena me están matando
los sentimientos del alma"...

Unos amigos me llamaron para que tocara el pujador, en una levada de tamborito y me negué: - "Señores - les dije - hoy no he venido a tocar, sino a tocar"- respondí, y ellos se echaron a reír.

Al término de una de las piezas nos apartamos del jolgorio; fuimos juntos, a mirar el caballo y detrás del tamarindo me le metí entre la espesa cabellera y casi le como los dos ojos redondos. Se me desgajó con fuerza y me replicó: - "Por favor, ¡ no me bese!" - "¿Por qué ? ¿Es que no me quieres?"-- "¿Y para qué lo voy a querer?" - respondió mientras me paralizaba con el mirar de los enormes ojos. Volvimos al baile, pero en eso se detuvo, afinó el oído y exclamó: "¡ Ay !... Nos vamos-" - "¿ Por qué ?- pregunté.- "Los gallos... acaban de cantar los gallos y son las tres de la madrugada... tengo que regresar" ..

A mi se me enfrió la vida, pero no fui capaz de pedirle una pieza más, con la fama de caballero que me dio. Desamarré el potro; apreté la cincha y le dije: - "Yo deseo llevarla en el caballo. ¿ Le parece bien? Y ella respondió:- "Sí... entiendo que así debe ser"-

Montamos, ella en la silla, yo en el anca y echamos a andar, de vuelta, en un sobrepaso suavecito y pronto nos perdimos por la curva del camino espolvoreado de estrellas. Atrás quedaba el eco del acordeón quejumbroso y el tun tun de la caja. - "Como le dije, yo vivo un poco más allá de la quebrada. ¿ Se acuerda de la loma, de la casita blanca de teja?" - No le respondí, pero pensé: - "Es mía"- Jalé las riendas del animal y le estreché los hombros a la muchacha... -"Es mía"...- Y como un ladrón metí la boca entre la abundante mata de su cabellera cálida y la besé en la nuca- "¡ Oiga !- exclamó pero con cierta dulzura- "no me falte el respeto"- Seguimos, sobre el caballo, paso a paso, y ella para quitarse el susto dijo:- "¿ Es verdad que usted es poeta?"- Le contesté:- "Eso dicen"- Y agregé:- "Entonces, por qué no me hace un verso?"- Y lo dijo con cierta picardía. Y yo de repente le contesté:

"Mañana vengo a buscarte,
recuerda bien mi caballo,
y cuando canten los gallos
de mí no podrás soltarte"...

Pero en eso... ¡ maldita sea !... empezó a menudear una llovizna. Ella comentó:-"Usted me dijo que no iba a llover"- Yo solté de los tientos de la silla mi capote, se lo dí y ella se cubrió, como la Virgen María. La lluvia de menuda pasó a gruesa.- "Dígame, le pregunté ¿quiere que vuelva a verla? "-- "No sé- respondió- ¿para qué quiere volverme a ver?"- - "Porque la quiero y deseo pedirle la mano a su papá"- -Pasa de que yo no tengo papá- respondió con pena- y agregó: - vivo con mi mamá, pero ella es muy celosa"-

Arreció la lluvia. En eso nos acercamos a la mentada loma. Ella dijo:- "Mire joven, aquí me quedo, por favor"- "No, mi amor - le contesté- yo tengo mucho gusto en dejarla allá, al frente de su casa"- "No, le ruego caballero, que no haga eso; mire, mejor usted viene el otro sábado. Yo me bajo aquí, déjeme ir sola, yo sé lo que le estoy diciendo."

Ella haló la rienda, detuvo el caballo y expresó con dulzura:- "Aquí se queda su amiga del baile; usted ha sido muy decente conmigo"- Se echó con destreza al suelo, me dio su manita; yo le apreté los dedos y ella puso sobre mi mano su boca mojada y caliente, como un fogoncito; besó y me devolvió el capote.- "No, cúbrete con él"- Entonces corrió hacia la casa blanca de tejas, sobre la lomita, bajo la lluvia y gritó, al pasar las trancas:- ¡"Venga el próximo sábado a buscar su capote!"

-"; Jo !... se me fue la pájara de las manos." Era la primera vez en mi vida, y por eso estuve una semana como un tonto. ¡ Oiga!.... esto no me había pasado jamás en la vida... y aquí viene el cuento... El viernes en la tarde llevé el caballo al río y lo dejé peinado y

brillante, como para que montara una reina:- "Esta vez no se me escapará"- me dije. Y cuando ese sábado, ya el sol de los venados se puso amarillito, me eché la guitarra al hombro: "Ahora va a saber ella quién es este poeta, y porqué tengo la fama que me dan". Y monté el bayo. Aunque iba a lo mío, parecía, esta vez, un aprendiz, lleno de susto. Por el camino curvo, el sol bajito, el caballo parecía otro sol; llamas de cobre brotaban de las crines: "Esta vez no me vendrá con chistes de cantos de gallos"- pensé. Pero si tenía que pedirla, como la ley del campo lo manda, pues me rendiré... me llegó la hora... ¿en dónde voy a hallar otra mujer con semejantes ojos redondos y cabello tan largo?... pero si la madre celosa se opone, pues ya voy listo para robármela, hoy mismo, como ladrón de luna, de mariposa, ladrón de lo que sea; al fin, nieto de mi abuelo, que se robó tres mujeres, en un mes..." -razonaba en el camino.

Allá, entre ramas de guabos y ciruelos apareció la lomita verde y la casita blanca de tejas, rodeadas de frijoles gandules y matas de maíz. Adentro, el corazón sonaba como un tambor repicador: pum... pum... Detuve poco a poco el animal; el bayo era ducho en estos negocios y sabía todas mis tretas. Llegué frente a las trancas. Bajé y amarré el potro en un poste de la cerca, sin perder de vista la casita. Adentro ladró un perro. Quité las trancas y entré al jardincillo; del fondo, apareció, en la puerta una señora, junto a su perro.- "Buenas tardes, señora"- saludé yo.

-"Buenas tardes tenga usted, caballero"- respondió la dama. Me acerqué, ojo con el perro; iba tímidamente, como si nunca hubiera hecho otro tanto, en espera de que la muchacha saliera y me sacara del apuro. -"¿Qué, desea joven? -preguntó la doña.- "Nada, contesté- venía a visitar a su hija a quien presté, el sábado pasado, un capote, después del baile... ¿no se lo dijo?"- La señora me miró asombrada- "No puede ser... ¿Usted no se habrá equivocado de casa?"

Entonces entré en duda. ¿acaso metí la pata? ¿era o no ésa la casita blanca de tejas?

Pero no había otra casa, en esa parte del camino, y la lomita estaba, precisamente allí.

-Mire, doña, nosotros bailamos toda la noche; cruzamos palabras de amistad y hasta la traje, en mi caballo, allí, al frente. Ella bajó, allá afuera, entró con mi capote, puesto que llovía, y luego me dijo, despidiéndose, que volviera hoy, este sábado. A eso he venido, y a verla, desde luego"-

La señora medio confundida preguntó:- "Joven, ¿cómo era la muchacha? ¿acaso tenía los ojos redondos y el cabello, así largo, que le daba en las caderas?"

- "Sí, señora" - respondí.

- "Ay, niño, esto no puede ser!... ¿Sabe?... No puede ser, porque yo tuve una hija así, pero ella murió hace diez años. La del cabello largo, joven, es muerta. Sí, a ella le gustaba el baile, cientos de muchachos la perseguían... Mire, allá al otro lado de aquellos mangos, está el cementerio, ¿quiere ir?"-

Y entonces fuimos los dos al pequeño panteón. Aún el sol amarillo alumbraba la sobretarde. Llegamos y adornada con una olorosa parra de jazmín, estaba la modesta tumba. Y sobre ella, el capote que yo le había prestado.

Agosto, 1984.

Santiago de Veraguas.

MIEDO DE VERLA

Mi tocayo y compadre me advirtió que el hermano de María de los Ángeles había apostado, decenas de cervezas, a que me mataría, pasara lo que pasara, diciendo que: "ese mierda no se va a comer a mi hermana".

- Son vainas de borracho.

- Sí, pero es mejor que te cuides- argumentó el compa Juan, porque ese loco es de los Rivera; tú sabes bien lo que son ellos.

Pero mi amor era tan profundo y grandísimo que jamás pensé que las cosas llegaran al tamaño a donde fatal y trágicamente nos condujeron.

La historia fue así: desde el sexto grado de la primaria la quería. El cariño empezó, porque ella era medio brutita en aritmética y yo le hacía meter en la cabeza la forma de sacar el por ciento, lo cual para María de los Ángeles era extremadamente difícil. ¡Maldito por ciento!... allí nació este amor

- Juan, no te metas con esa tipa - me advirtió entonces, mi tocayo Juan Medina. Desde la primaria, él y yo éramos uña y carne, ya que vivíamos en la misma calle, casa de por medio.

- ¿Por qué me dices eso, amigo? - le pregunté.

- Pendejo - contestó - porque ella es rica y tú pobre, tan miserable como yo. Tu madre vende tortillas; la mía lava ropa, pero el papá de María de los Ángeles tiene más plata que el demonio.

- Eso no me importa, pues yo sé trabajar el por ciento, los decimales y los quebrados y ella, la pobrecita, no

- ¿Y para qué te sirve esa vaina?

- Bueno, yo la ayudo en porcientos y a calcular el interés... tú sabes que en matemáticas yo soy fiero. Y por eso, ella está caída conmigo.

¡Ah, perro tiempo!... Tenía todo ello tan clarito en la memoria, como si fuera hace una semana. Era el amor. Mas ahora temía verla. Me atrapaba un presentimiento pesaroso que me enfriaba realmente el hígado. Después de tantos años inútiles de puro amor, ahora casi temblaba del temor de hallarla; tal cual era, así frente a mí. Vernos la cara, clavarnos los ojos. ¡Horror! Saber que en realidad no vería otra cosa que un fantasma, peor que yo. Debido a esta angustia no quería regresar al pueblo.

No era cobardía, porque ya lo había demostrado: la muerte no me detenía, pero tal vez se trataba de la otra muerte, su muerte. Es decir, hallarla al fin, verla de cerca, amargamente envejecida, encorvada, con el pelo totalmente blanco, los ojos apagados, escondidos en las cuencas, como una momia andante, apoyada de un bastón, al subir los peldaños del frontis de la iglesia, y acompañada de la vieja negra, empleada de la casona de los Rivera. ¡No! ¡Qué desilusión y vergüenza! Yo tenía realmente miedo, pero algo más adentro que la costura de mis años, pese a todo, me empujaba a regresar al solar y verla.

Cuando, al terminar la escuela primaria ella se fue a continuar estudios secundarios, entonces yo comía tierra de la pura cabanga; no lloraba de puro macho, para que el tocayo no se diera cuenta de mi debilidad. Era el amor.

-¿Te das cuenta?- insinuó el tocayo- tu María de los Ángeles se va y tú te quedas, así como yo, con la pata en el suelo y los líquidos diplomas de sexto grado.

La noche antes de irse a la capital sin embargo nos atrevimos a llevarle aquella serenata: "Cuando tú te hayas ido... me envolverán las sombras"... pero no pudimos terminar el pasillo, porque los empleados del patrón nos echaron los perros y huímos con la guitarra vieja, al aire, como dos espantos.

Para esos años mozos mi alegría era esperarla de vuelta, en las vacaciones. Algo me decía, sin embargo que nada iba a deshacer el laberinto de amor que habíamos tejido, número a número, decimal a decimal, y de cuando los domingos, de lejos la veía entrar o salir de la iglesia, con su arrogante familia.

La muchacha daba la visión esplendorosa que me parecía superior a la misma Virgen María. Un Viernes Santo, que hizo de la Virgen, realmente me parecía que era superior, pues mi María tenía los cabellos negrísimos, los ojos como almendras, pero achocolatados, con el tono claro del café que tostaba mi madre; la boca, ni chica ni grande, pero los labios ofrecían acentos de mameyes maduros- digo yo- como mameyes entre rojo y escarlata.

Y no era el amor lo que exageraba su hermosura, sino su real belleza que brotaba de la tierra, con fuerza, como el arroz recién nacido, sembrado, sobre la tierra negra, en abril, cuando las lluvias revientan. Y qué buena gente era la María de los Ángeles, tan tratable y delicada con todo el mundo; nada de engreída ni pedante; el lado opuesto de su padre el patrón, y de sus hermanos tarambanas, mandamases y orgullosos por ser ricos. ¡Qué supremamente linda!... y ¿cómo no amarla? Pero mi compinche solía decir:- "nosotros somos los pobres diablos del pueblo". En realidad, de nada servía sacar el porciento y el interés de los préstamos.

"¿Sabes?- me dijo el tocayo - esa pájara voló. Y por aquellos lugares, ya verás que pronto te olvidará por otro"...

Entonces yo le respondía:- "¡Qué va! tú no sabes el porcentaje de su amor."

Y el tocayo no acertó, porque a su regreso, lo primero que hizo la muchacha fue mandarme, con la alcahueta de su empleada, un regalo que recibí en el taller de mecánica en donde trabajaba de aprendiz, un libro de poesías titulado "Las Rimas de Bécquer, y un papelito que decía: "Aprendete esos versos. Te quiero."

Yo convidaba a mi amigo, en las tardes a pasear; íbamos al parque y leíamos a Bécquer. Me aprendí de memoria todas las rimas. Había forrado con papel de manila el librito, para que no se dañara. Y al dormir, lo colocaba debajo de la almohada. El libro olía a ella, y ella siempre olía a jazmín.

Así fue creciendo en el pueblo y el mundo mi amor, mientras me hacía hombre, en tanto que ella terminaba sus estudios secundarios y de vacaciones, en vacaciones corríamos la vida.

Los domingos ella subía los tres peldaños del atrio de la iglesia, y yo, desde la esquina del parque la miraba, comiéndome sus ojos, y ella comiéndome a mí. Papeles iban y papeles venían. Y sólo de cuando en cuando, en algún paseo, entre las aguas de los ríos o detrás de algún árbol cómplice, al descuido de los padres y hermanos, pirateaba un beso aquí, un abrazo allá, cualquier pellizco de amor, cualquier tejo, cualquiera hilachita... En realidad cuando la besaba me pasaba buen rato sin lavarme la boca. Tenía los labios llenos de su vida, traspasados de su amor y de sus encantamientos.

Claro, para entonces yo no era más que el obrero, quien en un destartado taller arreglaba los pocos automóviles del pueblo, menos los del patrón Rivera y de sus hijos, desde luego, porque no se querían ensuciar con el ladrón de amor de la consentida de la casa grande.

Casi todos en el pueblo sabían que nos amábamos así, a pedazos, como de mentira. Y los muchachos del lugar, especialmente los acomodados o ricos, y elementos muy encumbrados que venían de otros pueblos, hacían todas las piruetas y farolerías del amor; solían buscar a los más famosos casamenteros y alcahuetas para cazar a la encantada, hermosa y riquísima María de los Ángeles, pero nada hacía caer a la muchacha en la tentación de abandonar el amor del por ciento y de los quebrados, porque ya las raíces estaban muy hondas en las entrañas de los nervios y la sangre noble de su perfecta hermosura de mujer, desde los días cariñosos de las bancas escolares.

- Pero si la vaina es como tú dices - cuestionaba mi tocayo - ¿por qué no te la robas... y punto?

- También lo he pensado.

- ¿Y entonces?

- Tengo miedo de ir más allá de donde ella quiere las cosas.

- Tú eres bien pendejo, mi amigo. Si la muchacha te ha dado pruebas de que te quiere, hará lo que tú digas, a menos que te dejes mandar, por ella, como si fueras una gallina. Sácala por la ventana. Yo te ayudo. La mujer robada sabe mejor, y además, préñala rápido, mano, que los viejos cuando ven los nietos se ahuevan.

- Todo se hará, como siempre lo hemos hecho, de acuerdo los dos. Es el destino. María de los Angeles teme a su padre y más a sus hermanos, y dice que más por mí, que por ella. Es tan grande el amor...

- Tonterías hombre... huevadas tuyas. Yo me saqué a la mía y allí estamos. Ya tengo dos hijos; el primero, tu ahijado, ¿y tú qué esperas? Te va a dejar el tren y la pasajera.

- Aquí no hay trenes. Tu caso fue distinto.

- Claro, mi mujer no es la hija del potentado y dueño del pueblo.

- No es tal cosa, ni siquiera eso yo lo entendía cuando le enseñaba cómo sacar el porciento en aquellos salones de la escuelita. No ando detrás de herencias, sino de amor.

Y así, en ese tenor, un día el tocayo supo que el patrón, para alejar a su hija del peligro, la enviaba a los Estados Unidos, para que se hiciera médica, doctora.

- ¿Viste? allí lo tienes - le dijo a Juan... ¿Qué te dije? Ahora se la va a comer cualquier gringo pecoso.

- ¡No jodas, compadre! Ese será mi problema. Ella me lo había contado ya. Volverá y la esperaré como siempre.

- Oye, compadre, tú si no tienes vainas... ¿no? Estás verdaderamente embrujado.

- Incluso, para que sepas, hablé con el cura, él me dio aliento y me prometió que nos casará cuando regrese, tal como debe ser. Nos ayudará con el patrón.

- Pendejadas... oye... a la hora de la hora, por muy bueno que sea el cura, ¿crees que se colocará al lado tuyo y no del patrón, quien toda la vida lo ha tenido en su equipo? Pues sigue rezándole a la Virgen y no subas al palo, a ver si no te coge el toro.

- Creo en ella, sobre todas las cosas.

- ¿Sobre dios y todos los santos?

- Sí...

- ¿Te volviste hereje? ¿Estás loco de amor?

- Sí. Y te digo que la esperaré, porque sus ojos no me van a engañar, ni habrá ningún gringo desgraciado que me la pueda quitar.

- Tú, compadre, no sabes en qué mundo vives.

- Yo vivo en su mundo y ella en el mío, y aunque no estamos en la misma casa, vivimos juntos cada noche, como aquellas estrellas, allá arriba, juntitas... ¿las ves?

- Juzgas las apariencias como si fueran realidades. Bien sabes que las estrellas no están juntas, pues entre ellas hay millones de kilómetros, un porcentaje bárbaro de distancias...

Yo conté los días, luego dividí el tiempo en semanas, y así, en meses. Con cartones de las tiendas y alambres de cobre empasté el paquete de cartas que recibía de la médica y volvía a leerlas muchas veces. Ella en sus estudios, yo en el taller. Entre los dos, según mi tocayo, el mundo de las distancias y a veces de las soledades nos iba a separar definitivamente... "¿sería posible?"

Solía ir a la misma esquina del parque los domingos; me parecía verla subir los tres peldaños de la iglesia, con su empleada.

Sin embargo, para aquellos días, mi santa madre murió y yo quedé más solo. Antes de morir ella me dijo:- "Hijo, espérala. Yo sé que será eternamente tuya"- y se murió. Pero, en fin, a veces, pensaba que todo sería irremediabilmente doloroso y que el llanto

sería perpetuo... tal vez era la influencia que sobre mí ejercía mi compadre. Tales dudas me surgieron a raíz de la muerte de mi madre. Ella se había ido , pero en fin, la otra regresaría.

Y aunque los años iban poniendo en mí las marcas del tiempo, y yo no era ni el muchacho de las tareas escolares, ni el joven que la esperara en las vacaciones, de sus estudios secundarios; unos veinticinco o treinta años no eran, a fin de cuentas nada, comparados con los días del universo.

Y entonces ocurrió lo que tenía que pasar.

Me contó la empleada que a su regreso, al llegar con el título de doctora en medicina, la esperada María de los Ángeles, su padre le hizo la gran fiesta de bienvenida, para lo cual trajeron una orquesta de la capital; hubo tres terneras muertas y más de diez lechones asados, amén de pavos, gallinas y toda clase de licores. Allí estuvieron las familias más distinguidas de la sociedad ganadera, y hasta los pretendientes de otras provincias, que aspiraban a colocar el anillo matrimonial en los dedos de la doctora que regresaba de los Estados Unidos.

Dijo la empleada que el cura aprovechó un momento en que el patrón parecía más eufórico y creyéndolo accecible le dijo al oído, tras de felicitarlo, que a su juicio de religioso y amigo íntimo suyo, sería necesario darle forma al matrimonio de su hija linda y ahora doctora.- "¿ Y con quién ?"- preguntó el patrón.- "- Pues usted debe estar bien enterado de las intimidades de la niña"- agregó el cura.--" ¿Entonces, señor cura, me quiere usted sugerir a ese pelagato del mecánico? Que le entregue a mi única y linda hija, una de mis herederas, a quien he mandado a estudiar a los Estados Unidos, gastando un montón de dólares... ¡Qué barbaridad!...

No pensaba amigo padre, que su sensiblería cristiana lo llevara a proponerme tan ridícula cuestión. Permiso... y ¿sabe? no quisiera verlo en mucho tiempo por mi casa."

Tal asunto lo comentó esa misma noche, según la empleada- el patrón con el resto de la familia, como un irrespeto del cura, precisamente en la noche de la fiesta.

Al día siguiente, desde tempranas horas de la madrugada el bochinche recorría el pueblo, sobre todo, de banco en banco de verdura y expendio de carne en el mercado municipal.

- ¿Estás dispuesta? - le pregunté entonces a la doctora, en una clandestina cita, luego de lo ocurrido en la fiesta, lo cual era conocido en sus detalles por María de los Ángeles.

- Ya te lo había jurado el día en que me fui. Y el señor cura, a pesar de lo ocurrido con mi papá, me dijo que nos casará, porque ese es su deber.

- ¿Pase lo que pase?- le pregunté.

- Pase lo que pase, mi amor.

Entonces me besó, luego echó a llorar cortito y gimiendo me susurraba: - "Mi amor, pase lo que pase, ahora yo te voy a entregar todo el porcentaje de mi amor; todo lo mío será tuyo, como siempre ha sido".

Pero ella no sabía que después de la gran fiesta el patrón llamó, al día siguiente, a sus dos hijos.

- ¿No saben para que los he requerido hoy?

- No padre - dijo el mayor - pero usted diga y mande.

- Muy sencillo - he aguantado, por no herir a María de los Angeles, por muchos años, esos amoríos, que la gente dice que hay entre ella y el pelagato mecánico llamado Juan. Pero ya saben lo que sucedió con el cura el día de la fiesta, y a mí, a un Rivera como yo, no se le hace tal afrenta. Nada le he dicho ni a la madre de ustedes y menos a la María de los Ángeles, pero hay una cosa simple. Debemos acabar a ese hombre, porque los chanchos no comen

margaritas. Y no nos queda otra salida, porque según el cura, María de los Angeles está decidida a entregarse a ese pobre diablo, pase lo que pase.

- Así hay que actuar, padre - dijo el hijo mayor, tenemos que proceder, a lo Rivera.

- La cosa es decidir ahora quién de ustedes dos cumplirá el mandado.

- Yo, padre - se adelantó el muchacho más joven.

- No - dijo el mayor - me toca a mí, pues ya lo he apostado varias veces. Los marranos no comen margaritas.

- Yo había pensado rifarlo, pero será como tú dices, a lo macho, a lo Rivera; pues eres nieto de tu abuelo. Y nada te pasará... Ustedes lo saben, ni un día de cárcel.

Luego de lo sucedido en la fiesta entre el cura y el patrón, ya presentía yo que buscarían la forma de salir de mí. Me matarían, para seguir el camino de los Rivera que trazó el abuelo con otro caso parecido. No me aguaitarían, ni me caerían en pandilla; sería a lo macho. El muchacho mayor dominaba mejor que el otro las armas. Decían que el revólver 38. Yo no tenía arma de fuego, sino la cuchilla, que me servía en el trabajo para cortar alambres del sistema eléctrico de los carros. Afilé hasta cuando el filo bajaba vellos, mientras preparaba la fuga con María de los Angeles.

Mi compadre me buscaba un caballo, en un campo vecino.

- Mira, compadre, te advierto que si el patrón intenta matarme, yo voy a enfrentar a cualquiera que venga en ese camino.

- Déjate de vainas, compadre.-

¿Ahora te ahuevas tú?

- No es ninguna pendejada, compa; pero meterte en líos de muerte y con los Rivera, por una mujer... es una verdadera carajada, sin sentido. ¡Coño! ... allí está la prima de mi mujer, bien guapa, tú lo sabes, muerta por tí, y tú matándote por otra huevona.

- Tu cuñada es hermosa y trabajadora, lo sé, pero lo mío, lo he levantado piedra a piedra, como lo sabes; todo está de mi lado y me la voy a jugar. Llegó la hora de presentar examen final.

- ¿Del por ciento ?

- De lo mismo y un jeme más.

Y llegó aquella mañana agrisada en el pueblo. Iba yo para el taller, por el callejoncito de las monjas, aquel de muros verdosos y piso de piedras. El apareció allá en el fondo, como el muchacho de una película de vaquero. No había manera de esquivar el combate. Yo apreté la cuchilla, hundi el botón, saltó la afilada hoja. El apuntó el 38 y disparó... me jugué el primer tiro, o lo erró. Volvió a disparar, mientras nos encimábamos, tal era su odio y fiereza que le temblaba la mano. No dio en mí. Mala suerte para él. Volvió a montar, quiso quiñar, pero no quiñó... El arma se le había encasquillado... - "Infeliz... es mío" - me dije.

- No lo mates, Juancito... no lo mates - gritaba, desde una ventana una voz del vecindario.

El muchacho, valiente, cual era, sacó rápidamente un puñal.

Era mejor así, como en los buenos tiempos, a lo parejo, filo a filo. La voz dejó de gritar y cundió un silencio aplastador. En eso, me entró un fuego por las arterias que me llegó a los ojos, y por un instante sentí que era un gigante imbatible. El hizo un desgarbado envión... Yo le lancé una poderosa patada con mi fuerza de mecánico y de gigante. Cayó de bruces y se le fue el puñal de la mano.

- ¡No lo mates Juancito!... por dios... no se maten muchachos! - volvieron las voces de varias partes.

- Párate, desgraciado- le grité al caído.

Se levantó y con la velocidad de un tigre o de un rayo le saqué el cuello; quiso desdoblarse y seguí zampándole, con un odio increíble y barbárico la navaja, sin contención, hasta cuando se me desgajó como una libra de mondongo de la mano.

En eso, ya alguna gente me agarraba. Llegaron policías y empezaron a apalearme; la sangre me corría por el rostro. El gentío asombrado veía el forcejeo feroz con los guardias que me conducían al cuartel, pasando por el parque, frente a la iglesia, y por la esquina en donde siempre acostumbraba a esperar a María de los Ángeles, tan sólo para mirarla.

Sucedió, pues, lo que tenía que pasar.

Varios meses después iba en un barco, hacia la Isla Penal de Coiba a pasar veinte años de prisión.

En la primera carta que recibí de mi compadre él decía: "supe que el hijo más chico del patrón, manifestó, borracho, en la cantina, que te va a matar, el mismo día que salgas de Coiba".

Luego de un año en el penal llegó una carta del tocayo: «Sabrás que la empleada vino a mi casa y me dijo:- "Cuéntele que dice ella, mi patroncita, la doctora, que vuelva a leer las Rimas de Bécquer. Y que no le escribe, porque ya en medio de todo hay un hermano muerto. Pero también le manda a decir que si ella no se casó con él, pues se quedará eternamente así, soltera, hasta cuando se la coman los puercos de la muerte".

Pero, bueno, no me mataron.

Parece mentira, veinte años no son casi nada, porque yo en la Isla Penal iba sembrando el amor en cada ceja de tierra, sobre la cual me hacían trabajar, para que así, de seis a seis pagara el crimen.

- ¿ Es verdad- me preguntó un guardia- que tú mataste a un hombre por el amor de una mujer?

- Sí.

- ¡ Puta !... ésa si es la verraquera. Yo no creo en el amor.

- Si no mataba, me mataban, era lo mismo.

- ¿Pero por una mujer ?

Me alimentaba mi tocayo con una que otra carta, al pasar uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete ocho, nueve, diez años: - "Allí está. La vieras, siempre los domingos con su empleada, sube los tres escalones del atrio de la iglesia. Pero no tienes idea, compadre, se ha puesto viejísima. La gente dice que envejece con más rapidez que el resto de los mortales. Mi mujer opina que es la misma cabanga, la dolencia y el amor.

Aunque perdiste, creo que me ganaste, respecto de lo que me decías de la clase de amor de esa mujer. Pero cuídate de las culebras y pórtate bien. No te fíes de nadie, no sea que los Rivera paguen a cualquiera para que te maten allá o te apliquen la ley de fuga, pues el patrón y su hijo siguen diciendo que te han de matar, que eso no se va a quedar así. El ahijado ya está grandísimo, anda en el quinto grado y tiene problemas con la aritmética."

Con el tiempo, y en respuesta a cartas mías, mi tocayo y compadre me hacía algunas letras, como siempre llenas de faltas de ortografías, para decirme que lo mejor para mí era olvidar todo lo ocurrido y que al salir de la cárcel tomara un barco y me hiciera vaporino : - "Te repito que no vuelvas por estos rumbos, por dos cosas : una, que los Rivera han dicho que te van a matar y lo harán, y ellos no irían a Coiba; otra, ¿ ya para qué volver si esa mujer está vuelta añicos? Dicen en el pueblo que le ha caído como un cáncer en la piel o los huesos. No sé cuál es la enfermedad, pero las gentes dicen. No la conoces, se ha vuelto huesos y pellejos arrugados; la cara, totalmente deformada con hinchazones. Ella, al salir a misa, único sitio a donde va, se cubre totalmente el rostro con la chalina negra, para que no la vean.

Ha envejecido una barbaridad. ¿Sabes cómo la llaman? La fantasma de la calle de los ñopos... ¡ Pobre mujer ! Entonces, ¿para qué quieres volver aquí? ¿ Para que te maten por una fantasma?"

Luego de esa carta, pasaron años, y casi todo el mundo me olvidó, hasta mi compadre perdió la cuenta de los días y los años. Yo no. En la solera del ranchito en donde vivía, estaban todas las rayas de los meses y años, y una desesperación me fue entrando cuando ya sólo me faltaban unos días.

Así fue, y al fin salí... la libertad ansiada y temida... Un domingo desembarqué, me llevaron a la Cárcel Modelo, y luego me echaron a la calle. Pagué lo hecho, sobradamente, y me parecía regresar más limpio que cuando me parió mi madre. Sin embargo, entonces me entró un miedo. Fue cuando ya, con un saco de cosas, en un hotelucho de la capital, sin poder cuajar el sueño, una noche pasé las horas con el miedo, sin dormir. ¿Cuál miedo? Si yo no le tenía realmente miedo a nada... pues el miedo de verla. Me fue subiendo como una resbalosa sierpe fría, hasta azocarme el cuello. Era el miedo de verla, con su amor a cuestas y sus achaques, su acelerada caducidad de mujer, su fantasmagórica presencia, según las cartas de mi amigo.

Y así, sin regresar todavía al pueblo, porque allí me esperaban, ciertamente para matarme, estuve un tiempo de trabajo en trabajo; entonces, ya no como el toro esperanzado que salía de la prisión, sino como el toro sin esperanza que era conducido al matadero.

¿Me estaba muriendo, acaso? Sin embargo, cualquier cosa pasaba en esta vida. Cuando menos se esperaba, recibí la noticia que de muerte natural había fallecido el patriarca de los Rivera; y meses después, en un accidente de carro, halló la muerte, también el hijo del patrón quien me esperaba para matarme. Había concluido allí el ciclo vital de la familia Rivera. Sólo quedaba "la fantasma" de la calle de los ñopos, o sea, de los blancos y poderosos del poblado.

En esta ruta, echándome media botella de seco, tomé el autobús y dispuse regresar al pueblo y someterme, amor por medio, ante los ojos de todo el mundo, que ese día estaría reunido en el atrio de la iglesia para ver el espectáculo. La enfrentaría y le diría limpiamente: - "Aquí he venido; toma el anillo de concha de tortuga de carey que te labré en la isla para que con él, engarzado en tu dedo, la vida y la muerte nos lleven juntos a la tumba, como tiene que ser el amor verdadero".. pero confieso, tenía miedo de verla, pese a todo... muchísimo miedo.

Aquel sábado, en la tardecita de junio, el sol anegado de un ocaso amarillo, sobre la torre blanca, tenía cierta tristeza. La campana sonaba lentamente para el rosario, desgranando lamentos. Y aunque ya mi compadre había hecho saber que yo había salido de la Isla Penal y que regresaría al pueblo, nadie me conoció. También yo era el fantasma, el de la calle de los artesanos. Amaneció el domingo, luego de un café, me eché la otra mitad de la botella de seco a la garganta y como si fuera a resolver otro pleito de muerte adelanté pasos hacia el callejón por donde ella solía caminar hacia la iglesia. En realidad, el corazón me latía como un potro sin amansar. Tenía la misma sensación de cuando en el otro callejón apareció el hermano y yo empuñé la cuchilla, porque nos íbamos a matar. La misma cosa... Caminé lentamente. Vi salir del corredor de la casona de los Rivera dos bultos. Claro, ya no veía yo muy bien, pero era ella, encorvada con una chalina negra que le cubría el rostro, como me la describía mi compadre en sus cartas. La chalina impedía que la gente se fijara en su rugosa cara y su alma de fantasma.

Iba despacito y temblorosa, con un rosario en las manos. ¿Sería el rosario de caracoles que yo le mandé con mi tocayo ? Era ella. Llegaba la hora. Se fue acercando.

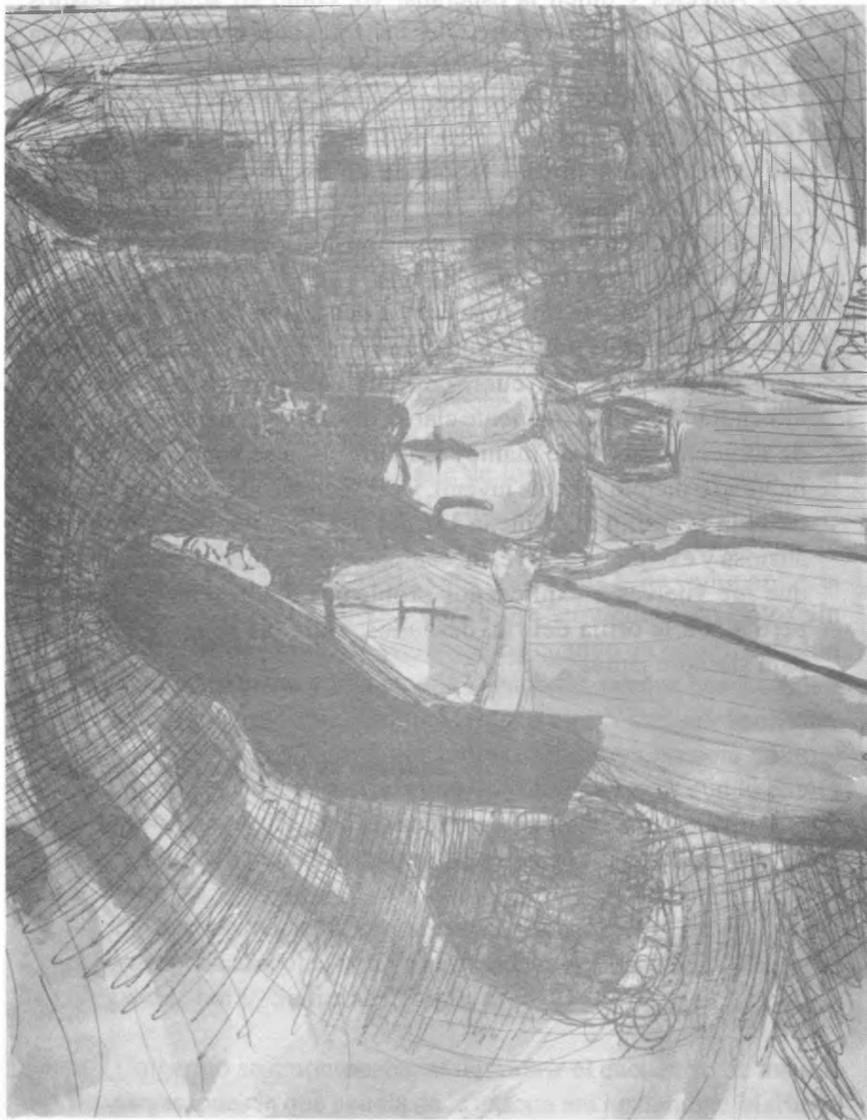
Un gentío se amontonaba, al descubrir el encuentro de los dos fantasmas, pues la que acudía de la casona era justamente María de

Los Ángeles y quien la esperaba, yo, como en aquellos lejanos tiempos, en que aprovechaba tales instantes para echarle una mirada de amor y hacerle una seña: -"Te quiero... Ella también contestaba: - "Te amo"- Lo decía en un lenguaje de signos inextricables para todos los demás y propio de los pájaros o de mariposas. Entonces me sentí como sobre las tablas de un teatro inmenso, lleno de curiosos, o en medio de una plaza de toros; yo con la capa y la espada y ella, con un traje y un manto de luto, para recoger la muerte del toro, que era yo mismo.

Mas cuando, al fin, se acercó a dos pasos de mí y abrió con finura la chalina negra, vi sorprendido que era ella misma, de apenas unos veinte años, tal cual, con sus cabellos largos, los ojos almendrados y supremamente claros, de café recién tostado, su boca de turgentes labios de mamey maduro. Ella se sonrió con su risa habitual e increíblemente juvenil, y me secreteó al oído, pero delante de toda la multitud, a plena luz del día, con una voz levemente ansiosa y excitante: _ "Oye, mecánico, voy a la misa; espérame para que me vuelvas a explicar los problemas del porciento, ¿sabes? pero allá a la orilla del río, desnudos, entre las aguas, amor mío, para siempre jamás".

Santiago de Veraguas, octubre 1956.

Portrait of a Man
by [illegible]



EL EXTRAÑO SUCESO DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL EN UN PUEBLO DE PANAMÁ

Juancito Pérez, el hijo de Juanchón Pérez, así llamado, porque era un hombre tamaño grande, vivía en la curva y estrecha callejuela de los artesanos. Y dicen que Juancito quería ser marinerero, aunque nunca había visto el mar, sino en fotografías y a través de los puros cuentos de su tío quien fue marino, pero al que nunca llegó a ver, pues jamás regresó al poblado después que un día, en un barco griego atravesó el Canal... y ¡quién sabe!.. a qué parte del mundo fue a dejar su viaje de huesos. Tarjetas del tío marinerero, tardíamente, llegaban de Nueva York, Tokio, Roma, Shangai, Hamburgo...

Eso de ser marino - decía su madre- era una locura del hijo, y menos ahora cuando había guerra mundial, y a los marinereros los hundían los submarinos alemanes y japoneses. ¡Qué necesidad! ... andarse en busca de muertes ajenas y lejanas, y sobre todo, en las mares, que además, serían muertes bien oceánicas y tremendamente solas, sin socorro, ni padrenuestros.. Muertes, desde luego, supremamente tristes, en otros idiomas y religiones que nadie entendía.

La primera vez que Juancito, el hijo de Juanchón, fue a la capital del país, se quedó boquiabierto al pasar en un ferry el famoso Canal de Panamá, y le parecía imposible que los autos y camiones fueran navegando dentro de un transbordador de ese tipo, manejado por un gringo, y después miró la entrada del Canal, llena y en fila india, de enormes barcos trasatlánticos. Era de noche y aquello daba la impresión de un cielo con lunas cuadriláteras, faroles y fuegos fatuos

Pero aquel viaje lo hizo Juancito antes de la guerra, pues durante la misma, todo estaba apagado de noche bajo el "black out» ordenado por el ejército norteamericano, ya que según ellos, los japoneses de Hirohito iban a volar el famoso Canal.

Pero desde aquel viaje maldito a la capital canalera- de eso se quejaba ahora la madre- le entró al muchacho eso de ser marino y andar de arriba a abajo de los continentes y de los puertos, según él, conociendo mundo, ciudades, mujeres y lenguas extranjeras.

Ya sabía decir algunas palabras en inglés: "guajapin, okey, tenqui y sanamabich"... las que aprendió en el taller de mecánica, en donde había un muchacho negro, venido de afuera, y quien las conocía de nacimiento, porque dizque era de origen jamaicano. El muchacho, chombo como le dicen, le aconsejaba a Juancito, que no comiera del cuento, ni cogiera chance con los gringos; que se dejara de ilusiones y pendejadas; que le hiciera caso a su madre y aprendiera chapistería, pues eso daba plata, ya que los choferes eran locos y estrellaban los carros, en su locura de querer tener, de todos modos un automóvil, aunque fuese de fiado, de tercera mano, y tuvieran, para ello, que dejar de comer.

Y la chapistería pagaba, en ese pueblito, a orillas de la vía interamericana, ahora llena de convoyes norteamericanos, de comandos gringos, de soldados rubios que iban y venían, borrachos, camuflajados, hasta los talones y con mallas, englobándoles el rostro y la cabeza, como pequeños mosquiteros, para que los bichos no los picaran y transmitieran la malaria o la fiebre amarilla.

Pues sí, había venido la guerra y por las radioemisoras se escuchaba sobre las matanzas de rusos, franceses, alemanes, norteamericanos, japoneses, ingleses...

Todos esos muertos se acababan por culpa, primero, de un tal Benito Mussolini, persona engreida, con tremenda quijada de banqueta, italiano y fantasioso, inventor del fascismo, y segundo, un alemán, con cierto aire de lechón con susto, y quien llevaba un pedacito de bozo, cual una mosca sobre una taza de avena; este se titulaba Hitler, el führer. Según Juanchón que discutía de política y de guerra en la cantina, detrás de estos demonios tiraban los hilos los señores del grandísimo capital, ansiosos de repartirse, nuevamente el mundo.

Pero claro, la guerra se daba allá, bien lejos y los muertos y los bombardeos y demás escaramuzas, llegaban al pueblo en las radioemisoras preñadas de ruidos y chiflidos de la estática, que la gente fantástica, al escucharlos, confundía con los tiroteos.

Y pese a tan grande guerra mundial, Juancito quería irse del poblado, para meterse a marino, en la capital, en los puertos canaleros, por esos mares, a rodar océanos...

-Pero muchacho turulato- le recriminaba la vieja madre- no ves que la guerra te va a matar?

-Mamá, la guerra está lejísimo -contestaba el hijo, no sin respeto- eso no llega por este lado.

-Ajá- respondía la señora- y no oyes a tu padre hablar de que este país está cundido de gringos? ¿Y acaso eso no es ya la guerra?

La primera versión de la segunda guerra mundial que tuvo el pueblito, o sea, en realidad, la primera baja de la aldea consistió en el pobre y desgraciado barbero, a quien todo el mundo quería, por su gran cortesía de japonés, su dulzura y dedicación al oficio, y además porque se había juntado con una mujer del lugar y tenían once japonesitos.

El suceso del japonés lo observó toda la comunidad asustada y perpleja, en la placita, cuando un comando gringo, llegó con los arreos y pitos de combate, junto a un pelotón de la policía local, y acompañados del personero municipal. Rodearon, con gran despliegue bélico la barbería y sin más acá ni más allá, los muy carajos sacaron al japonés del negocio:- "¡Goejed!...- gritaba un soldado en su habla.

El infortunado japonés iba con las manos arriba de la cabeza, igualito a un bandido del oeste, sin comprender absolutamente nada.

Llevaba el barbero un talante pálido, de muerto andante y sorprendido como un pavo en nochebuena. En la cantina de enfrente se apiñó la gente que no entendía ni jota, pues había incluso, quienes ignoraban el peligro de la guerra mundial que amenazaba al caserío, pues todo acá estaba colmado de paz, así como de aire, sol, de aguaceros y también de flores y pajaritos del monte, y nada más.

- ¡Gringos de mierda!.. ¡hijos de su madre!... suelten a mi compadre, el barbero - gritó en la cantina un borrachito. Y el cantinero, que al parecer tenía mayor información sobre la situación internacional advirtió al protestante, en baja voz.- "Déjate de vainas, pues esos soldados no creen en nadie y te van a mandar para la Sin-Sin"...

Mas fue por gusto la queja, porque se llevaron al barbero muy bárbaramente. La mujer, con sus chiquillos quedaron llorando como una docena de ángeles derrotados, sin comprender absolutamente nada, de modo que la guerra llegó ese día, y la prueba eran los marinos yanquis, con sus formidables fusiles y ametralladoras, jamás nunca vista en el lugar.

En el mercado y el parque se habló, sin que nadie lo creyera, de que al infortunado japonés, así como a un italiano que vendía joyas, se los habían llevado los gringos, a un campo de concentración que

el ejército norteamericano tenía en la Zona del Canal. Del japonés, el personero dijo ese domingo en la gallería, que era espía del Emperador Hirohito, y lo cazaron aquel día "H", porque los japoneses habían atacado a los gringos en Pearl Harbor, y ya la guerra venía llegando a Panamá.

-¿No te lo digo?- expresó la madre de Juancito - y tú con las pamplinas de aprender marinerías, ¿no? Te va a llevar, óyelo bien, la misma muerte. Pobre mujer, la del barbero, y el montón de criaturas abandonadas... ¡Ay!... la guerra... ¿Y eso quieres tú? ¿Dejar a tu padre y a tu madre para que se mueran de hambre y de angustia?... ¿Y qué puedes ganar en esa guerra junto a los gringos? ¿No has oído a tu padre hablar de lo malo que son los gringos? ¿Cuándo supiste que las guerras han servido para algo bueno?

Pero Juanito quería ser marinero y si la guerra lo atrapaba, ésa era su suerte, porque de todos modos había que acabar con los desgraciados nazis... eso decía el muchacho.

Pero la segunda versión de la guerra fue todavía más interesante. El pueblito quedaba como a doscientos setenticinco kilómetros del Canal interoceánico. Era un lugarejo típico con sus diez calles, la plaza, la iglesia blanca, con algunas palomas azules, en el campanario; las pequeñas tiendas de chinos y árabes y dos o tres talleres de poca monta.

Pueblo sumamente campesino y lleno de paz y de lodo, sobre todo la calle de los artesanos. Callejones con gatos y perros populares, deposiciones de caballos, boñigas de vacas y las constantes rumbas nocturnas que hacían las arrieras y el chivo del alcalde en los jardines de las casitas blancas.

La calle en la cual vivía la familia Pérez era curva, estrecha y larga, pero todo se sabía con sólo abrir una ventana. Después del espectáculo del japonés no pasó nada extraordinario, salvo el cruce de los convoyes gringos por la carretera interamericana, sus borracheras en las cantinas y la violación de la hija de Antonia Caracucha, por un sargento primero, que fue sacado por el comando gringo del poblado, sin ser llevado a la justicia, porque según ellos, era la guerra, y sus pobres muchachos iban a morir allá en el Pacífico asiático.

Pero ocurrió un hecho que, en cierta medida, apartó a las gentes de los efectos de la guerra. Fue la llegada de la hija de Dorotea García, la Lola, quien vino acompañada de su nuevo marido, un joven muy galano, blanco y alto él; extranjero, al parecer argentino, por su modo de rasguear las palabras. Cuando en los sitios de encuentros y reuniones del arrabal se supo que había llegado al pueblo un argentino, las gentes corrieron a verlo, ya que en aquel pueblo, como en otros, Gardel era tan querido... y había no pocos Carlos Gardel, criollos que en veladas, serenatas o cantinas cantaban tangos: "Mi Buenos Aires querido, "Cuesta Abajo» y el bello poema: "El día que me quieras"...

De modo que el argentino, el che, cayó muy bien en la calle de los artesanos y en la placita, además, porque la Lola era la Lola, y ella sabía meter el mundo en un saco, porque claro... ¿recuerdan quién era Lola?... Decían que fue la muchacha más bella, la reina más sexy del carnaval, y a quien casi excomulga el padre Tolentino Bergas, porque en la madrugada del martes de carnaval, luego de una disputa entre ella, la reina, y una tal Juanita, a la cual le decían Juanita Tetas, y quien era, esa vez, la princesa, por cuestiones de mujeres, la reina Lola, desafiada por la princesa, se quitó el corpiño, el brasier y le mostró a todo el mundo, sus abundantes y erectos senos, que no tenían comparación en el pequeño universo de aquel pueblito... aquello fue -como dijeron las gentes- una cosa del carajo...

Y esa era Lola. Después se habló de Lola, cuando huyó del poblado, con un supuesto médico colombiano, quien luego, se supo, no era tal facultativo, pero doctor le decían. Y meses más tarde cuando el doctor la dejó y ella se metió con un hombre ajeno, lo peor fue que, finalmente, abandonara el pueblo, y según las malas lenguas, se hubiera metido a mujer de la vida.

Su familia negó ese chisme y dijo que, en realidad la Lola, trabajaba de mesera en una cantina honorable de la capital del país.

En ese laborar, tuvo la suerte de agarrar al argentino, y a la semana contrajo matrimonio por civil, con el sureño. Pronto se supo que el hombre, además de argentino, solía cantar tangos.

Ello quedó demostrado en una cantina de la placita, cuando se hizo conocer.

- Oiga amigo - le dijo un marchante- ¿ se toma una cerveza ?

- Che, ¡como no !... te lo agradezco.

- Dígame - preguntó el oferente, al traerle la botella - ¿y usted, de seguro sabe cantar tangos?... aquí todos somos gardelistas.

- Cómo no - respondió el argentino - busquenme una guitarra.

Y ese domingo, la cantina se convirtió en una verdadera tanguería.

El hombre tenía buena voz.

Después vinieron los comentarios: que el marido de la Lola, cantaba tangos, a veces como Gardel y otras, como Agustín Irusta; que era de profesión radiotécnico, y un tipo bien clase, que resultaba una verdadera ganancia para el pueblo.

Más tarde, se le vio participar en veladas escolares, incluso vestido de gaucho, con ropas confeccionadas por la suegra, con unos trapos y botas parecidas a la de los gauchos de la pampa argentina.

Y la cosa fue que al pasar dos años de la guerra mundial, los nazis, pese a las amenazas de Hitler, de acabar en seis semanas con la Rusia europea, no podían con los soldados de Stalin. Los gringos apresuraron las construcciones de instalaciones y casas para soldados y mejoras en el Canal. Entonces, las gentes del interior del país empezaron a emigrar, masivamente a la capital y fue cuando Juancito le planteó a su madre que ya tenía dieciocho años y quería irse también, a buscar trabajo.

-Pero muchacho - le respondía la doña - yo sé que buscas meterte a marinero, para que te maten en la guerra; déjate de necedades, hijo, mira cómo matan a los rusos; eso sale todos los días por ese radio que tengo allí.

Pero la juventud del campo corría a las obras del Canal y de las bases militares gringas, que en el pequeño país había más de cien, y algunos muchachos regresaban a fin de mes, con muchos dólares, y echando piquete con pantalones nuevos y zapatos «black and white» - Si tú quieres plata - decía la madre de Juancito - ¿ por qué no te la ganas en el taller de mecánica; métete a eso que llaman chapistero, que según me han dicho paga bien, sin tener que matar a nadie.

Y en ese trajín estaban cuando sucedió la otra cuestión de la segunda guerra mundial en el pueblo.

La cosa fue así: la Lola berreaba, como una ternera, a grito suelto; casi se volvía loca. Su madre, la costurera del lugar, que había hecho el vestido de gaucho de "Gardel" sintió que se le bajaba súbitamente la presión y estaba transparente y fría.

Pronto, el gentío llegó frente a la casa de la Lola. A "Gardel" el radiotécnico argentino, dos MP (Policía Militar norteamericana) lo tenían atado y luego a patadas, lo metieron en un carro comando; policías criollos, con más miedo que valor, apuntaban con sus viejos chopos contra el pobre gaucho maniatado. Otros pesquisas y soldados gringos, como Pedro por su casa, revolvían los papeles,

los instrumentos, los radios descompuestos. El señor alcalde, aficionadísimo a "Gardel", pues cantaba muy bien el tango volver: "Volver, con el dulce recuerdo..." muy nervioso le musitaba al cura Tolentino Bergas (que de paso, las damas católicas le habían sugerido, que por favor, se cambiara el apellido) pues le decía al munícipe: - "¡Mierda, padre, esto no puede ser! ¡Es increíble! ¿Qué le parece doctor?- Y el cura, un español, de no disimulada simpatía hacia el General Francisco Franco, contestaba: - "Hijo mío, todo puede ser en una guerra. Lamento lo que le pueda suceder a este hijo de dios". E insistía el alcalde: - "Pero no puede usted padre hacer algo? - ¿"Yo? ¿me lo pide usted? ¿no es usted el jefe máximo de este pueblo?...

A "Gardel" se lo llevaron por la misma ruta del japonés, hacia el temido campo de concentración de la Zona del Canal. En la cantina de la placita, el alcalde, en fuego, habló hasta por los codos y dijo: - "Sabrán que un gringo me informó que en la Zona "The Caribbean Command" había detectado señales de una radioemisora clandestina que transmitía mensajes a los submarinos alemanes y japoneses que rondaban como tiburones por el Pacífico... Y oigan esto, amigos... que el argentino, el "Gardel" y buen amigo de todos nosotros, el marido de la Lola, no era argentino sino alemán con pasaporte uruguayo, y que se encargaba de transmitir esos mensajes, en su condición de espía nazi, hecho pasar aquí como gaucho...

Amigo, es la guerra... esta puta guerra, porque allá peleamos contra el Eje, y acá tenemos que vérmola con los gringos... Pobre mi amiga Lola. Saben de qué vaina me acuerdo? De aquel son cubano que decía : "Eran las tres da la tarde cuando mataron a Lola..."

Cuando la madre de Juancito se enteró de todos los detalles de este nuevo episodio bélico le preguntó al hijo:- "¿Y no lo crees todavía? ¿No te das cuenta que estamos metidos en la guerra? Porque, de seguro, ya estos gringos han matado al japonés, al italiano

y ahora, también al marido de Lola, el de los tangos de Gardel... ¡Pobrecito! Tan lindo que cantaba aquello de: "Golondrina de un solo verano... con fiebre en las alas, de cielos lejanos..."

De modo que tú, tonto de capirote, no serás marino mientras yo viva... ¿Entendido?

Y, sin pausas, seguía la guerra mundial. Para desgracia de la familia enfermó Juanchón, el padre y entonces Juancito aprovechó la ocasión.

- Bueno, madre, ahora cuando el padre yace enfermo, sin poder levantarse, con ese reumatismo bárbaro, yo debo ir a trabajar, para traer el dinero a casa. Pero tú sabes, madre, que aquí en este pueblucho no hay trabajo. Me voy a la capital, a la Zona del Canal, allá puedo trabajar de ayudante de carpintero, de albañil, o de simple peón de pico y pala... ¡qué se yo!... Y para que te aquietes, te prometo que no seré marinero... Eso es todo, ¿que te parece, vieja?

-Bien hijo mío- expresó con resolución la madre- anda, pero por favor de dios... no te metas a marino, porque te va a matar la guerra.

Y Juancito se fue a la capital, con otros muchachos y pronto quedó enganchado en una compañía norteamericana, que construía las casas para los soldados. El era una hormiga más en el tremendo hormiguero de las obras. Cuando salía de la faena iba al puerto a ver a sus amados barcos trasatlánticos, en las noches, totalmente apagadas, para que los japoneses y nazis no pudieran descubrir el Canal. A veces, al trasluz de los reflectores descubría los veloces aviones cazas de los gringos, los que hacían maniobras nocturnas, para cuando, al fin y al cabo, llegaran los alemanes y japoneses por acá.

Mas la guerra, por estos rumbos era tan sólo la muchedumbre de obreros y de soldados y marinos norteamericanos, como interminables invasiones de arrieras. Y cada fin de semana los marinos golpeaban a los mozos de cantinas y a las prostitutas, y por

esto y aquello la chispa prendía masivas peleas entre gringos y panameños. Esta era la guerra de acá, pues los muertos caían a miles de kilómetros del Canal: en Stalingrado, Praga, París, Londres, Guam...

Cada vez que le era posible Juancito regresaba los fines de semana con los dólares a la casa y a la vieja se los entregaba y contaba que la cosa era sencillísima y que todo el mundo, en la capital, estaba alegre con la guerra, porque había gringos y plata en barbaridad y que ojalá la guerra no se acabara nunca- decían los periódicos- porque eran los días de las vacas gordas y que la paz traería la miserias de las vacas flacas del país.

-Sí... linda cosa- decía la madre- las vacas gordas de los ricos. Acá los ganaderos se han vuelto millonarios... vende que vende vacas al ejército gringo; pero allá las madres pierden a sus hijos... Oye, y ojalá sepa yo, ¿oíste ? que te vayas a meter en la capital, a marinero... por allá tengo mis espías para saber.

Cierta vez se acercó a la base militar donde Juancito trabajaba de ayudante de carpintero, un paisano a decirle que había un trabajo muchísimo mejor, y que él, Juancito podía realizarlo porque se veía entero y con buena salud.

-Tú sabes, Juancito - le dijo el paisano - tienes espaldas anchas y buenos pulmones.

-¿Qué trabajo? ¿Y cuánto pagan?- preguntó Juancito.

Mira, son diez dólares y más, por una simple pendejada; un ratito, y el resto del día puedes, si lo deseas, realizar otra labor y así resulta, hasta veinte dólares al día, con sobretiempo... un platal. ¿Qué te parece?.

- No puede ser- respondió Juancito-

- Ciertísimo, muchacho, decídete- insistió el amigo. Fíjate que hoy ando libre y no quiero trabajar el día, y por la noche me voy por allí, a ver los cabarés, que eso es un gusto... Hay mujeres chilenas, colombianas, cubanas, ticas... ¿ qué te parece ?

-¿Pero de qué se trata?- preguntó Juancito con cierta duda.

-Vamos allá -contestó el paisano- es en aquella islita, mira... hay una base militar; es un sitio muy secreto. Tienes que ir conmigo, pues sólo, no te dejan entrar. El capataz me mandó a buscar jóvenes como tú, fuertes... Pero todo esto es muy secreto, tú sabes, ¿no?... si aceptas, tienes que callar la boca. Así es la guerra.

-¿Dime- preguntó Juancito- será algo como cuestiones de andar por el mar, en barcos?

-No, hombre... ¡qué marinero, ni que marinero!... Es plata cantante y sonante.

-Pero oye, insistió Juancito- ¿por qué me andas con tanto misterio y cuentos? - ¿De qué se trata?

-¡Ah, vaina! si quieres plata - dijo el paisa- para llevársela a mamá, bien, vamos a la base, allá te explicarán la cuestión; parte de mi trabajo es buscar candidatos como tú, y nada más, y la boca cerrada, ¿verdad?

Entonces Juancito decidió dejar el trabajo de construir casas para los soldados y aceptó el nuevo contrato en la misteriosa isla. Total, no sería cosa de meterse a marino y faltar a la palabra empeñada a su querida vieja. Esa vez llegó el capataz, halló que Juancito tenía buena corpulencia; apuntó el nombre y lo llevó a la sala de exámenes. Había cierto temor en el muchacho al desconocer el tipo de tarea. Si él no era un enfermo, ¿para qué lo llevaban allí, en donde olía a formol? Apareció una linda niña norteamericana que lo condujo a otro cuarto y un médico gringo lo examinó cuidadosamente. Después de medirlo y pesarlo lo sometió a ejercicios de respiración, luego de lo cual el doctor dijo que Juancito era un "man" excelente para el oficio.

-Okey- expresó el "foreman"- quedas contratado por diez dólares, para empezar.

¿Acaso sería oficio de buzo? Lo de bucear es deportivo, pero el peligro consiste simplemente en la amenaza de los tiburones.

Eso pensó, para sí, Juancito.

Al día siguiente, a las siete de la mañana en punto, hora americana, estaba el muchacho en el puesto, no exento él de cierto miedo y algún acento nervioso. Allí estaba su paisano, con la boca cerrada no entra mosca, ¿okey?... pero callar... ¿okey?...

- "¿Será- pensaba Juancito que me quieren meter a espía?"...

En el enorme galpón o hangar de aviones, un soldado lo hizo pasar junto a otros mocetones, tan fuerte como él; eran como cien jóvenes.

- ¿Esta vaina es para aprender a buzo?- preguntó Juancito a uno de los muchachos.

- Oigan- exclamó el tipo- éste cree que viene a aprender a bucear... que se las dé de loco para que vea... ¡ja...ja!... Mira tú "buchí", no preguntes pendejadas o te jodes, porque aquí los gringos tienen muchos espías, que no les gusta la gente que pregunta mucho...

Juancito se metió la lengua en la boca, pero la cosa se aclaró de una vez, porque vino un sargento, sonó un silbato; ordenó al grupo a ponerse en fila.

Juancito pensó que lo iban a meter a soldado y recordó a la madre y aquella canción de Daniel Santos que estaba de moda: "vengo a decirle adiós a los muchachos, porque pronto me voy para la guerra"-.

Entraron en el gran espacio del hangar cerrado herméticamente, pero ventilado por grandes abanicos eléctricos y todo muy claro, como el día, por los ventanales de vidrio y algunos trechos de tragaluces, igualmente de vidrio. Entonces vino la cosa: unos hombres trajeron máscaras que sacaron de sus envoltorios. A los nuevos reclutas explicaron la forma de ponerse dichos instrumentos negros, como de caucho, con enormes ojos y narices de puerco. No, el asunto no se trataba realmente de bucear... eran máscaras, ¿pero de qué? Juancito hizo lo posible para meter rápidamente la

cabeza en la máscara tremenda. Llegó un sargento que hablaba como puertorriqueño y le enseñó fácilmente la cuestión de enmascararse y ya quedó como los otros, y aquello semejaba cosa de película. ¿Eran marcianos?

¿Iban para el cosmos? ¿De qué se trataba, al fin, con tan extraños rostros? Si Juancito hubiera sido menos campesino habría sabido enseguida que el asunto era simple; máscaras anti-gases, de las que usaba el ejército norteamericano en la guerra.

Y el negocio consistía en probar dichos artefactos.

-¡Atención!- gritó el puertorriqueño en español- vamos a ver ahuevados... se trata de la parte que tienen que dar, ustedes, panameños de mierda, en esta guerra. Allí les va - agregé el que aguanta...aguanta... y el que no aguanta, se caga... ¡Ja...ja!

Y Juancito empezó a ver que otros soldados enmascarados como él regaban con una bomba algo que aparentaba humo y que resultaba ser, nada menos que el famoso gas. Pronto algunos compañeros empezaron a caer al suelo y una cuadrilla de enfermeros los sacaban apuradamente; los restantes quedaban allí y hacían un tipo de ejercicio sencillo que les indicaba el oficial del silbato. Juancito no sintió, sino miedo de la propia máscara y de ver caer a sus colegas. Después de tres demostraciones, con máscaras distintas, como a la hora salió del hangar y recibió, al contado sus diez dólares y una chapa para identificarse, cuando regresara un día sí y otro no, a la prueba de calidad de dichos artefactos.

Semana y media después de ese trabajo, en la base secreta, Juancito volvió al pueblo y llevó bastante dinero a la madre.

- Juancito, hijo, esta vez trajiste más dinero, ¿por qué- expresó la madre, con malicia- ¿Quiere decir que antes te la pasaste gastando plata en mujerzuelas?

-No- contestó el muchacho- es que hice trabajo de sobretiempo. Al parecer, aquí empezó el mal, porque le mentía a la madre.

Juanchón, el, padre, que ya se había recuperado, pero que aún no podía trabajar respondía a la madre acusándola de "mamera" y que ya Juancito era hombre, hecho y derecho y que sabía lo que tenía que hacer en la vida.

-No- rezongó la madre- lo que pasa es que no quiero que se meta a marino de guerra, porque un día me van a mandar el telegrama de que lo mataron por allá, o nada más vendrán sus cenizas, si es que llegan.

-Déjate de chochera, mujer, nada más piensas en la muerte- contestaba Juanchón.

Y después Juancito Pérez volvió a la base secreta. Pero un martes cayó, por primera vez, desmayado al piso. Sintió ganas de vomitar, algo de mareo y dolor intenso en las sienes y la nuca.

En la enfermería le dieron algo, y le alentaron diciéndole que eso no era nada, que le pasaría con un trago de buen whisky. Esto agregó la ruta del mal, porque se había desmayado y probado licor fuerte y no se lo diría a la madre; o sea, volvería a mentir, como un canalla cualquiera.

Juancito siguió en el trabajo sin otro percance mayor que una nueva desmayada, pero ya tenía experiencia del asunto, de modo que al mes siguiente llegó a casa, con muchos regalos para la vieja y una prenda de oro, para su novia, porque ya Juancito tenía una enamorada, un algo de amor que se halló un fin de semana, en el baile del pueblito, cuando los conjuntos tocaban aquella polka: " "barrilito... barrilito"... " que causó tanto furor para la segunda guerra mundial. Entonces quedó prendado del par de ojos mundiales, negros y pestañudos.

-Oye, ¿pero cómo? Tú sabes que yo no me puedo poner una prenda así, ya que mi padre me mataría.

Y ese domingo Juancito regresó a su pueblo a la base militar de la Zona del Canal, con el corazón apachurrado de tristeza, porque ya quería a la muchacha, y no se trataba solamente de su mirada enternecedora, sino de lo que malditamente nombran el amor, el que duele en las puntas de los pañuelos tibios de adioses lilas, y de sentimiento en la lejanía y más en esos días de la juventud durante la guerra. Y la chiquilla no era de las casquivanas que andaban, en esos días, del brazo de sus "amantes gringos".

Al menos él podía amar, cada fin de semana, sin las angustias de los jóvenes de Rusia, Francia, o Inglaterra, porque aquellos se despedían al borde de los trenes de la guerra, de los campos de batalla, de la guerrilla y la resistencia, o del campo de concentración, sin volverse a ver, a veces, nunca jamás. Ahora Juancito tenía dos amores: su madre y su muchacha. La muchacha buena, la que al despedirse, ni siquiera le pedía nada, y la madre que repetía su advertencia: "Ojalá que yo sepa que te metes a marinero de la guerra.

Pero todas las promesas del muchacho fueron por el puro gusto de afirmar las cosas. Y resultó así, ya que Juancito no regresó el sábado siguiente, ni el otro. Y cuando finalmente se supo de él, ésta fue la tercera versión de la segunda guerra mundial acontecida en aquel pueblito azul y blanco, de jardines de rosas, del cielo siempre azul, y las madrugadas salpicadas de cantos de gallo.

Esa vez se sintió el verdadero peso de la guerra en la aldea de los Pérez y en la calle de los artesanos, en la placita, la cantina, en el salón de bailes, en donde Juanito enamoró a su muchacha.

Lo del japonés, no fue tanto, algún día lo soltarían y regresaría a su negocio de barbero; otro tanto podría ocurrir con el radiotécnico, el argentino - alemán de los tangos de Gardel y finalmente, todo volvería al curso de los días serenos y transparentes del pequeño

pueblo. Pero la guerra lo enturbió todo y el pueblo se chamuscó de pavor y enlutó de violeta y negro; las rosas fueron comidas por gusanos; el cielo se encapotó de un gris nazi... ¡quién sabe! porque en una chiva vieja, o sea, una especie de pequeño autobús, esa tarde llegaron los amigos de Juancito, con el propio Juancito en persona, al poblado y se detuvo la máquina frente a la casa de Juanchón, y al fin bajaron, y al cabo, cuando lo pusieron en el centro de la pequeña y humilde sala de los Pérez, Juanchón, aún desconfiado, pero recio y sereno, como tal padre, como tal trabajador, como tal hombre del pueblo, pues abrió el ataúd, vio que realmente era su hijo que retornaba, de la segunda guerra mundial y fue cuando la madre y la novia llorando se abrazaron. Gritaron, como dos mujeres en una, casi muertas de angustia, desesperación y de amor, porque... "¡Hay! ¡Eso no puede ser... Dios mío! ¿Por qué diosito hiciste eso con mi hijo? ¡Ay, mi Juancito! ¡Juancito del alma!... ¡ay! Cuando venía y lo primero que hacía era darme su dinero... tan hombre como su padre.. tan amoroso mi hijo."

En el velorio, un compañero de trabajo explicó lo sucedido:

- El trabajo lo pagan bien. Es de probar máscaras. Si las máscaras tienen algún desperfecto no las mandan a sus soldados del frente. Son diez dólares que pagan por cada sesión; la verdad que es un lujo de salario.

- Sí- expresó la adolorida madre- salario de la muerte... mejor te hubieras metido a marinero...

Moscú, noviembre, 1983.



EL TREMENDO SUSTO DE LA BELLA IGUANDILI

"Al principio no había nada, solamente neblinas que daban vueltas y de su remolino surgieron los doce espíritus"

-de la mitología Cuna-

El caso de la bella Iguandili fue sometido a juicio, en el congreso, esa noche y después de comprobado el hecho, la comunidad decidió sancionarla por libertina, por coqueta y embustera (aunque finalmente dijo toda la verdad de cuanto había sucedido y se arrepintió) en fin, por andar de inventora, descreída y violentar las normas de la tradición; por no cuidar la etnia, el matrimonio, la estirpe, la castidad del pueblo. El congreso, por unanimidad, incluidos los votos del padre y sus hermanos, la condenó a cargar el importe de cien carretillas, casi cien quintales de cascajo, para la construcción de la pista de aviación de la isla.

Y así estuvo ella la burladora, la distraída, la culipronta cargando sacos de piedra y cascajo, desde el amanecer hasta los crepúsculos, sin descansar, a la vista de toda la comunidad; por pasarse de viva, salirse de sus cabales y andar de pizpireta, asomada en el puerto, mirando los barcos y los pájaros azules del mar y coqueteando en su piragua, junto a extraños marinos de toda laya: hasta gringos había, hasta negros había, hasta colombianos, sobre todo, porque la mayor parte de las embarcaciones acudían a los pueblos de la comarca, a trocar cocos por sal, manteca, querosín, harina, azúcar, telas y toda clase de los adelantos de la civilización, occidental,

norteamericana, japonesa y colombiana. El resto de la isla: el sáhila, o jefe, las otras mujeres, casadas y solteras, desde sus chozas la veían ir y regresar con los sacos de piedra y cascajo, allá en el escampado, en donde poco a poco, pena a pena, trabajo voluntario a trabajo voluntario, la comunidad construía la pista de aviación, para que aterrizaran las avionetas con etnólogos y turistas, gentes raras, contrabandistas y demás sociólogos de Europa y de otros mundos, que venían a averiguar el misterio de los indios, a buscar amuletos; fotografiar aborígenes (los indígenas o autóctonos, los primitivos) y también, y a veces, unos sí otros no, a fumar marihuana y coger cocaína, especialmente de esto se ocupaban gringos de la Zona del Canal y gringos norteamericanos.

Pues allí estaba ella, echando cascajo, que era un cuento de nunca acabar; sudando como potranca, bajo el sol puñetero que arriba se reía, se burlaba de la pobre Iguandili y le gritaba: -"Anda, busca a tu luna alcahueta, para que te ayude a cargar piedras, al lomo. Para eso andabas con ella en tus lujurias, allá por tierra firme, sin tomar en cuenta a tu marido que trabajaba en las bananeras o en el Canal, con el fin de traer la paila, el radio, el collar, tus satines y los hilos de colores para coser tus molas y chaquetas; el estrujado hombre, allá en semejante infierno verde de bananales, bajo el rocío de los pesticidas, según cuentan, y que luego de tanto trabajar hace que los trabajadores terminen echando espuma verde por la nariz..." "Y sin embargo tú- repitió el sol- golosa, lechona, acostada por la playa, cogiendo vicios de gente extraña... Pues anda -insinuaba el sol- busca a la luna, como lucías aquella vez, revolcándote en la arena, bajo la canción del palmar... ¡Pero ya viste!"... Y eso comentó el sol o sea, Dad Ibe, a las dos y media de la tarde a la sufrida Iguandili quien nada más había incurrido en el pecadillo casual de la carne. Pero acá el congreso tenía que conocer el asunto y aplicar con estrictez la ley no escrita, pero declamada por el sáhila en los congresos tradicionales, en el idioma culto, que ni siquiera el pueblo

entiende, porque las palabras son tamañas, profundas y oscuras, puesto que fueron talladas hacía siglos, por otros hombres quienes ya poco les faltaba para ser dioses y que estuvieron allí, bajo las palmeras, hasta el día desgraciado en que les tocó descubrir a Rodrigo de Bastidas y a un tal Balboa, especialista en utilizar perros feroces para descuartizar a dules pacíficos.

Bueno, pues, allí estaba la muchacha, en su cargar y sudar, pese a que era una mujer bellísima como un coco joven, abierto, con su agua de cristal y su pulpa blanca de nube esponjosa. Así era ella, pero de esa belleza vamos a hablar más adelante, porque de lo que se trata es de otro asunto: el saber porqué el congreso de la isla le impuso la pena de cargar cien sacos o carretillas de cascajo y como no había carretillas, cargó la cuenta a puro pulmón, al hombro. Aunque en la isla, las mujeres echan el bote, cargan los hijos, o los hermanos; toman el remo, y ¡adiós perla!... se van al otro lado, al continente a buscar yuca y ñame, y parecen gaviotas fantásticas en las piraguas negras sobre el mar verde turquesa, de aguas superiorísimas a las de la Costa Azul de Francia; de eso, ni hablar.

Acá es la lindura no vista; la playa en la cual bajaba, antes de todos los ángeles, el dios Dad Ibe a bañarse, en el paraíso de las islas cundidas de cocoteros, y entre isla e isla, el mar verde claro, verde amarillo, verde agua... Después la cadena de islas hacia el oriente, el archipiélago, los arrecifes y sus corales y las perlas, las langostas, los pelícanos, las gaviotas y los bufeos. Entonces los neles, o sabios y poetas, declamaron antiquísimos poemas, y todo el espacio envuelto en el barullo del ras...ras... de las maracas y la dulzura profunda de las flautas vegetales.

Los neles o sabios, recitaban, entre volutas azulencas, de largas pipas, las odas del comienzo del universo y del individuo dule. Como decir: ¿de dónde vinieron los cunas o dules? dicen que eso

fue cuando sólo había un tremendo árbol, altísimo y casi cósmico, cuyas ramas se entrelazaban con el cielo, las estrellas y las nubes. Aconteció en el tiempo en que Dad Ibe, el dios sol, o algo parecido a eso, en cuatro días y una noche se dispuso a derribar el inmenso árbol, para que cayeran las ramas, pues allá arriba estaban las plantaciones de cacao y de otras frutas; las comidas, y el pueblo moría de hambre y rogaba a Dad Ibe. Dad Ibe empezaba a cortar el infinito árbol, corta que corta, todo el día, y al anochecer descansaba con sus hacheros. Sin embargo, al día siguiente el árbol se rehacía de los hachazos y lucía completamente entero -¿"Qué sucede"?- preguntó Dad Ibe. Y una noche se dispuso a observar y vio que de una laguna salían los sapos, las culebras y los diablos a lamer el árbol talado y así se reponía. Dijo: -"Hay que matarlos"... Al fin Dad Ibe pudo derrotar a sus contrarios y derribó el árbol, pero las ramas quedaron engarzadas en las nubes y no se desplomó. Para aquel tiempo no existían los hombres, los dules, sino los hombres-animales: el hombre pájaro, el hombre arriera, el hombre venado, el hombre sapo y Dad Ibe decidió pedir ayuda al hombre ardilla, es decir, a Masolopíler.

En el congreso el hombre ardilla se comprometió a empujar, desde arriba el árbol. Mas se advirtió en el congreso que el sujeto que asumiera la tarea de subir a cortar aquellas ramas para que el árbol, al fin, diera en el suelo, fatalmente iba a morir. Su muerte, sin embargo resultaría en bien del mundo y de la futura generación dule. El hombre ardilla lo pensó y a pesar de que la hazaña significaría su muerte, aceptó el reto, pero puso una condición. Dijo: -"Lo hago si me consiguen una esposa, para gozar con ella, y después subiré, desengancharé de las nubes las ramas y moriré en bien de la humanidad"- Y el plenario del congreso, por unanimidad, le concedió tal gracia. Entonces le entregaron, para su amor, nada menos que a Astúbin. Así fue que después del casamiento, Masolopíler se dispuso a escalar al tremendo árbol y cortar las ramas. El árbol iba a caer; Masolopíler moriría, para salvar a las

generaciones venideras. El hombre ardilla, no obstante se agenció de un tintura roja, hecha de achiote; tinte parecido a la sangre y con ese resguardo subió rápidamente -porque era el animalillo más rápido- hacia la altísima copa, hasta llegar a las nubes. Cortó con sus filosos dientes las lianas y bejucos que sostenían al árbol, el cual empezó a bambolearse y caer con su universo de ramas, plantaciones, abundancias, arroyos y tierras apropiadas para los cultivos. Pero el astuto Masolopíler, orinó hacia abajo e hizo regar la sangre de achiote, para que el pueblo, e incluso Dad Ibe, creyeran que, en realidad había muerto, desangrado por la caída. Al caer el árbol se hicieron las islas, nacieron quebradas, surgieron cerros, brotaron las plantas, flores, bejucos... claro y además corría la sangre, o sea, la pintura de achiote. Y entonces los dules exclamaron: -!Pobre hermano Masolopíler!... ¡murió en bien de la generación dule!... Más era una apariencia, porque el hombre ardilla, en ese momento justamente estaba, en su hamaca, gozando con su mujer, la Astubin. Y por esa razón, desde entonces, cuentan los neles, allí nacieron el engaño, la simulación y los farsantes. Y se dice de la ardilla que ella representa la mentira y desde entonces se destinó a servir de medicina a las gentes. Así pues, como veníamos diciendo, Iguandili fue severamente castigada por el congreso reunido en el gran rancho circular. El sáhila en el centro, en su hamaca de mando, hamaca de contar cuentos y recitar larguísimos poemas; hamacándose como dios de carne y hueso, en su hamaca de producir discursos y sentencias. Bajo la fresca cobija de las pencas de palma, maderas olorosas y bejucos eternos del palacio circular los dules debaten y parecen los mejores parlamentarios de América Latina, no sólo por su tremendo lenguaje de figuras y metáforas naturales, legítimas y parabólicas, sino porque llevaban, en eso, siglos y siglos, cada noche, una tras otra, desde cuando Ibergoum enseñó a los pueblos, cuando aún no habían reyes de Castilla y de León, ni los Doce Pares de Francia, ni aún Atila o Gessiskan.

Ya para entonces, la gente de Kuna Yala discutía sus cuestiones comunes, cada noche y tomaba decisiones azules y rectas sobre lo concreto y lo abstracto, por mayoría de votos, con derecho a réplica y a todos los recursos del método, que después inventaron los que llegaron a colonizar, en nombre de otro dios, de las espadas de acero toledano y de los feroces perros de Balboa.

Pues sí, la vaina, aconteció en la isla, digamos que en el puerto; o en la playa; o bajo la luna, por la simpleza de ella, por la lejanía de su marido bananero, el cocinero del Club House norteamericano, de las bases militares de The Canal Zone. Él tenía la culpa, porque se fue a trabajar, como otros, llevados por la religión de los dioses del salario, redondo y sonante. Pues eso ocurría en el mundo cuadrado de los wagas, o sea la gente no india, no dule, no cuna, porque en las islas la cosmovisión, la ontología, la filosofía y la ética y demás yerbas occidentales y capitales, eran muy diferentes.

Cuando el suaribed, miliciano, e inspector del pueblo le interrogó a la Iguandili, ella ingenuamente contestó:- "bueno, pues qué iba a hacer si estaba triste, sola, melancólica, a la orilla del mar, así sentada sobre las piedras negras de carcomidos arrecifes, contando gaviotas y tijeretas, en fin". Además agregó que ella observaba que todo en el universo tenía su pareja, hasta las jaibas, los cangrejos lilas y rojos y las langostas. Que ella vivía intranquila así, metiendo los pies en el agua salada de la mar verde turquesa, transparente de sábalos y corvinas plateadas y que veía allá, entre brumas, al sur, el filo, la uña del continente, de la montaña, y al saliente los tarros derramados de polvo de oro del amanecer, por donde acudían los barcos de otros países, venían los extranjeros, las wagas, los comerciantes, los bandidos, los contrabandistas, los cocaineros, los marihuaneros y también, por el otro lado llegaban los policías, hijos de sus madres y de la leña verde, los gringos blancos, como si todos fueran albinos y con los ojos de horribles veta de azules y verdes, y a veces los gringos se reunían y hacían

hogueras y tomaban aguardientes y fumaban cosas raras, daban ladridos y alaridos, como salvajes atroces de otros mundos, y ella pues, a la orilla del mar se había quedado allí solitica, viendo zigzaguear a las gaviotas y salpicar, desde el fondo del agua verde, las sardinas de plata. Y contó la bella Iguandili, que también, de noche, desde la varazón del rancho, en su hamaca, entraban las cuchillas de la luna, y rielaba la luna nerviosamente sobre el encaje negro del mar, y allá relumbraban las islas llenas de cocoteros iluminados por la luna y su cría de estrellas, sus cardúmenes de luceros detrás, como perros de conchanácar, perros de azúcar, como perros de harina, así perros mudos y lanudos, la luna, y su pirotecnia, sobre los montoncitos de islas, islas, islas y palmas declinantes, palmas susurrantes, palmas rebeldes, militantes, políticas, ideológicas, substanciales, internacionales. Pues ¿quién sabe de qué culo del mundo, habían venido los cocoteros, por las aguas saladas de los océanos?...

Pero bueno, ahora la pobre Iguandili pagaba su locura, su maldad, su pecado original, cargando cien sacos de cascajo pesado, hirsuto, ardiente, cortador, agrio, y tenía el lomo, la espalda, el cogote, el hombro hechos vejigas, reventados, magullados, asesinados, desollados, sangrientos pero no lloraba, ¿Porqué llorar delante de todo el pueblo y el congreso? Para que algún acusador del pueblo le dijera entonces; -¡Ah!... por aquello no llorabas, o al menos llorarías de gusto ¿pero ahora sí lloras no?

Y después de todo, ¿no era injusto el castigo? Después del congreso, aquella noche, ¿acaso ya no era suficiente pena? Pero las masas dijeron eso es así, la ley y la tradición lo mandan, la nación de Cuna Yala lo impone. ¿Y la mujer?... a cargar sus piedras... En tal faena no era ciertamente bella, la más bella de la isla y de las varias islas y de casi todo el archipiélago y la comarca, la más bella del área del Caribe... Dicen que nació una noche de luna redondísima

y clara en el fresco mes de febrero, cuando no llueve y el mundo es transparente y casi azul. Entonces, con el tiempo y los días del maíz, del ñame, de la yuca, del otoo, de los peces y las langostas comestibles se crió en su hamaca; le contaron cuentos viejos y canciones nuevas, dichas por sus hermanillas, al run...run... de la hamaca; hamacándola, cuando sus tatas iban a la costa a buscar la comida y el agua, porque en la isla sólo había arena, cascajo, palmas y algunas almejas y caracoles. Y desde luego, también cocos, agua de coco o pipa, que es un milagro terrenal, porque la palma es el único árbol, si acaso es árbol y si no es helecho gigante, o algo parecido, que produce un fruto, del cual mana agua clara, como los arroyos del cielo que nadie conoció, ni el hombre ardilla, Masolopíler.

Pues bien, ella creció así, en aquel país, el pueblo suyo, en donde las cosas son de todos los hombres y mujeres, y se reparten los bienes por igual, y se discute lo que se debe hacer, cada noche en el congreso, y en donde cada hombre tiene a su mujer y solamente su mujer y cada mujer posee solamente a su hombre y sólo a un hombre. Bueno, y el día en que finalmente las parejas se matrimonian, después de varias ceremonias, tienen que fabricar los sueños y el amor en una hamaca; hamacándose.

Iguandili era más baja, más chica, desde luego, que una palmera, pero parecía una palmera recién nacida, con su cabellera negrísima y chola, la que un día le cortaron, para la fiesta de Inna Suid. Tenía los ojos grandes como el universo de noche, negros pero brillantes, ojos chinos y la boca maciza, labios anchos, bien cortados, mejillas trigüeñas como rosas morenas; como la tortilla de maíz, cuando está en el justo punto, ni muy blanco ni muy negro, sino como tortilla de maíz dorado con arroz con yuca, o como fruta de pan, como pan, así era Iguandili. De modo que con aquellos rasgados ojos de obsidiana, ella era la dictadora de la isla, levantaba con

poder la frente, de su nariz aguileña, de poderosos aleteos de paloma herida, colgaba su argolla de oro que le trajo la abuela de un pueblo de Colombia. Y además tenía las piernas más delgadas, finas y fuertes del mundo, más ágiles, que las de las hijas del rey de los venados y para mayor donaire, sobre los tobillos lucía ajorcas apretadas, hechas de tela multicolores.

Iguandili bailaba; lucía como una mariposa en las danzas, una chigarrita, una pájara, y además sabía nadar como la tortuga, tanto como el pato de agua, como los pelicanos; igual que los propios peces sierras, cojinúas, sábalos. Tenía tal arte, de navegar porque nació en el agua y en fin, ella era capitana de las piraguas, timonela, con su remo cortaba el verdor escurridizo del piélago... chus... chus... brotaban los manojos de espumas y maniobras sobre el mar hacia la costa. Total, era la más hermosa de todas las hermosas, por ello se enamoró, la casaron y al poco tiempo, uno dos meses, digamos, su marido tuvo que irse al país de los wagas, el Canal de Panamá, a las bananeras de los gringos, para volver con el radio, los billetes y otras cosas raras y ¡quién sabe qué más!... Pero el marido se quedó... y se quedó por aquellos lugares en donde unos se comen a otros; unos engañan a otros; unos envician a otros; abajo; unos con todo, otros con nada; en fin, la democracia de las ciudades y las plantaciones llenas de religión cristiana, católica y miles de sectas protestantes, y otras cosas que no había en la isla, pero que, al decir de los que iban y venían, eran asuntos buenos. Eso contaban los asimilados, los aculturados, los que abandonaron la lengua, los que ya no eran dules.

Pero bueno, un día, y éste fue el caso -es verdad que viajó a Colón a buscar a su marido, quien trabajaba de cocinero en la base militar de Fort Gullick, en la "Escuela de las Américas" y trajo de allá chingongo, chiclets, cigarrillos con filtro y otras yerbas. Eso fue cierto, pero después no fue más al Canal y en su isla, rondaba por la orilla del puerto, sola y tenía melancolías y otras costumbres.

Y así, vino el tiempo y se fue con los calendarios y primero la familia, como decir, el tata, o la mama, o cualquier prima o primo; en fin, alguien notó que la bella Iguandili tenía barriguita, le crecía el vientre, estaba embarazada, y ella se puso fría de saberlo ¡Ay!... estaba preñada, y tenía que parir...

Cuando ya la barriga lucía madura, como quien dice, el botón de rosa a punto de reventar la rosa; desde luego al igual que en Nueva York, Moscú o Londres, en la isla hubo sus cualesquiera comentarios, noticias, partes, bochinchas, sugerencias, malos pensamientos, chanzas y ¡qué se yo!... Cosas de mujeres a la orilla de la mar, en las piraguas, en el puerto lleno de veleros y cerros de cocos almacenados para el intercambio; también había pelícanos grises de tremendos picos. Pero en fin la bella en una noche de luna, siempre la luna, porque era del partido de la luna, de su luz, de su ideología, de su leyenda vieja de luna. Pues esa vez, entre palmas, entre bejucos viejos, entre sombras de los palos mayores de los barcos que iban y venían de Colombia, cada mes, una noche así nació el niño, como un nuevo dios de la isla.

Según cuentan, por el oriente subió la luna, todo el ámbito se puso claro como pantalla de televisión y así parió la bella un niño, en cumplimiento del orden natural de la reproducción ampliada de la gente con el fin de que pueda haber brazos para las máquinas, para las naves cósmicas, para el piano y para otros sueños de amor. Era el tiempo de la luna llena y la Iguandili quiso ponerle a su hijo el nombre de luna, porque luna, en el idioma de los dules es sustantivo masculino.

Según los antiquísimos poemas Mago (La Claridad) tuvo tres hijos y quedaron Olotoalipipi que era la luna, hijo hombre, y Nanacabailai, su hermana mujer. El gran padre vio que faltaba descendencia, del mismo origen cuna y ordenó que los hermanos se aparejaran: Olotoalipipi con Nanacabailai. De noche, Olotoalipipi, el hombre luna bajaba a la choza en donde dormía su

hermana Nanacabailai y abusaba de ella , pero está dicho, que ella no se daba cuenta de quién la violaba .Nanacabailai, con el fin de alejar a quien de noche, entraba a burlarla, se puso insectos venenosos como garrapatas o piojos en la piel y en el cabello, para que al llegar el usurpador, la despertasen, pero ella dormía profundamente. Entonces Nanacabailai buscó el tinte de la fruta de jagua con la que se pintaban figuras el rostro, y cuando el hombre luna la poseyó, le untó la pasta en la cara . Al amanecer cuando se levantó la sábana de la noche, descubrió que se trataba de su propio hermano, Olotoolipipi, quien al ser descubierto huyó hacia el cielo, y por eso, desde entoces , la luna tiene manchas en su cara.

Y en la choza de Iguandili pasaron uno, dos, tres días, una semana, quince días, un mes. Justamente a los treinta días llegó a la casa un miembro del cuerpo de seguridad de la comunidad, en la isla así sin ninguna piedad, sin malicia, sin metáforas, sin diplomacia, sin política, sin rodeos; inquirió secamente sobre lo siguiente ¿por qué tú machi, tu hijo, tiene color oscuro y le sale el pelito ensortijado? "-Pregunta mortal. Ella, escapándose, alcanzó a responder:-" ¿por qué preguntas eso?- Y el de la inteligencia dijo: "-Contesta tú, yo te pregunto y tú sabes quién soy"- "-Pues nada, -expresó la atribulada mujer, es la etnia como todos ¿Querías que fuera albino?"

El investigador se fue de la choza, pero en la noche, acudió al congreso y presentó la demanda. Dijo así: "Tengo el deber de denunciar ante usted, compañero sáhila y ante el pueblo que Iguandili, la hija de Anselmo Arias, quien es suaribed, tiene un hijo moreno, de pelo ensortijado. No quiero hacer daño a nadie y menos al niño, pero el congreso, merece una explicación que ella no me ha querido dar. Además ¿cómo es que un suaribed que tiene el deber de investigar, primero que nadie, algo semejante, se ha quedado callado, por tratarse de su hija? ¿Qué clase de fiscal es este hombre que incumple la ley en esta isla?"

Esa vez el congreso deliberó hasta las doce y cuarto de la noche.

En el centro, en su hamaca, con el bastón de mando al sáhila, tras de fumar tabaco, y a veces, simular que dormía, escuchaba el largo y encendido debate. Cuando algún congresista se dormía, el suaribed, con su vara, golpeándola sobre el suelo, daba gritos sorprendidos y estridentes, para despertar a los aturcidos: "Kabi dámalo curquel" ... A esa hora el sáhila, con su gente, tomó el acuerdo ya conocido.

Pero el interrogatorio fue pormenorizado y contundente. Ella incluso dijo que era culpa de la etnia. Fue lo peor, había mentido; ocultó la cuestión de la luna, en la costa.

-¿Por qué tu hijo es negro y de pelo apretado, como decir lana, o decir pimienta?

-No sé, nació así, lo parí tal cual, no lo pinté con jagua...hay gente así.

-Pero, ¿cómo? Si tu marido hace meses está en Colón... ¿cómo hiciste el hijo?

-Pues ¿cómo lo iba a hacer?... haciéndolo, como se hacen todos los niños, igual, pues...

-Pero mujer, te habla el pleno del congreso, no mientas. ¿Cómo pudiste concebir un hijo así, si tu marido estaba allá lejísimo, en la ciudad y tú acá?

La bella Iguandili no contestó. Huidiza, avergonzada, temerosa (en el fondo hubiera preferido echarse al mar, con una enorme piedra amarrada al cuello) pues se quedó como una laja antigua, con la boca cerrada.

-Pero contesta... -inquirió el sáhila- tienes que responder, eso es así; no me vas a decir, cual los occidentales, que lo concebiste como María, de una paloma del espíritu santo, o una gaviota, o una golondrina, o una tortuga, o una guacamaya de todos los colores... (El congreso rió a mandíbula batiente)... pero el sáhila, tras de sonreír con mucha medida, llamó al orden y el respeto a la acusada.

-Realmente pido excusa al congreso, por la comparación que he hecho -dijo el sáhila- Pero, habla mujer.

Se oyó un silencio ancho como el mar y después el gruñido de jaguar joven de las olas crecientes. En eso, sobre el horizonte, empezó a salir la luna. Ella miró la distancia iluminada por el astro, volvió el hermoso rostro al congreso y habló así: "¿quién no sabe aquí de la vez que yo fui a Colón y estuve con mi marido?"... Y no agregó nada más.

En el congreso las gentes empezaron a sumar fechas, y las cuentas no salían de ninguna manera, aunque el niño fuera sietemesinos, y el nene era un zambo rollizo y lindo, más grande que todos los que nacieron en la isla, desde que se inventó el maíz y la chicha, los tamales y el cacao. Lo peor fue su testarudez, la defensa inútil ante los implacables investigadores del poderoso sáhila.

-Mire, compañera Iguandili- dijo uno de la milicia- eso no es posible, por cuanto fuiste a Colón hace sólo seis meses y ese niño nació a los nueve meses. Por tanto, tú mientes. Repito, ¿por qué tu hijo es negro? ¿Ah?...

-Y acaso no salen también niños albinos, o sea rubios, o sea fulos, tan blancos que ni siquiera pueden ver, de frente, la luz. Y entonces, señores, ¿estos albinos fueron concebidos por algún dios norteamericano, sueco, finlandés o ruso? Y por contradicción, no podría nacer un niño negro, si nacen niños albinos?

El congreso quedó estupefacto. En realidad todo podría ser.

-Mira Iguandili- protestó un hombre- tú no respetas al congreso, ni al sáhila. Eres una atrevida... Te comportas como muy sabia y muy internacional, pero además lo haces en forma cínica. Oye... de dos dulces no puede nacer un niño negro. ¡Jamás!... Sí... nosotros nos ponemos negros de sufrir, de trabajar para los que nos zurren por allá en las ciudades y en las compañías. Mira, yo estoy casi negro, curtido del sol, porque trabajé en las bananeras. Y también le digo al congreso, yo no tengo nada contra los negros, porque

ellos también son gentes como nosotros y hay muchachas cunas y jóvenes cunas casados con negros y negras... Pero aquí hay una trampa, una mentira, y es eso lo que nos importa en la comunidad. Por tanto, explica francamente lo que pasó. Además, tu padre es un fiscal... ¿no tienes alma? ¿Qué clase de sierpes eres?

Entonces, ella la bella Iguandili, llorando, con los ojos más hermosos de la comarca, levantó el rostro de caoba y habló mientras el secretario del congreso tomaba nota textual, para el acta del juicio.

-Señor sáhila, compañeros del congreso... perdonen todas las mentiras. La verdad es la siguiente; esa noche había luna, yo tenía melancolía, porque mi marido se había ido y no me mandaba nada, pero nada; ni plata... además no volvía... ¿quién de ustedes puede decirme qué hacía aquel hombre tan lejos de mí? Yo iba al puerto a vender mis cocos, ¿quién no me vio trabajar y sufrir? Pero yo comía mi sufrimiento solita ¿y acaso no pensaba que aquel hombre andaría con otra mujer y tal vez una waga?... Por dentro me mordían los celos... ¿No han tenido ustedes celos también? Digo que yo iba al puerto a vender mis cocos. Y así ocurrió: en el muelle, el barco, el dinero, la mercancía, el producto, el precio, el valor, la oferta y la demanda, la compraventa, quizás todo aquello fue. Si yo toda la vida me comporté tan buena y cumplidora de la tradición, pero en la venta de los cocos, allí fue cuando aquel marinero cartagenero me tocó una teta y me dijo una palabra sucia, y yo regresé, muy encendida a la casa, como borracha de cuanto había pasado con aquel demonio, porque pienso que el marino me echó algo: él fumaba, y me tiró una bocanada de humo azul o naranja en la cara y me agarró. Fue esa tarde del puerto. Yo no sé, pero me llevaba como una marea, como una cáscara, iba yo con mis cocos, de nuevo al arrimadero al barco... quién sabe qué magia echó aquel muchacho negro, porque fumaba algo y tal vez fui embrujada, porque esos marinos saben muchas brujerías y yo iba al barco como una cáscara ardiente, y la segunda vez el hombre me dijo que fuéramos esa noche a la costa, que pasaríamos muy bien; que me regalaría una

cadena, un radio; qué se yo cuántas cosas daría... y esa noche yo no podía dormir, pero cuando todos los demás se durmieron: se durmió tata, se durmió mama, se durmieron los hermanos, yo salí con mucho sigilo, como si fuera a orinar; salí como si fuera transparente y nadie me viera; salí y la luna me delataba, porque era el espantoso miedo frío, entre el deseo y la conciencia. Todo estaba así quieto como mar sin olas ni nada y un silencio, como al principio, cuando no había nada; solamente neblinas que daban vueltas y en sus remolinos surgieron los doce espíritus... Yo tenía miedo; sí señores, un gran miedo y un gran deseo. Y bueno, entonces, al avanzar hacia donde iba, porque yo no sabía hacia donde me encaminaba... los pies me llevaban como si tuvieran alitas, como si yo fuera una paloma, pero muerta de susto. Así iba yo, luego pensé que la isla se había transformado en otra cosa y que sólo yo existía sobre la naturaleza de la luna, luceros y piedras negras. En eso llegué al puerto y lo vi terriblemente solo, pero de pronto, del barco "El Tiburón Azul", bajó el marino, me agarró de la mano con una fuerza colosal, gigantesca, me metió en un bote, y remó hacia el otro lado, a la costa. Allá casi me mata de amor; en la pelea, porque yo luchaba, lo mordía y él también mordía y me chupaba hasta el amanecer cuando el sol paría su luz.

Al traerme encantada, todavía, me devolvió sin radio, sin cadena, ni dinero, y yo quedé sin absolutamente nada y sólo era un pensar en ese negro y aquel bote, el susto tremendo y la pelea... Al fin y al cabo, ustedes pueden ver que no miento... no puedo mentir al congreso ni al pueblo. Pues aquello hice; engañé a mi pobre marido. ¿Quién sabe si estará preso si lo han matado, si trabaja día y noche para traerme la plata?... Que no será, desde luego, mucha plata. Y bueno, yo me callé, no dije nada; mentí porque tenía miedo. Señores del congreso, mi señor sáhila, y por eso mi niño nació negro, pese a la luz de la luna, porque era un marinero negro su padre, y yo compañeros, digo pues, de todas maneras, soy su madre y todo el pueblo tiene que quererlo, y todo el pueblo tiene que perdonarme, y

todo el pueblo tiene que explicarle, en el congreso, este asunto a mi marido cuando viene, si viene. Y yo estoy dispuesta a que me peguen con ramas de ortiga, desnuda, o lo que sea, para pagar mi crimen, y cumpliré exactamente lo que el congreso acuerde.

Por tal herejía el congreso la castigó con la medida de cargar cien sacos de cascajo para la futura pista de aviación.

SEGUNDA PARTE:

Después el mundo de la isla siguió hacia arriba como circulan todas las cosas y las islas, con su filas de chozas, una al lado de la otra, los cocoteros, el puerto pequeño o desembarcadero; barcos que van, barcos que vienen, de quince en quince días. Las piraguas con sus remeros, hombres y mujeres, y niños, hacia la costa, o simplemente navegando por navegar, como los pájaros, o para bucear langostas o agarrar tortugas. Muchachos que van, muchachos que retornan, congresos diarios y las fiestas de Inna Mutiked.

Bueno, pero un día arribó al embarcadero el barco llamado "El Tiburón Azul", y cuando hubo descargado y cargado la mercancía y ya el capitán arreglaba la salida, llegó la ley del pueblo y dijo el representante: Mire capitán, usted tiene aquí un marinero así y asá, que hizo esto y aquello con una mujer de esta isla y eso es un delito.

-Ah, bueno respondió el capitán- eso no es conmigo, porque ya ese marino no trabaja aquí en "El Tiburón Azul".

-Bien- repondió el responsable del mandato- eso no nos interesa a nosotros, aquel hombre tiene que pagarnos quinientos dólares de multa por haber burlado nuestra tradición.

-¡Ah!... -repondió el capitán- pero no fui yo el que se acostó con la niña, de modo que mis amigos, ¿qué clase de ley es esa que uno paga por otro? Y además, la propia niña afirmó que no fue forzada al asunto. ¿acaso yo no he negociado limpiamente, toda la vida con ustedes y me he portado decentemente?

-Eso es así, lo reconocemos, por eso mismo le exigimos a usted, como capitán responsable de sus hombres, y quien debe velar por ellos; pues tiene que responder ahora y pagarnos esos quinientos dólares- repitió el vocero de la comarca.

-Entonces- dijo el capitán- si la cosa es así, yo no pago un carajo y me voy.

-¿Ah?... exclamó el miliciano- la cuestión cobra ese tamaño, pues usted, capitán del "Tiburón Azul", no podrá partir, ni realizar jamás negocios con los dules.

En eso el resto de compañeros cunas rodeó el barco y cuando el capitán vio que las milicias del pueblo no titubeaban en ejercer la dictadura de las comunidades dules, se sonrió cobardemente y expresó:

-Son chanzas mías, señores... son cuentos, mi compañía paga. Perdonen por lo que hizo aquel maldito marino. Aquí tienen sus quinientos dólares y quedamos, como siempre, amigos.

TERCERA PARTE

Entonces, ya saben todos, porqué la bella Iguandili cargó, de sol a sol, cien sacos de cascajo para la pista de aviación. Y en la isla la vida siguió igual de hermosa: palmeras agitadas por los vendavales, aguas verdes y transparentes que permiten ver en el fondo las miniaturas de los caballitos de mar, y las grandes caracolas rosadas y las multicolores y mágicos colores. Allí al borde del embarcadero, sin melancolías y jugando con su negrito, está la bella pecadora y perdonada.

Pero nadie podrá hablar de su locura; nadie podría burlarse de su historia, porque fue debidamente juzgada por su pueblo y sería una falta que el congreso castigaría, si alguien atenta contra su dignidad de mujer y madre, y la pagarían con otros cien sacos de piedra para la pista. Total... su hijo es el hijo de la comunidad. ¿Y su marido? ¡Quién sabe!... Tal vez, algún día, allá por el horizonte vendrá, o llegue en alguna avioneta que aterrice en la pista de aviación... o no regrese jamás y se pierda en las brumas como las gaviotas.

**Octubre, 1983.
Ciudad de Panamá.**

EL PERRO TIGRE

Cuando Robustiano San Clemente se pegó el tiro en la sien con su pistola Luger y cayeron al piso sus doscientas libras de manteca, el disparo asustó a una parvada de pájaros negros, llamados changos, que graznaban arriba del techo de la vieja casona de su hacienda. El sarnoso perro "Tigre" empezó a dar aullidos casi apocalípticos. El eco del estallido se disgregó apagándose en la soledad de los llanos, de aquella tarde del domingo trece de diciembre. El caballo moro, peruano, de cuarto de milla, masticaba trozos de caña dulce, amarrado al añoso árbol de calabazo, mientras verdes y azules moscardones, le martirizaban las orejas.

La causa por la cual Robustiano llegó a la decisión tremenda de ponerle fin a su regalada vida de hombre poderosísimo, era de una horripilación sin nombre.

Sin embargo, pese a la detonación de la escuadra, en la soledad de la casa todo siguió su rumbo en el tiempo y el espacio de las cosas: la caballeriza, con media docena de sillas de montar, pertenecientes a los mozos; las puertas con gruesos candados que cerraban el paso a las diferentes mangas de los potreros; el olor a boñiga de vaca, de cueros crudos y manteca de cabimo y sebo para curar; todo ello, bajo el silencio cuadrilátero mezclado con zumbidos de moscas y rajeos de pájaros. Afuera de lejos, por los caminos lilas y rosados, sobre las peladas lomas, palidecían algunas salomas de campesinos domingueros. Lo que menos pensaba el universo intrínseco que constituían las relaciones sociales, familiares, económicas y políticas de don Robustiano era que su hombre yacía supremamente muerto en el portal trasero, de ladrillos rojos, de la

casa de campo. Solamente el pobre perro "Tigre" acudió a su lado en esa hora, se echó huérfano y desolado, frente al muerto, mirándolo con enormes ojos de perro fraternal y huérfano

Don Robustiano bajó del caballo moro, lo amarró, cortó pedazos de caña cubana; entró a la sala grande, abrió el cajoncito de la mesa, sacó la escuadra, la puso encima de un libro de cuentas; se quitó la camisilla, impecablemente blanca, de hilo, finísima, quedó en camiseta. De los poros de la franela brotaban los rollos dorados de vellos gorilescos; guindó de un clavo la camisa, regresó a la mesa, comprobó que el arma estaba absolutamente cargada; la dejó, de nuevo, sobre la mesa, volvió a la camisilla y del bolsillo extrajo un papel. Leyó, buscó en el bolsillo del pantalón una cajeta de fósforos, no la tenía; fue a la mesa, a las tablillas, salió a la cocina, se devolvió a buscar la Luger y finalmente se sentó en un taburete recostado de la pared, con el arma en la mano derecha y el papel en la izquierda. Leyó, suspiró hondo, dejó la pistola a un lado, sobre un banco, prendió un fósforo y quemó el papel. El sol caía perpendicularmente, allá afuera, sobre la ramazón del calabazo antiguo, lleno de frutas redondas y brillantes. El caballo masticaba lentamente, pese al plateado freno. Allí, en esa hora del sol, explotó el disparo y se derrumbó el sujeto.

Pero en la hacienda no había nadie; la señora que cuidaba la casa y daba de comer a los peones, tenía el domingo libre, y además, en las tardes dominicales, se turnaban las cinco amantes de don Robustiano, y ese domingo a las tres, debía llegar la Carata, la Eva Kannengiefzer.

Habían pasado tres minutos del disparo, de modo que la Carata llegaría en su auto Mercedes Benz, justamente dentro de las dos y cincuentisiete minutos, porque era una amante de férrea disciplina, heredada de sus abuelos alemanes de Turingia, los que llegaron al país cuando las minas de oro. Sólo a las tres en punto de la tarde, de

no ocurrir algo distinto, empezaría el mundo de Robustiano a enterarse de que el hombre se había suicidado por algo verdaderamente horripilante.

A la Carata (porque era pecosa y pelirroja) Eva Kannengieffer le gustaba la leche de vaca. Y Robustiano la complacía personalmente, rememorando sus años de juventud, cuando nada más era peón de lecherías, pobretero y buscapleitos. Encerraba el ternero de la vaca "La Pinta", que solía dar venticinco botellas de leche por ordeño y luego, motivado por la Eva, que se sentaba a horcajadas sobre las trancas del portón, daba muestras de su gran destreza, en el viejo oficio de ordeñar, y ofrecía a la mujer la vasija, una totuma hecha de fruta del calabazo, rebosante de leche calientita, con espuma. La alemana le echaba unas pizcas de sal, y entre los dos, en la misma totuma se la bebían ¡Qué amor!... Fue la Carata quien le trajo su último viaje a Francfort del Meno, la pistola Luger. Pero esa tarde no había ordeño, ni enlace de terneros, ni relatos de su vieja vida de peón; ni de cuando cambió de oficio y se metió a cuatrero y empezó a ser propietario pequeño, hasta el día en que asesinaron a Mr. Richard Morgan, para la época de las minas de oro, y a los pocos años Robustiano pasó a ser de oscuro cuatrero, llamado simplemente Ñano, a gran ganadero titulado Don Robustiano y por consiguiente, en su condición de amo, fue el padrote de todos los caseríos, corregimientos y pueblos circunvecinos.

Mas ¿Pensar que se había matado por cuestiones de mujeres?... sería pueril, ya que jamás parpadeó ante los señalamientos subterráneos de la gente que se rendía bajo su mirada y su látigo; ni siquiera cuando fue público que vivía con dos muchachas, de lo más encumbrado de la sociedad, que eran, por demás, mellizas.

Los moscardones verdes dejaron el caballo para alimentarse de la sangre azul de Robustiano. De pronto, a las dos y cincuenta y

siete minutos de la tarde, el caballo levantó la nuca, relinchó; el perro salió al portal y ladró tres veces; se abrió automáticamente la puerta del auto, y bajó envuelta en gasas lilas, la Carata Kannengiefzer llamó:- "Robu"... atravesó la sala y al pasar al portalete halló al amante tendido horizontalmente para siempre.

Cuando Robustiano se llevó la pistola a la sien sintió un frío de culebras verdes que le subió de las ingles a la sesera. Tuvo la sensación de que le recorrían piedras por las tripas, vidrio molido, y después fue como si el corazón le corcoveara. Apretó contra el casco de la plateada cabeza, la boca de la escuadra. Le acudió la electricidad de un pensamiento angustioso: ¡Putá, no me mato nada!...

Pero entonces contrajo muy levemente el gatillo, como para ver si se atrevía y se le fue el disparo. Se desgajó del taburete y de medio lado sintió saltos de sangre por dentro, luego vino un sosiego casi dulce, una especie de descanso vital; sentía moverse en un carro de almohadas por un túnel violeta y desembocaba en una apertura esplendorosa de color naranja y pasó a un estado de imponderabilidad absoluto. En ese ser y no ser, Robustiano pensó precisamente que ya estaba muerto, mas era cierto, y se preguntó en la muerte:-"mierda, ¿qué hacer ahora? ¡tan buena que estaba la vida!"- Al parecer, podía tomar tres rutas: ruta A, ir directamente al cielo. Esto tenía serios inconvenientes: los pesados zurrones de pecados, algunos de los cuales eran mortales. Pero, en todo caso, reflexionaba, los Papas no habrían podido entrar, tampoco. Acostumbrado en la vida a que todas las puertas se le abrían con su poder y su dinero... ¡bah!... una puerta más la del cielo... ¿qué? Su experiencia le había enseñado, y éste era su criterio, de que todos los hombres tenían, a su alrededor, un precio: unos por un real, otros por un millón. ¿Acaso los santitos de la portería celestial no serían capaces de prevaricar? Sin embargo, el cielo... ¿No sería

algo tan incoloro y aburrido para un sujeto de su talante? Ruta B: el infierno. La primera vez que hizo el trato con el diablo, debajo de un árbol de higuera, en cruz de camino, un viernes, sin hablar con nadie, el individuo de los cachos le dijo que se hablaba mucha tontería acerca de las dificultades del infierno, de pailas de brea caliente, lenguas de fuego mortificante y eterno, de falta de agua potable y desorantes, pero que esos eran cuentos del señor, para ganarle la dialéctica. Que por lo contrario, en diferentes cabarés se presentaban espectáculos, al nivel del Lido de París, con stripteases jamás vistos, y todo aquello en un marco de comodidades, aire refrigerado y luces fosforescentes. Pero ya habría tiempo para los infiernos. Ruta C: el limbo. Deambular sobre pequeños satélites impulsados por rayos de láser, de galaxia, en galaxia inconcretamente, vestido con un camión de gasa blanquísimo, sin sal, ni azúcar, ni tabaco, ni ron. No era oficio para un vaquero como él, acostumbrado a ordeñar, para dar de beber leche a su alemana la Eva Kannengieffer. Además le saldrían alitas y daría así la ridícula imagen de que después de muerto se había vuelto maricón.

Cuando llegó la Carata y gritó, Robustiano ya muerto no pudo escuchar el espanto de la voz de su amante, ni el arrancar del coche, cuando la mujer huyó, despavorida por la llanura. -"¿Qué hacer?"- se preguntó el finado. Así estuvo largo rato hasta cuando decidió, a su estilo, con la firmeza que le caracterizaba meterse a espectro. Dijo: "Seré abusión".

Y antes que del pueblo llegaran los deudos y vecinos; los jueces y guardias a levantar el cadáver, Robustiano se salió como pudo, de la cáscara humana y se transformó en murciélago. Se colgó de una ramita del viejo calabazo para observar, minuciosamente todos los movimientos, cuando el elemento acudiera a llorar o esperar la herencia. Así estuvo mientras el forense daba su veredicto y el secretario del personero apuntaba; mas como era un murciélago invisible nadie pudo sospechar su presencia de abusión.

Cuando la comunidad se enteró del suicidio del patrón Robustiano, la sorpresa se convirtió en espanto colectivo. Al parecer, todo se desquició, trastocó y se puso al revés. Los enemigos, misteriosamente quedaron mudos, para que no pudieran decir absolutamente nada, ahora cuando el tirano había pasado al otro mundo y sus guardaespaldas parecían arrieras sin pestañas.

- "¡Dios Mío!... ¿pero cómo van a velar a este hombre en la iglesia, si vivía con cinco mujeres, además de su esposa legítima?" - exclamó una beata y se le paralizó la lengua.

A las siete de la tarde del domingo, se sintieron aleteos de murciélagos arriba del campanario, uno de ellos era Robustiano, en su forma de abusión.

Como un hormiguero se movía el mundo de hijos, parientes y amigos para adornar la iglesia con papeles de crespón morado, negro y blanco. De comunidades vecinas, capataces y peones trajeron carretas llenas de margaritas blancas y suspiros lilas. Ramos de mirto, brotados de azahares se mezclaban con barrancos de claveles de tono rosa y canela.

Cuando las azuladas campanadas empezaron su din don, con ecos lúgubres, del fondo del pueblo hacia la catedral avanzaba lentamente una masa de compactos individuos humanos, vestidos de negro, precedidos de bandas de música, bajo la tenebrosa marcha de Chopin. Bomberos, guardias, estudiantes, comerciantes, acreedores, deudores, amantes, prostitutas, tinterillos, galleros, ganaderos, terratenientes, políticos, casi todo el sistema, incluidos los enemigos que habían quedado sin lengua, marchaban con sus cabezas bajas.

El mundo oscureció al borrar el sol su último chispazo granate de la cúpula de la torre blanca. Seguido de las bandas venía el caballo

moro, peruano; sobre la rica silla chocontana le habían echado un manto de terciopelo negro. El animal arrastraba una especie de cureña con el ataúd de Don Robustiano, hecha la tapa de puro cristal, con marcos dorados, al parecer de oro de dieciocho kilates.

Detrás de la carreta funeral seguía, en primer plano la viuda oficial forrada de una bata negra, destacando su rostro de paloma blanca, aunque arrugada; le acompañaban dos fornidos edecanes, igualmente vestidos de negro, pero con afiladas dagas en las manos. La viuda, en una bandeja de plata, llevaba un pájaro rojo acabado de degollar. Inmediatamente después, y en estricto orden, e igualmente acompañadas, proseguían las cinco amantes de Robustiano, precedidas de la Carata Eva Kannengiefzer. Pero las queridas andaban débilmente envueltas en trajes largos de gaza transparente de colores pastel: lila, rosa celeste, campánula, fucsia: La Carata, la Negra, la Fula, la Chola y la Flaca. Dicen que las flores que portaban en tupidos ramos, eran de ortiga, y de orquídeas moradas, catleyas y flores del Espíritu Santo....

Adelante, al son de las campanas azulencas y de marcha fúnebre, el caballo marcaba los pasos lentamente; después, ante el asombro de los participantes, subió los cuatro peldaños del atrio, con gran elegancia y se adentró en la iglesia, hacia el altar mayor. Allá doce curas, de varios distritos de la provincia, esperaban para colocar el féretro en los bancos y los pebeteros de incienso de la India.

Bajo el sordo rumor de los comentarios y chismes, se decía que hubo una gran discusión entre la viuda oficial, los hijos de casa y el abogado, porque el licenciado quería realizar el entierro dos días después, ya que el señor Presidente de la República anunció que deseaba asistir; pero la viuda argumentaba que el cadáver tenía un hedor isoportable, al punto de que, sobre la casa, ya revoloteaban los gallinazos.

Las amantes se situaron detrás de la mujer legal, con enorme solidaridad colectiva y empezaron los rezos, los coros y las músicas. Arriba del altar mayor, el murciélago observaba el espectáculo, sin que nadie pudiera advertirlo, por su condición invisible de fantasma.

La multitud no cabía en el templo y por eso, miles de dolientes rondaron la iglesia, entre tragos de seco, sorbos de café y masticadas de galletas. Quintales de hielo llegaron al lugar, en inútil afán de conservar el creciente desarrollo de la putrefacción del muerto, colocándolo debajo de la caja, pero el hedor mantenía una lucha fiera con el perfume del centenar de gajos de azahares y claveles, dando un gusto entre amargo y dulzaico en el ambiente del velorio.

Al día siguiente, después de la misa de cuerpo presente, a las nueve de la mañana se realizó el entierro. En la mitad del camposanto los peones de la hacienda de Robustiano, bajo el mando del mayoral cavaron una enorme fosa, justamente en un altozano. ¿Mas para qué tan ancho hueco? El murciélago Robustiano se había descolgado de las barbas del santo del altar mayor y transformándose en paloma de castilla voló al cementerio. Como a las diez de la mañana, bajaron la lujosa caja de cristal al fondo del enorme hoyo rectangular y hondo. Algunos lloraron lágrimas de cocodrilo, los demás parecían piedras mudas, sin manos ni cabellos. En eso, se destacó, de entre la multitud la Carata; abrió, frente a los concurrentes, su fina enagua, lució por un minuto enteramente desnuda, con sus pecas y lunares, y levantando los brazos, como si fuera a emprender un vuelo se echó en el abismo de la fosa... "Uhhhhh!"... mugió la masa doliente. Otro tanto hicieron, una por una, las demás amantes, y por último, los chambelanes con digno protocolo bajaron a la dueña, a la legal, a la esposa, al fondo de la catacumba... Y entonces los acompañantes empezaron a echar al fondo terrones de barro colorado, pequeñas piedras ocre y pétalos de rosas, mientras cantaban, en coro, una canción desconocida. Cuando ya el túmulo fue cubierto por los

enterradores, el mayoral sembró una cruz negra y alta, llena de rosas lilas; en eso una paloma blanca revoloteó y se perdió en el horizonte lapislázuli.

En los subsiguientes días, Robustiano, hecho gavilán o garza, recorría el poblado, la hacienda, sus negocios y le angustiaba pensar que la vida y el mundo pudieran subsistir sin su existencia, porque siempre estimó que las cosas se desenvolvían a partir de él, de su voz de mando, de su poder. Pero no era así y ya carecía de la capacidad para influir, porque era una simple y alada abusión inconcreta e invisible, como tantas otras apariciones.

Se convenció de que era muy cierta la sentencia popular: «el muerto al hoyo y el vivo al bollo»... pues a las pocas semanas del increíble suicidio, y del extraordinario enterramiento colectivo y en vivo de sus mujeres, cayeron las siete plagas de Egipto sobre el poblado y en menos de un mes los vivientes devoraron sus riquezas y los hijos y demás parientes se comieron los uno a los otros como culebras antropófagas. Supo, además, que sus mujeres al enterrarse vivas, en lugar de morir y subir al cielo, se fueron subsuelo adentro, como topos, o armadillos, horadando la tierra hasta los orígenes de los volcanes. Y como, además se aburrió de su condición de abusión pasiva, decidió salirle a la gente. Primero espantó a su abogado, una noche, cuando éste regresaba de contar el ganado de la hacienda para distribuírsele, en la vuelta del camino, antes del arroyo apareció Robustiano en el caballo moro y lo correteó con un látigo de fuego. Esta noticia circuló rápidamente en el poblado. Después Robustiano salió de madrugada, antes de la misa de seis, entre la iglesia y la casa cural, para espantar a las beatas hipócritas. Y así aconteció todas las mañanitas, en un lugar u otro, se le escuchaba contar monedas. Al principio la abusión metía miedo en la comunidad, pero con la creciente periodicidad con la cual le salía a los vivos, el fantasma fue sentando una especie de legalidad de sus apariciones, y de pronto se le vio en las cantinas alternando con bebedores de cerveza.

En ese tenor, su condición de espectro se le agotó, consideró perfectamente inútil y ridículo andar de fantasma por los caminos, las alcobas, los barrios y las iglesias, y ante la alternativa de que, en un descuido, los ángeles o los demonios se lo llevaran para sus dominios, resolvió dar por término a su aventura de abusión. Un día, domingo por cierto, ensilló el caballo moro, se encajó hasta las orejas el finísimo sombrero alón de vaquero de película norteamericana, a lo gran señor y mandamás; llegó a la hacienda y observó que no existía más que una larga soledad, cruces de luto sobre la puerta y pájaros negros, denominados changos, que piaban sin misericordia sobre el viejo calabazo. Se bajó del caballo y de una patada abrió la puerta, llamó al perro, el cual se arrimó aullando, como [ladran] los canes cuando saben que se hallan frente a un fantasma, de verdad y entonces don Robustiano, por sí y ante sí, con la resolución absoluta con que habitualmente funcionó en su vida, decidió reencarnarse en su perro "Tigre" y deshaciéndose de su inconcreción y transparencia, se metió en la cáscara del animal, y dicen que desde entonces se volvió perro para siempre jamás y salió a vagabundear eternamente por los polvorosos caminos de la vida.

Junio, 1985

Ciudad de Panamá

ESTOS SÍ NO SON "CUETES" ... ¡CARAJO!

Ante semejante y sorpresivo alboroto, dejé la rutinaria contemplación del mar, y saqué la cabeza, cuanto pude, entre los barrotes de la celda. La tercera galería del penal era larga y el rumor avanzaba como huracanado ruido hacia mí. Como siete metros afuera, las palabras se engarzaron y logré escuchar algo que parecía mentira. Eran las cinco y media de la tarde grisácea, plúmbica y marina, en el barrio de El Chorrillo.

-Ey, loco- gritó, desde la celda seis un recluso -¡mataron al presidente ! Y siguió el eco, de celda en celda: "mataron al puñetero presidente de la república... Se llevaron al puta ése"...

Tenía un año y medio de contemplar, en las tardes, ese paisaje, día tras día. Más allá de los ennegrecidos barrotes de la hedionda celda, en donde ocho presos envejecíamos fatalmente, allá lejos del mar parpadeaba el horizonte azulísimo, pero a veces, casi dorado, sobre el cual caían perpendiculares brigadas de negras tijeretas, o grises y robustos pelícanos. Los pájaros buscaban, entonces, la dirección de las islas, en las cuales tenían sus dormitorios, entre las torcidas ramas de los azotados árboles del manglar.

-Oye, "Bomba Atómica" ¿en dónde mataron al tipo?

-En el hipódromo- respondió el "canero" viejo.

Cerré y abrí varias veces los ojos. Eché atrás la cinta y los ecos se repitieron: "Mataron al presidente"... Regresé a la ventana, traté de hallar las siluetas de los pájaros, en el crepúsculo, pero algún pez sierra enorme o un fabuloso tiburón se habría tragado la tarde.

Entonces tuve conciencia del tridimensional fenómeno ocurrido; la película se proyectaba en tres pantallas, al unísono: el trozo de mar, ya sin pelícanos y tizeretas; acá, por la galería, el tropel de voces e imprecaciones sobre el crimen y el presidente de la república, el coronel, y abajo, en los pasillos del plantel, los policías corrían a colocarse las cananas, subirse los pantalones verdes y a bajarse el miedo de las gargantas.

-Rajaron al coronel con una ráfaga de ametralladora... ¡Bendito sea dios... señor!- clamó uno que recién regresaba de las isla penal de Coiba.

En ese momento, ante mí, si eran los guardias culebreando con sus fusiles verdes, o los pájaros negros que daban volteretas, por un instante, no lo discernía, y por eso, tal vez... ¡qué sé yo! me vino el susto colectivo hasta la nuca y me dije: "¡Mierda! ahora dirán que fuimos nosotros!"...

Como una pommesa estiré el cuello entre los barrotes de la puerta que daba al pasillo y pregunté al centinela que cruzaba, para cerrar, con enormes candados las celdas:- "Oiga, mi sargento...¿qué es eso de que mataron al presidente?"- El sujeto me miró con pavorosos ojos de matón y respondió:- "¡No me joda!"

Y tal vez era verdad que lo jodía, porque el presidente al cual se acaban de echar, había sido justamente el mismo que hacía varios años mandó al gobernador de la provincia a que me matara..." Que lo mate, presidente? ¿Eso dijo usted o escuché mal?"-preguntó el asombrado jefe provincial. Para aquellos días en la región había una intensa lucha campesina, contra los terratenientes, quienes le exigían al presidente acabar con los comunistas, y precisamente era yo quien dirigía las acciones de los campesinos.- "Eso dije"- respondió el coronel- que lo mate ya y se acaben esas vainas por allá. "Y creo que por esos tragos no me mataron aquella vez.

Sin embargo al gobernador, según el presidente, le faltó huevo y prefirió consultar con su mujer.

-Qué hago, mi amorcito?- le preguntó a la gobernadora, luego de informarle sobre la orden del presidente.

-¡Qué horror!- exclamó la dama- Mira, no seas bruto, papito, de fijo, cuando el jefe te llamó estaría borracho, como es su hábito. Y después que mandes a matar al tipo, dirá que no se acuerda de haberte dicho nada, y a ti te van a mandar para Coiba, si el gobierno se cae... Veinte años, papito, lejos de tu cama y tu mujercita. Y por otro lado, negro, si lo mandas a matar... ¿quién te dice que un día, tú mismo no amanecerás con la boca llena de hormigas?

El gobernador pensó que su mujer tenía mucha razón, ella era así de adivinadora. Al presidente le gusta mucho el trago, le encanta el whisky fino; de seguro estaría tomando con el jefe de la inteligencia del Comando Sur, que es su compinche. Entonces el gobernador en lugar de mandarme a matar, de una vez, fue al cuartel, llamó al capitán y lo invitó a tomarse unos tragos en el burdel de las afueras del pueblo. Allí trasegaron bastante.

- Jefe- le dijo el gobernador al capitán- qué le parece que el presidente me ha llamado, hace unos momentos, para que le ordene a usted que mate al tipo que tiene allí preso?

- ¿Que, qué?- contestó el militar y gritó:- ¡bajen la música de ese traganíquel!

- Pues me dijo- repitió el gobernador- que liquide al hombre que tiene allí, o sea, que lo mate.

- ¡Chucha!- exclamó el capitán- No puede ser, yo lo haría pero pero tú lo sabes, mañana me caso con la hija de don Pío...

Cuando el de la inteligencia del ejército norteamericano, en el Comando Sur, llamó al presidente, para averiguar por el asunto, el coronel le contestó- okey, Joe, anda mañana, en la tarde al hipódromo, nos tomaremos un par de tragos. Y por eso lo mataron.

Y aunque el sargento de la galería tercera, no quiso contestarme, ya todo mundo lo gritaba:- "Mataron al man!... ¡Buena esa!"- Una alegría de mil pájaros sueltos de su jaula, me subió aleteando hasta las orejas.

-Ey, tú, Zapatón... ¿por qué mataron al coronel?

Pero meses antes habían matado a otros. El escándalo mayor fue cuando hallaron a la hermosa mujer del Ministerio de Relaciones Exteriores, supremamente acuchillada en el «push button», o casa de cita, llamado "Flores Negras". A la dama, además de yugularle el cuello con la navaja, el asesino le trucidó los senos. El hecho resultaba más espeluznante, porque unos dos años antes, la muchacha había ganado el concurso nacional para competir en Hong Kong, en donde obtuvo, con la ayuda de poderosas influencias, el famoso título de Mis Universo... ¡Matar a tanta belleza mundial... santísimo!...

La "mis" o reina y esposa del canciller, de veintitrés años, un verdadero bombón, al lado del sexagenario marido, salió en los periódicos cuando cumplía años. La foto pasó a ser pieza de la investigación del caso. Al lado de atildadas señoras, de ministros, cuerpo diplomático, habían oficiales del Comando Sur de los EEUU acantonado en Panamá y de la Escuela de las Américas de Fort Gulick.

Todo mundo sabe que a un «push button» se entra en carro, subrepticamente, para cuidar a la pareja. Lo particular de el "Flores Negras" era que pertenecía, nada menos que al propio coronel y presidente, quien a su vez, estaba emparentado con el señor canciller. Según las pesquisas, todo indicaba que el autor del crimen había sido un oficial del ejército boliviano, un tal Anguita, quien realizaba un curso de contrainsurgencia en la dicha Escuela de las Américas.

Cuando el aseo, esa mañana, abrió la puerta del número trece halló a la joven totalmente muerta, ensangrentada y desnudísima.

- ¡Putá!- exclamó- y fue a dar al español, el gerente.

- Oiga, señor -dijo el aseo- allá en el cuarto trece hay una fémina pelada.

- Vamos, ¿y eso qué tiene?

-Nada- respondió el trabajador- ¡que está pelada y muerta!

Se formó el despelote, el arroz con mango, el revulú. Corrió el español y al verla, se dijo: -¡Coño...joder!... es la esposa del canciller... ¡Mis Universo!

Desde luego, ¿quién no conocía a Mis Universo? Española encerró al mozo y le advirtió:- "Como le cuentes esta vaina a alguien, ya tú sabes..." Y el empleado comprendía perfectamente el significado de la sentencia. El gerente pensó llamar al propio dueño del kilombo, pero a esa hora, de seguro no había llegado al palacio presidencial. Marcó el teléfono de uno de los guardaespaldas, el cual, corría con todos estos negocios, y le contó la tremenda cosa. El guardaespaldas, que una vez fue campeón de boxeo, despertó al coronel.

- Coronel -le gritó por el teléfono- ¡cáigase de culo!...

- ¿Qué ahuevazón me traes a esta hora, pedazo de pendejo?

- Nada, mi jefe, solamente que en el cuarto trece hay una mujer muerta.

- ¿En «El Rocío»? -preguntó el ejecutivo.

- No, presidente, en "Flores Negras" Pero vuélvase a caer de nalgas, mi coronel... sabe quién es la víctima

- ¡Dime huevón, habla rápido... ¿quién ?

- No me lo va creer, jefe... la mujer del ministro de relaciones exteriores.

-¿Mis Universo?- contestó el inquilino del palacio presidencial.- No puede ser. ¡Tú estás borracho, cabrón!

- Pues ella es, mi presidente- afirmó el chulo.

- Entonces- recapacitó el coronel, esto va ser un golpe de Estado... Dime, ¿quién se enteró de la vaina?

- El mozo aseador y el doctor Española.

- Bueno, desgraciado, desaparéceme al mozo a como dé lugar.

- ¿Y cómo, jefe?

- Me lo preguntas tú a mí, so maricón? Tíralo de un avión al mar, sácalo del país hacia la Patagonia lo que sea...

Y como siempre, pese a los secretos, el caso corrió de lengua en lengua.

Alguien traspuso el cuerpo de Mis Universo a un deshabitado herbazal de los predios de la Zona del Canal. Pero un perro doberman

y una patrulla hallaron, sin querer, la baja producida por el ejército boliviano y pronto se enteró el Comando Sur; comunicaron al Pentágono, a la Casa Blanca y a la CIA.

El encargado de la CIA examinó el tarjetario, pues todavía no funcionaban las computadoras, y encontró la ficha: decía así: "Mis Universo, fulana de tal, esposa del canciller, panameña, veintitrés años, hermosa. En sus días de universitaria fue postulada para el cargo de secretaria de finanzas de la U.E.U. en la nómina del frente Demócrata Cristiano. Se le hizo un buen trabajo para elegirla Mis Universo en Hong Kong. Casada con A.B. viajó por Europa, incluso visitó Praga, con su esposo que ocupaba entonces, el cargo de Embajador en Alemania Federal. Allí la captó nuestro corresponsal para que realizara contactos con el embajador checo. Su trabajo actual consiste en informarse por su marido, el canciller, de la posición del gobierno brasileño sobre la posibilidad de que este país domine técnicas apropiadas para el enriquecimiento del uranio. Apasionada por las joyas, el whisky, las aventuras repentinas, aunque de una sólida preparación en física nuclear.»

Entonces, de la misma embajada norteamericana llamaron al presidente para informarle que en estado de descomposición había sido hallada la señora D.D., esposa del señor canciller, conocida como Mis Universo. El cadáver estaba en la morgue del Hospital Gorgas, en Balboa City.

Un radio-periódico de la tarde soltó el bochínche: "Asesinan a Mis Universo; su cuerpo fue hallado en la Zona del Canal, totalmente acuchillado. ¿Crimen pasional o político-internacional?"

Esa mañana, del aeropuerto militar de Howard salía el Coronel Anguita hacia rumbo desconocido. Meses después del cambio del gabinete, tras el suicidio del canciller, al publicarle la hipótesis de que el autor del crimen había sido el coronel boliviano, quien hacía un curso en Fort Gulick (el mismo que aparecía en la foto del cumpleaños del canciller publicada en los diarios) el Comando Sur, a través de sus relaciones públicas manifestó "que en la Escuela de

las Américas, no cursaba ningún coronel boliviano de apellido Anguita." Pero un periodista boliviano publicó en Chile, que este hombre realmente existía y era una de las principales fichas en el tráfico de drogas.

Pero justo, en la semana siguiente empezaron los carnavales y estas fiestas salvaron al presidente, de toda la maledicencia y las complicaciones del caso. Se desplegó el aparato pachanguero de todos los ritmos y colores y hasta el mismo presidente se fue a brincar en las tunas y los culecos, en la bella y alegre ciudad de Las Tablas.

Coincidió, precisamente en una playa de aquellos lugares con el señor embajador de los Estados Unidos, y en un momento se apartaron, en sendas hamacas debajo de sombreadas palmas, mientras tomaban el whisky.

- Sabe señor presidente -dijo el embajador- el Departamento de Estado es favorable a la firma del nuevo convenio entre nuestros dos países. ¿Okey? Cerraremos nuestros comisariatos, así los comerciantes panameños tendrán un mercado sin competencia nuestra. ¿Okey? Subiremos, hasta un millón ochocientos mil dólares la anualidad que pagamos en arrendamiento por el usufructo de la Zona del Canal ¿Okey?.

El coronel, con media docenas de tragos, casi reventaba dentro de su vestido de baño azul, que apretado sobre la inflada barriga presidencial daba la impresión de un enorme pargo preñado.

- ¿Me habla usted, en serio, señor embajador? ¿O se trata de un chiste de carnaval?

- No es ningún chiste señor presidente- arrugó el ceño el embajador- revolvió con el dedazo los trocitos de hielo del vaso, miró a los hombres de la escolta que estaban a diez metros de allí y expresó, bajando la voz: puedo confirmarle que el convenio se firmaría rápidamente, pero usted debe acceder a los siguientes términos: devolver a los Estados Unidos, para su uso, la base militar de Río Hato, la cual nos fue arrebatada, en 1947, por la chusma

comunistaide y asimismo librar de impuestos la introducción, a la Zona del Canal, de bebidas alcohólicas, y finalmente, esto es muy sencillo, recrudescer más eficazmente la acción de su policía contra los comunistas y sus aliados...

- ¡Ah!, pero todo esto, señor embajador es muy fácil para mí, usted lo sabe.

- Sí -insistió el embajador- pero le voy a advertir algo distinto, muy distinto, señor presidente. Perdóneme- bajó la voz- me ordenaron informarle que si usted quiere el nuevo convenio, lo cual le dará gran poder y estabilidad a su gobierno, incluso para reformar la Constitución y reelegirse, el Departamento de Estado exige que corte el tráfico de cocaína, la que con su beneplácito pasa por su país... ¿Oyó?, que lo corte ya. Esto debe hacerse, digamos la próxima semana. Nosotros tenemos que saber que pasado mañana, después del miércoles de ceniza, usted tomará las medidas apropiadas. ¿Okey?

Al presidente se le esfumó la juma y quedó lúcido y espantado, como un fantasma. Se puso medio gago, luego enmudeció.

-Piénselo señor presidente- dijo con una sonrisa sardónica el embajador- habrá convenio y prosperidad para usted, a manos llenas.

- En otro sitio de la playa empezaron a tocar los tambores de los culecos y el carnaval echaba sus voladores y las moñas de "cuetes" chinos: fuás... tra... tra... tatá!...

Pues bien, el convenio se firmó y a la familia de la cocaína, para esos días, le bajó verticalmente su rentabilidad. Es más, los medios publicaron la fotografía en donde la policía secreta del coronel, aparentemente quemaba varios paquetes de la droga, en forma pública. Perros amaestrados, regalados por los Estados Unidos, sorprendían a cocaineros y marihuaneros en el aeropuerto. Embarcaciones colombianas y peruanas eran interceptadas en las costas del Pacífico y el Atlántico. El coronel cumplía estrictamente su palabra de hombre. ¿Okey?

Desde luego, ningún periodista local quería amanecer sin respiración y por ello, no comentaban lo que los rabiblancos

aristócratas del Club Unión festejaban; o lo que la oposición echaba a correr, de lengua en lengua, y era, además, archisabido por las gentes, por limpiabotas, barberos, taxistas y demás comadres y compadres. O sea, el siguiente cuento: que el coronel boliviano, Anguita asesinó a Mis Universo, la que esa noche había regresado a la Isla de Taboga borracha y drogada. Eso estuvo en el examen de laboratorio de los norteamericanos, del Hospital Gorgas, de The Canal Zone.

Se decía que Anguita conoció a Mis Universo, en una fiesta que dio el presidente en la finca "Las Alegrías", en el cual el mandamás poseía una cría de caballos árabes, procedentes de Argentina. Que la tal Mis Universo hizo varios viajes, como dama de compañía de la esposa del coronel, presidente de la república, a la Paz y a Santa Cruz, relacionados con los concursos locales de belleza, destinados a recoger fondos, en Bolivia, para los niños impedidos. Además en aquel famoso viaje a Puerto Rico, con parecido motivo, se trataba entonces de una cena de a cien dólares el cubierto, al llegar la Primera Dama, al aeropuerto de San Juan, la policía norteamericana encontró, en una maleta, unos cinco kilos de cocaína pura, de marca superior. La Primera Dama dijo que esa maleta era, nada menos, que la de Mis Universo, quien le acompañaba. Y Mis Universo chilló:- ¿Quién dijo?... ¿Qué le pasa a ustedes?... ¡Ah!... Esa maleta nunca ha sido mía, señores, ni tampoco de la Primera Dama... Y para no dañar la fiesta: ni la imagen de la Primera Dama y del Presidente colaborador, aquello quedó en la Cochinchina del olvido. Pero se sabía. Y todo eso ocurrió antes de la firma del mencionado convenio. Y cuando en la playa el embajador le exigía al presidente que debía cortar el tráfico de la droga en su país, el coronel sabía de qué asunto personal se trataba y se le derramó el dorado vaso de whisky.

Esa tarde de enero, traslúcida y azul, de los pájaros oceánicos y del crepúsculo, en el hipódromo corría la yegua "Magdalena", propiedad del señor presidente, en un clásico de potrancas

nacionales. Pero la "Magdalena" a juicio de los más expertos había perdido, por cuestión de narices. Sometido el caso al recurso de foto-finish, un escolta del presidente convenció al fotógrafo de la necesidad inapelable de velar la placa, y la yegua presidencial ganó el clásico.

Precisamente celebraban el triunfo de la "Magdalena" el presidente con sus íntimos amigos y amigos, esa tarde, en el bar presidencial del hipódromo, entre tragos, risas y chacoterías. Con motivo del clásico el lugar lucía como un carnaval, hasta globos había, fuegos artificiales y sobre todo, moñas de cohetes chinos que atronaban, entre la algarabía de los apostadores, de sus hermosas mujeres, de bien vestidos dueños de caballos, jinetes, preparadores y toda la fauna del negocio, incluidos los duchos en drogar animales, para obtener éxitos indudables.

Así de contento estaba el señor coronel, con sus leales amigos y amigas, libando wisky del mejor. La tarde de los caballos oscurecía en su tintura azul violeta, sobre los papos y otras plantas de adorno; ya se encendían las electricidades, por doquier y había música, cuando de pronto... ¡ay, dios!... se dobló, de un lado el presidente; del otro lado, algunos de sus conmlitones y fue cuando el coronel, todavía alcanzó a decir:- "Estos no son 'cuetes'... Carajo!"...

Para variar, esa tarde, empezó a morirse poco a poco, mientras que los miembros de la escolta estupefactos sacaron a destiempo sus inútiles pistolas y metralletas, y alguien gritó:- "¡Putá...mataron al presidente!... ¡Llamen una ambulancia!" Pero eso no estaba previsto en el guión del clásico de potrancas nacionales.

Sin embargo todavía, en la pista polvorosa corrían los últimos caballos negros y rojos, y la gente no se dio cuenta de que no podían salvarle la vida al coronel, ni con la oración del perro negro, pues la vida se le moría al jefe.

Ya muerto, o en la táctica coyuntural de la muerte, él sintió que le salieron alas polímeras, y subía a lo que pudo haber sido el altozano del cielo, pero no era... Había cierto pluralismo de lo

celestial y lo infernal, en esas nubes llenas de ángeles y arcángeles desnudos, y de diablos y diabras, con rabo y cachitos, a todo dar.

Mientras los ángeles enrojecían de vergüenza, los diablillos le sacaban la lengua a su camarada difunto. El ánima del coronel exclamó:- "Oh, señor dios, o señor embajador... ¿será posible que me hayan traído a la tierra del comunismo?" -Y un diablito se le acercó con picardía, y le musitó al oído:- "Estos no son "cuetes", mi coronel... no son cuetes.. ¡amén!..."

Dicen que todavía el hombre tenía algo de pulso y de respiración. Pero frente a los ángeles y diablos, al fin, esta tarde de los pelícanos y tijeretas de mar, se murió supremamente, sin jerarquía ni mando, el señor coronel.

Tal vez, por eso, el presidente cambió de color, cuando el Embajador, durante el carnaval, en aquella playa le dijo, bajando la voz:- "Presidente, dicen en Washington que corte sus lazos con la familia-" Pero ya era por gusto, pues el coronel estaba perfectamente muerto y transportado a los terrenos de la imponderabilidad.

Desde la tarde en que hicieron ganar a la yegua "Magdalena" y sonaron los disparos que no eran cohetes, cuando el caballo de la muerte vino a buscar al coronel, pues a muchos otros después se los llevó también la pelona; gentes que anduvieron metidas en aquel asunto, desde cuando hallaron asesinada a Mis Universo, pero no un sujeto tal llamado Lischtein un gringo, quien salió aquella misma tarde de los pájaros, con su visa de turista por la puerta ancha del aeropuerto, en el vuelo de la "Panamerican", hacia Nueva York; él, se dijo fue uno de los que disparó, pero hubo otros...

Y aunque todavía nadie sabe exactamente, ni los ángeles ni diablos, quién mató realmente al señor coronel y presidente, pues hicieron un juicio de pantomimas y de farsas folclóricas. En la hemeroteca de la Biblioteca de Washington, en un viejo ejemplar de "The Washington Post" el cronista Raymond Bellez escribía:- "Al presidente -se refería al caso- se los llevó la familia. Cuando bajo la presión del Departamento de Estado, a través de nuestro

embajador en aquel país, se le exigió, primero y amenazó, después para que se rompiera sus lazos con el tráfico de drogas, y en efecto el presidente decidió comunicar a sus compinches y capos para que entendieran, que por motivos superiores, se vería obligado a no permitir más al trasiego de la mercancía por el istmo, y empezaron sus agentes a cazar narcotraficantes.. Entonces ocurrió que para esa navidad, el padrino le envió una tarjeta postal al coronel, en la cual había una mujer desnuda, y en donde escribió:- "Tú sabes, amigo coronel, que quien se mete en el baile, baila y si no, truena. Chao, mi amigo".

Yo miraba, pues, aquella tarde los pájaros marinos, por entre los barrotes de la tercera galería de la cárcel, en espera de que pasaran lentamente los mil seiscientos días, o sea, los cuatro años y un mes de cárcel que me había echado el coronel, cuando repito, venía como una marejada el rumor de voces de los presos

"-Acaban de matar al jodido presidente"...

En el barrio de El Chorrillo, al fondo, en una cantina, hasta la madrugada estuvo la gente festejando la cuestión y se escuchaba el popular son: "No estaba muerto, andaba de parranda"

Diciembre- 1956
Santiago de Veraguas

ESCUELA TÉCNICA, PADRE SINFOROSO FONSECA

Eran justamente las once de la noche de aquel sábado de la gran fiesta del matrimonio, cuando Pedro Guitarra, a pesar de los puñetazos y los insultos, no podía sacarle nada a Catalina, la hija de Cosme.

La muchacha horrorizada y completamente desnuda, en un rincón del cuarto, echada en el suelo, como una perra, con sus manos ocultaba sus senos y trataba de meter el desfigurado rostro en el revoltijo de sus largos y negros cabellos. Ella gemía. El hombre, con el torso desnudo, parado frente a ella, con las piernas abiertas y un foete o mulero en las manos, todavía amenazantes, fiero y sin control gritaba:

-¡Habla puñetera!...

Según la gente, el matrimonio había quedado lindísimo.

El padre Sinforoso Fonseca lució sus mejores galas y palabras, pues se le casaba una de las mejores participantes del coro y de la Congregación de las Hijas de María Solteras.

La ceremonia religiosa estuvo como nunca en aquel pueblo, y Pedro Guitarra echó la casa por la ventana, y aunque no era rico; a no dudar se endeudó para que no faltaran lechonas asadas, gallinas adobadas, morcilla de gallina, arroz con asaduras, chicha fresca, chicha agria, seco, vino para las mujeres, y hasta algunas botellas de whisky.

La pareja sobresalía entre los invitados, no sólo por su juventud, sino porque la chica era muy habilidosa en todo tipo de artesanías y labores caseras, y Pedro, además de ser un experto ebanista, hombre trabajador y sumamente cumplido y estricto en todo, era el mágico intérprete de la guitarra, cantaba hermosos pasillos y boleros.

En el pequeño poblado, cerca de la cordillera azul y morada habían algunas cosas que Pedro Guitarra, forastero él, le hizo amarrar al lugar, desde la noche en que vino a cantar una serenata, a pedido de un amigo.

A la semana siguiente, allá a lo lejos, a la entrada del llano, bajo la ramazón del viejo algarrobo por donde se perdía el sol, aparecía un jinete. Entonces vieron llegar a la comunidad un hombre, con caja de herramientas y una guitarra. El hombre se llamaba Pedro Guitarra, quien instaló su taller y echó allí sus raíces nuevas. A él le encantaba la verde meseta, plana como una mesa; el espectáculo de la cordillera cercana y una poza redondita, de aguas transparentes y verdiazules, rodeaba de altos muros de piedras amarillas, y rociada por la caída de una pequeña catarata que atravesada por los rayos del sol, llenaba la poza de un iridiscente arco iris.

Para las muchachas casaderas y aún, para todas las mujeres, Pedro Guitarra era una atracción, pero el ebanista estaba lejos de ser un putañero de ocasión, sino ciertamente un hombre hecho y derecho. En su ajeteo diario esperaba la suerte de hallar una mujer de su clase, para amarrarse de por vida y no muchachas fáciles, para un pasar, y menos mujerzuelas culiprontas.

En ese rumbo, al fin y al cabo, en una misa dominical le pegó el ojo a una muchacha, como de dieciséis años, cuya voz se destacaba en el coro, además de su negra y larga cabellera indígena, sobre su blanco rostro: - «lo indio y lo español», se dijo -supuso buen talante de mujer para sus aspiraciones sencillas. No era la belleza del otro mundo, pero allí le iba a cualquiera otra del poblado y proyectaba en las gentes su hermosura, limpidez, sinceridad que la ennoblecía. Luego averiguó sus otros dones, y era tal cual la deseaba, un poco pobre, pero muy trabajadora.

De verdad, el amor empezó un siete de diciembre. Pedro Guitarra, con otros lugareños llevaba serenatas con motivo del día de las madres, él fue la casa de Catalina, la de los cabellos negros y largos, la hija de las señora Robustiana, la mujer de Cosme, y allí

hizo las mejores canciones de la noche. Pero hubo una pieza que mereció el comentario de los acompañantes, luego que se sentaron en la mitad del llano, en horas de la madrugada, a rematar una botella de seco.

-Oye, Pedro, ese bambuco, como que no sonó bien para doña Robustiana.

-Nada, amigos, ésa era para la hija.

Era aquel que decía:

"Por un beso de tu boca,
yo no sé cuánto daría...
Tal vez en mi fiebre loca,
al besarte moriría."

Al día siguiente, cuando la Catalina pasaba frente a su taller, hacia la tienda, la detuvo y le dijo: -"Catalina, ¿qué tal la serenata de anoche? -"¡Ah! muchas gracias Pedro"... "Pues creo -dijo Pedro- que entendiste que la última canción era más bien para ti"... -"Pues mire, no; no me di cuenta" -contestó la muchacha, con su picardía.

Pasaron los veranos y las lluvias, y un día Pedro le comunicó a sus amigos, que se iba a casar, porque el destino, escrito estaba, había dispuesto ese encuentro y ese amor, y que Catalina sería eternamente la mujer de su vida.

Ahora, en la primera noche de luna de miel, luego del gran jolgorio, Pedro con el garrotillo en la mano, arrinconaba a Catalina, desnuda en una esquina del cuarto, echada allí como una espantada perra. La había golpeado duramente con los puños y chicoteado con el mulero en las piernas y los muslos. Ella, con el rostro metido entre los senos y las manos, temblaba de pavor. La estampa era muy distinta a su canto en el celestial coro. Sangraba por las comisuras de los labios, y mostraba llagas amoratadas en los muslos; tenía un ojo colombiano -morado- de un puñetazo; estaba hecha una piltrafa humana.

La cama doble de caoba, que el mismo Pedro había diseñado y decorado con todas las gubias, en cuyo respaldo aparecían dos

palomitas besándose los piquitos rojos, estaba desacomodada: una almohada tirada en el suelo, las sábanas arrugadas. Había en el pequeño cuarto semioscuro un ambiente de locura.

-Habla o te voy a colgar de esa solera. -gritó el enfurecido esposo- Y se dirigió a otro cuarto, trajo de allá una delgada sogá; puso en el centro del cuarto un taburete, se encaramó y echó las puntas de las sogas para alcanzar la solera. Hizo las debidas amarras y dejó los cantos para las débiles muñecas de Catalina, hecha un bolillo de pánico.

-¿Crees que no te voy a colgar por los dedos si no hablas? Dime, o te lleva puta.

Entonces, como la muchacha no abría la boca, el hombre, con tremenda furia la arrastró hacia el centro, le amarró las muñecas y templó las manilas, hasta dejarla suspendida en el aire, como a medio pie del suelo.

- O hablas o te mueres..., ¡so mosquita muerta!

Pero no contestaba; tenía los ojos cerrados; se movía como un muñeco blanco, desnudo, con su par de hermosos senos, y su pubis negrísimo, en armonía con los cabellos, pero ya su cuerpo, con languideces y veladuras lilas, azulencia y verdosas, daba la impresión de una pintura de la crucifixión de Jesús.

-Pedro, ¡por dios, suéltame! -clamó la desposada.

-Hablas o te mueres, Catalina...

-Pedro si me sueltas...

-No, si me dices...

Pasaron unos cinco minutos, la muchacha se orinaba de susto y su corazón se le salía a pedacitos por la boca; perdía la visión, se le secaba la lengua.

-Pedro, -¡ay, no me mates!...

-¡Te morirás! ¿Qué me queda?

-¡No me quiero morir!

-Habla indigna.

Hubo un silencio de dos minutos, ni siquiera se escuchaban los suspiros de la muchacha, pero ella no se había muerto aún y luego al fin se atrevió a hablar.

-¡Habla!...

-Fue el cura Sinforoso Fonseca..y no fui yo la única...

Serían las once y media de la misma noche, cuando Pedro Guitarra tocó la puerta de la casa de don Cosme. La señora Robustiana abrió.

-¡Dios mío!...¿qué veo? -exclamó la señora.

-Aquí le devuelvo a su Catalina, como me la dieron-dijo Pedro Guitarra y por la misma se fue.

-Hija linda, ¿qué te ha pasado, amor mío?

Al día siguiente, aunque el pueblo amaneció, como siempre, las cosas no eran iguales. En la casa de don Cosme todo se derrumbó, como un terremoto, o algo peor. Catalina golpeada y espiritualmente muerta, era consolada por su hermana menor. Pero nadie la hacía hablar. Cosme dudaba entre matar a Pedro Guitarra o a su hija, pues no sabía la razón de nada. Robustiana como era madre, sospechaba la cuestión de los hechos, pero ni siquiera quería suponer, lo que su instinto le dictaba. Por eso no insistió en las preguntas, para no acabarla de matar. Qué terrible situación y qué vergüenza para la familia humilde y trabajadora de don Cosme, que toda la comunidad se enterara ese día que Pedro Guitarra había devuelto a Catalina a su casa esa misma noche. "¡Horror, santo dios!"...

Pero allí no terminó la desgracia. Esa noche Pedro Guitarra se apareció temprano en la cantina; al lado, en la gallera, todavía quedaban los apostadores de las peleas de gallos de la tarde del domingo. Se sentó en la mesa habitual, desde donde se abarcaba la serranía azul; pidió una botella de seco y allí solito empezó a echarse vaso tras vaso. Al rato llegaron sus amigos íntimos. El brindó, y cuando la botella terminó, en silencio, con la mano, pidió otra. Luego, la cantina se llenó de gente ansiosa por conocer la cosa. Pero ni Pedro abordaba el asunto con sus amigos, ni nadie quería importunarlo con preguntas al respecto, para no hablar de la sogá en la casa del ahorcado.

Alrededor de las casas, en el llano y otros lugares del pueblo se hacían toda clase de comentarios y suposiciones. Era una desgracia para la comunidad y una verdadera lástima, porque afectaba a gentes tan queridas y laboriosas.

-Parece inconcebible que estas vainas ocurran -dijo allá por lo bajo, el viejo cantinero- pero el mundo es así.

De pronto Pedro, ya con los tragos en la cabeza, dejó de tomar y le dijo a sus amigos:

-Perdí.

Bajó la cabeza, y se quedó largo rato así, con un vaso en la mano.

-Perdí, como se pierde un gallo peleador en la gallera. Hubo un silencio circular, todos los galleros y la clientela quisieron escuchar, letra por letra; confianzudos, hicieron ronda en torno a la mesa. Pedro levantó la cabeza, al parecer no le molestó el circo.

-Está bien -dijo- ¿ustedes quieren saber por qué le devolví la Catalina, que era todo mi amor, a don Cosme y a doña Robustiana, a quienes tanto aprecio?

No se escuchaba el vuelo de una mosca en la temprana noche, sino uno que otro grillo afuera, en el llanito.

-Porque primero anduvo con otro... nada más por eso.

Unos asintieron, otros reaccionaron con hilaridad.

-¿Saben quién fue el autor de esa cacería?

Los hombres se miraban entre sí y luego aguzaron la atención estirando las orejas y casi echándose encima de los amigos que acompañaban al adolorido Pedro Guitarra.

-El cura Sinfonso Fonseca, quien además se ocupó de las demás muchachas del coro, unas trece...

El murmullo sacudió el silencio de la cantinita; los clientes pidieron sus últimos tragos; se oía uno que otro canto de gallo. Pedro se levantó del taburete, para salir.

-No me acompañen -dijo a sus amigos- me voy solo, tal cual vine.

Empezó a cernirse una llovizna, con chispitas lentas y lastimosas. Sobre una palma tal vez, o un árbol viejo, cantó el cocorito.

Al día siguiente fue el escándalo social; ya no se pensaba en Pedro y Catalina, sino en el cura Sinforoso, el santo que había venido hacía años de España. Se decía que era canario, de las islas Canarias. Allí su padre, un fornido campesino criaba puercos, y había tenido once hijos. Cinco hembras y seis machos, entre ellos, el último, Sinforoso. Todos los otros resultaron aventureros, marinos, soldados y algunos fueron a parar a las cárceles, por bandidos, pero Sinforoso optó por la religión y se hizo cura. Su impetuosidad en las acciones, su fortaleza de canario y sus decisiones inequívocas eran bien conocidas por todos. Pero del otro lado de la medalla de su talante era poco lo que se comentaba, entre otras cosas, por el respeto al cura y el sentido de la piedad de las mujeres. En los mentideros y en la gallera se runruneaba, a veces, que el cura solía ir con las chicas del coro a bañarse a la divina poza azul. Se arreaba la sotana, sin más ni más, y quedaba en calzoncillos, que le dejaban entrever las partes. Las chicas, desde luego socarronamente y de medio lado le sapeaban aquello y el cura les decía: - "¡Ya vienen con la malicia!...¡ya vienen con la malicia!..."

Cuando don Cosme, supo la real historia de su hija y el autor quedó sentado, apopléjicamente en la silla, de la pura rabia, entre conciente e inconciente, y luego de volver en sí gritó: - "Tú Robustiana, eres la única culpable. Te lo dije siempre, eso de que Catalina anduviera en los dichos coros y en cuanto paseo organizaba el Sinforoso... Pero tú siempre tonta, buenaza, creyente, pensando que los curas todos, son apóstoles. Te decía, sobre eso de la sobadera del cura con Catalina: -"Robustiana, Robustiana no te olvides que cura arrecho no cree en dios"- Te lo decía y tú en lugar de hacerme caso me insultabas porque yo le faltaba el respeto al padre. Y ahora, ¿qué? Y no sólo fue ella, sino las otras doce hijas de Marías Solteras... ¡Mierda, cura cabrón!..."

Pero nadie movió una paja en aquel pueblo para honrar a Catalina y a las doce muchachas del coro. Sólo reverberó el rumor de casa en casa, incluso en la misa de seis y en el rosario, casi nadie se atrevía a mirar de frente al cura, y éste se hacía el chivo loco, como que no se daba cuenta de nada mientras le puyaba la tempestad que le sacudía las asaduras.

Esa noche, tarde de la noche, cuando bajo la luna llena el cocorito cantaba arriba de un alto caimito, en un descuido de los vivientes de la casa de don Cosme, la Catalina sigilosamente y como un fantasma -en la noche anterior las vecinas comentaron que habían visto un fantasma cruzar el llano -la mal herida muchacha, en realidad salió por una ventana y se fue a la poza azul transparente. Desde arriba de los paredones de amarillas rocas en donde los indígenas grabaron cuestiones que parecían signos misteriosos, la luna redonda proyectaba hacia el fondo del agua, la sombra celeste de Catalina. Ella levantó la cabeza con sus brillantes cabellos largos y negros, para darle un vistazo a la luna, se persignó y se lanzó al abismo de las aguas. Allí, momentos después la verían la misma luna llena y las sardinas plateadas, flotar como una enorme orquídea lila y muerta.

En la mañanita, cargada en andas de los vecinos y familiares, trajeron a la finada Catalina, a la desgraciada casa de don Cosme, y después la enterraron en el cementerio, sin llevarla a la iglesia, porque dicen que los que se quitan, por sí mismos la vida pierden ese derecho.

Eso fue como a las once de la mañana. En la tarde en el ocaso amarillo pálido y triste, detrás de las palmas y los mangos, se vio salir en su caballo oscuro a Pedro Guitarra. Llevaba la cajita de herramientas y la guitarra; el sombrero de junco, con el ala delantera agachapada sobre la frente derrotada. El pueblo, desde ventanas y puertas, lo vio pasar; iba sólo por el camino; allí se perdió, como una sombra, al final de la meseta entre la ramazón del rojo y viejo algarrobo del crepúsculo.

A la semana de estos sucesos las aguas turbulentas trataban de llegar a su nivel; la pregunta de los vecinos era muy sencilla: "y el padre Sinforoso, ¿qué?" ya todo mundo conocía cuáles habían sido las otras muchachas santificadas por el cura. Una, hacía años había salido, de repente, en cinta y se fue del lugar. Otras se casaron sin angustias ni puerca asada, y algunas estaban por allí de solteras, en espera de algo. Honradas por Sinforoso, quien en los momentos de la cúpide les musitaba que eso no era malo, sino que ahora quedaban purificadas, terminaron por hacerse que la cosa no era con ellas.

El domingo en la gallera, en un momento dado, alguien dijo

-Los que sean hombres que me acompañen.

-¿Para qué? -respondió un gallero, con su gallo en los brazos.

-Vamos a capar a ese bribón del cura Sinforoso para vengar al pueblo.

-Sí, contestó otro; vamos a cortarle los huevos y echárselo a los puercos...

-¡A la carga!

-¡A la carga!

No bien habían marchado unos veinte metros hacia la casa cural, por el llano del pueblo, dando gritos, cuando les salió al paso, el alcalde y los detuvo.

-¿De qué se trata señores, que yo no sé?

-Alcalde, vamos a capar al cura fornicador.

-¡Santísimo!

-Súmese alcalde para vengar el oprobio que se nos ha hecho a todos.

-¡Santísimo... Pero eso está en contra de la ley, y no lo puedo permitir. Mejor vuélvase a la gallera; se los pido por favor... Yo me dirigiré a las altas autoridades para el debido castigo, pero nada de revoluciones y menos de descojonar a un presbítero. ¡santo dios! Porque entonces sí se sala definitivamente este pueblo...

Los galleros regresaron a la valla y siguieron la riña de gallos sin mayores remordimientos.

Pero al día siguiente, uno que le decían Estalin, porque en 1932 había participado, en la capital, en el movimiento inquilinario, y quien huyéndole a la policía regresó a su pueblo; un obrero descreído que no era aficionado a los santos ni a los curas salió temprano en la mañana y le tocó la puerta al personero.

-¿Qué te sucede Estalin? -le preguntó el funcionario municipal al huelguista.

-Oye, préstame una máquina de escribir y algo de papel. Mira, y si no es molestia, una o dos hojas de papel carbón.

-¿Qué? ¿Tienes algún caso para demandar hoy?

-Sí, hombre, un tremendo caso.

El personero prestó la wondergood, y le trajo café con tortilla de maíz amarillo, y Estalin sacó un ajado manuscrito y empezó a sacar copias. Como a la hora, Estalin le dio las gracias al personero y se dispuso a repartir las volantes, en varios lugares y casas. Después el personero supo, para su disgusto, que se trataba de una décima que en parte decía así:

"Escuchen la triste historia
de un cura y su valentía,
que sin querer se comió
trece hijas de María".

"Un Sinforoso Fonseca,
por más señas, español,
vino a esta tierra del sol
con una sotana chueca.
Luego aumentó de manteca
de influencia y de oratoria
y de amores y de gloria,
y cual zorra en gallinero
de las niñas fue el primero
ESCUCHEN LA TRISTE HISTORIA".

Y en ese tono fueron las restantes tres estrofas de la espinela. A los pocos días el señor personero mandó a buscar al poeta Estalin con el sargento del lugar.

A la personería se presentó Estalin, en el supuesto de que se trataba de represalias por haberse identificado, mientras en la capital lo buscaban por sus acciones revolucionarias de la lucha inquilinaria.

-No es eso, distinguido poeta, mire este telegrama -dijo el personero, y le extendió el papel.

El telegrama decía: «Ponga a mi disposición a Rogelio Yañez, alias Estalin, y trasládalo detenido a la cabecera de la provincia. Firmado: Procurador General de la Nación.»

A la mañana siguiente, las gentes, desde puertas y ventanas, pero sin mover una paja, vieron cuando llevaban a Estalin maniatado y tirado por una soga, mientras el sargento en su caballo iba adelante, a paso lento, hasta perderse allá, entre las ramas del viejo algarrobo por donde se acostaba el sol, en los crepúsculos del llano.

Después llegaron al pueblo noticias de los amigos de Estalin, en el sentido de que había sido mandado a la isla penal de Coiba, por haberle faltado el respeto al señor cura Sinfórico Fonseca con la injuriosa espinela.

Pero a la semana siguiente y sin haberse despedido de nadie, por la misma ruta habitual de los viajeros pasó el cura con una tropilla que cargaba pertenencias y demás propiedades. Salió temprano. Desde las puertas y ventanas los vecinos, lo vieron alejarse, hasta cuando las sombras violetas se perdieron en la curvatura que daba fin a la meseta, en el sitio del añoso algarrobo. Muy pocos supieron más del cura Sinfórico, algunos recibieron noticias de Estalin, cuando, al fin salió de Coiba y nadie en absoluto tuvo razón de Pedro Guitarra.

Y dicen que pasaron los meses y años, y el pueblo casi parecía el mismo, porque estaba la meseta verde, la cordillera azulena y la poza transparente, con su chorro multicolor. Habían desafíos de gallos finos en la gallera, pero era un pueblo distinto, como son las

cosas de la vida y del mundo, un pueblo sin Catalina, sin Pedro Guitarra, y sin el cura Sinforoso, y el tiempo se encargó de tapar esos huecos, borrar aquellas angustias y curar las heridas, aunque un vendaval del mismo diablo, una tarde se llevó en los cachos, al viejo y corpulento algarrobo del crepúsculo.

Se supo que el obispo había ordenado, como castigo, el traslado del padre Sinforoso Fonseca a otra parroquia, al Este de la capital del país, en donde nadie supiera de dónde venía ni porqué. Allí, al parecer se arrepintió y como de los arrepentidos se sirve dios, pues así fue. Hizo carrera larga y con los vecinos y el apoyo de una agencia para el desarrollo de los Estados Unidos, en su parroquia se construyó una escuela técnica para niños de conducta especial.

Llegó la hora en que el padre Sinforoso Fonseca se puso viejo, por lo cual ya ni podía levantarse de la cama y no obstante seguía con sus misas, bautizos, rosarios... Sin embargo, aseguran que todo cuanto empieza termina, y su corazón palpité súbitamente un día, a las doce en punto, cuando almorzaba un guacho de marisco y entró al comedor una niña, como de trece años, cholita ella, de cabellos negros y largos y le preguntó al padre:

-Padre, ¿por qué usted no quiere organizar aquí una Congregación de Hijas María Solteras, y un coro para ayudarle a cantar la santa misa, como en otras iglesias?

El padre sintió que recibía un garrotazo en la sien, viró las cutarras, se desplomó, y así lo hallaron las personas que lo atendían, objetiva y supremamente muerto.

Meses después, cuando se inauguró el plantel, incluso con la presencia del embajador de los Estados Unidos, el ministro de educación, con la previa aprobación del obispado, develó la placa conmemorativa, colocada en el frontis del colegio; ella decía con letras góticas: "Escuela Técnica, Padre Sinforoso Fonseca".

Ciudad de Panamá
Junio - 1993.

HUEVOS DE CABALLO FINO

1

-Usted me perdonará patrón -le sopló con desusada socarronería el mayoral a su jefe, don Napoleón Ladrón de la Guardia y Rentería- pero dijo el señor alcalde, que su caballo no era mejor que el cuarto de milla peruano, del afamado y riquísimo hacendado, don Porfirio Piedrahita, quien vino a la feria, en representación del señor presidente de la república.

-Eso no puede ser Patrocinio... no puede ser.

-De ello habló el alcalde, señor y perdóneme.

-¿Y en dónde comentó tal pendejada, ese alcalde maricueca?

-En la cantina, cuando despedían al hombre del presidente.

-Borracho lo diría.

-Eso comentó la gente.

-Porque de haber estado yo allí, tú bien lo sabes Patrocinio, que lo mando para el mismo carajo y le doy cuatro trompones, para que se los lleve a mi gran amigo el presidente. ¿Qué se han creído estas bestias pueblerinas? ¿No saben quién es aquí, Napoleón Ladrón de la Guardia y Rentería?

-No lo sabrán, patrón, pues de haberlo oído yo lo jodo por el nombre de mi santa madre, que me lo apeo del caballo y lo desnarizo, de un solo pescozón, aunque me hubiera metido preso.

-Gracias Patrocinio, tú no estabas, pero mira y oye lo que te voy a declarar, para que lo riegues en el pueblo inmediatamente: hoy es lunes, pues a más tardar, después del miércoles, ese hueveta del alcalde no lo será más... Y se acabó, Patrocinio... ¿O quién soy yo en este miserable pueblo? ¿Ah?

-Usted es el Papasanto, patroncito, pues ya le falta poquito para hacer milagros, don Napo.

-No exageres Patrocinio... no exageres.

El miércoles al medio día, precisamente antes del juego de la lotería, don Napoleón recibió, del excelentísimo señor presidente de la república, el telegrama de desagravio, mediante el cual le comunicaba que había destituido al alcalde, inmediatamente, y le pedía disculpas por la irreverencia de su subordinado.

2

Buena mañanita salió don Napoleón en su caballo, en paso «picaos», a ver cómo iban las cosas, en los terrenos que había arrendado recientemente, a unos empresarios colombianos, ya que en la tarde debía ir a la capital para atender una reunión de mucha importancia, con ejecutivos norteamericanos. Hombre mañanero le gustaba sorberle el rocío a las madrugadas. Esta vez, cuando repicaban los pasos del famoso caballo hacia sus tierras, vio salir la bola roja del sol entre las cuerdas infinitas de sus alambres. -"¡Jum!... exclamó... hoy el sol se quedó dormido".

Halló a los colombianos, debajo de una enramada, justamente a la hora del café.

Buenos días, señores -saludó el hombre del caballo.

-Buenos días, don Napoleón. ¿Qué lo trae tan de mañana por estos lados?

-Pues saber de ustedes.

-Por favor, bájese don Napo y tómese un cafesillo tinto, que es muy colombiano.

La conversación en el desayuno versó sobre los progresos de la empresa, que la compañía colombiana, se proponía realizar en los terrenos arrendados a don Napoleón, en donde habría, además un puerto de río y una pista para las avionetas.

Los empresarios aseguraban que iba a ser de mucho impacto para el desarrollo de toda la región. Pero luego, entre sorbos de café, se hicieron comentarios acerca de la feria y de los criterios sobre los mejores caballos de paso.

-Mire, don Napo, ahora, al ver su precioso caballo, yo, como buen conocedor de estos menesteres, le digo que el caballo del representante del señor presidente nunca fue mejor que el suyo no era nada cierto, yo estaba allí.

-No hombre, ¡qué va a ser! Son cosas de la política.

-Así es, ¿pero quiere que yo le dé una idea?

-¿Qué asunto?-

Como usted viaja tanto, vaya a Medellín. Visite los famosos criaderos de caballos finos y allí podrá conseguir uno, para taparle la boca a cualquier millonario, no sólo de aquí, sino de toda Centroamérica.

-No exagere ingeniero...no exagere.

-Pero vaya, don Napo, usted es poderoso y puede hacerlo.

3

Don Napoleón Ladrón de la Guardia y Rentería, acompañado de uno de los jefes de compras de su agencia importadora y muy bien orientado por sus arrendatarios colombianos, se fue a Medellín, justamente para ver una de sus renombradas ferias. Y tuvo la suerte, en la visita a la muestra de caballos finos, de hallar un hermoso caballo negro, de cabeza pequeña como los árabes y la crin con un raro tono dorado. De súbito don Napoleón se enamoró del potro. Mas como buen comerciante empleó sus viejas mañas de regateador y lo cierto fue que logró muy buen precio y realizó el negocio. Ordenó a su ayudante que pagara e incluyera el transporte, para que el animal llegara, sano y salvo, no sólo a la capital canalera, sino a la propia hacienda "Santa Gracia" de su pueblo, en el interior de Panamá.

-Ya van a ver esos pendejos de mi país, quién es quién... -dijo el hombre en la feria mientras sobaba la curvada nuca del esbelto corcel- y mira, el caballo se llamará "El Mandamás Dorado".

4

Y todo resultó como don Napoléon lo ambicionaba, pues en la conocida feria de Chiriquí, a la cual asistían ganaderos centroamericanos, se dio el gusto, no sólo de recibir los mejores elogios por ser el caballero mejor montado, sino que su caballo, "El Mandamás Dorado", obtuvo el primer premio en la exhibición de caballos de paso. Esta vez, sin bajarse del campeón fue entrevistado por la prensa nacional y extranjera y fotos suyas, vía satélite, aparecieron incluso en algunas revistas especializadas de Estados Unidos y de Europa.

El señor presidente no se hizo esperar y le envió un telegrama de suma felicitación.

5

Era el caliente mes de marzo, y en su hacienda, bajo tupida parra de granadilla, don Napoleón se escapaba del infiernillo veranero, sobre la agradable espuma de una siesta sosegada. Tres de la tarde. La hamaca repetía su tonada: ris... ris... en eso, la secretaria recibió una llamada, a través del sofisticado sistema radiotelefónico francés, allí instalado; la rubia muchacha se sorprendió, porque la voz venía de la lejana Francia, le dijeron algo así como que de la Costa Azul, de Cannes.- "¿Cannes... Cannes?" - Se preguntó la chica- me suena".

Llamó al muchacho, pero éste le recordó que el patrón dormía la siesta. -"¿Qué hago? ¿Qué hago? Porque si lo despierto... es capaz de putearme"-

-Señorita -respondió al fin la temerosa secretaria- Don Napoleón de la Guardia y Rentería a quien usted llama, en estos momentos hace su siesta.

-Pero por favor, se trata de una cuestión de mucha importancia para él, le llaman de Cannes, Francia, de la Costa Azul... ¿Me comprende?

-Claro que lo comprendo... de la Costa Azul, de Cannes, ¿No es allí donde realizan los famosos festivales de cine?

-Sí mi querida damisela... llámelo.

-Yo apenas soy una secretaria. ¿Por qué no vuelve a llamar dentro de una hora, más o menos?

La llamada se cortó. Pero a la hora, justamente, se oyó la voz tronante de don Napoleón.

-¡Mi buchito de café!... O es que soy tan miserable que no hay una taza de café y un traguillo de anís, para este mortal?

La bellísima secretaria corrió con la bandeja humeante de café, con arepitas recién fritas y una fina copa de Anís del Mono.

-Perdón don Napo... ¿Le informo?

-Qué cosa niña?

-Hace como una hora le llamaron por teléfono.

-Bueno ¿y qué?

-No me dijeron, pero le hablaban de Cannes, Francia, y la persona decía que era de mucha importancia para usted.

-¿Y por qué no me llamaste, tontuela?

-Señor. ¿y no me ha dicho usted que me mataría si le daño la siesta?

-¡Hum!... tienes razón. ¿Pero de Cannes?

-Si don Napo.

-Cannes...Cannes... me suena.

-Perdone, señor no será de alguna famosa artista, de ésas que a menudo nos habla y que apenas llevan un hilo dental entre las posaderas.

-No exageres muchacha...no exageres.

En eso sonó, de nuevo el teléfono.

-Don Napo -exclamó la chica- tome, es la llamada.

-¡Aló! -respondió el hombre.

-¿Con don Napoleón Ladrón de la Guardia y Rentería?

-El mismo que viste y calza. ¿Con quién tengo el honor?

-Mire distinguido don Napoleón, acabo de informarme, por una revista francesa de su sonado triunfo con el caballo "El Mandamás Dorado", y quiero felicitarlo.

-Gracias, ¿pero con quién tengo el gusto de hablar? ¿Es usted periodista? ¿Se trata de una entrevista?

-No mi estimado ganador; da la casualidad de que el caballo suyo es de mi cría, de mi hacienda en Medellín. Es uno de los mejores que he tenido.

-¡Ah, muy bien! Allá me dijeron que usted vivía en Suiza.

-Así es, ahora estoy en la Costa Azul. Pero hay un problemita y deseo que usted, con sus dotes de caballero me lo resuelva.

-A ver, dígame.

-Se trata, señor de que ha habido un pésimo mal entendido.

-¿Mal entendido? ¿A qué se refiere?

-Nada don Napoleón, pues algún burro debo tener yo de administrador en aquella empresa, que por una cosa u otra se equivocó en la transacción del caballo.

-Pero todo fue legal, señor legalísimo.

-Lo sé don Napoleón, no tengo la menor duda acerca de su honorabilidad, pues desde Panamá, en donde poseo un importante banco, me han hablado muy bien de su nombradía y gran fortuna.

-Así es señor, yo mismo hice la compra y pagamos, tal cual fue el negocio.

-Sí, en eso no hay confusión alguna, distinguido empresario, la culpa fue de mi administrador, pues en realidad le dieron un caballo que no era. El que usted se llevó cuesta casi el doble de lo pagado por su excelencia.

-Bien, pero yo pagué veinte mil dólares.

-Eso me informaron hoy, cuando llamé a Medellín, luego de haber visto la entrevista, en la cual usted manifestó que había adquirido el caballo en mi negocio. Ese caballo, don Napoleón, vale cincuenta mil dólares, por lo bajo. Pero perdóneme, no se trata de esa pequeña cifra, para usted o para mí, sino que yo le había

prometido dicho ejemplar a mi hija, con motivo de sus próximos quince años.

-Mire señor -ripostó don Napoleón- ¿y qué me pide usted ahora?

-Pues un arreglito, casi nada. Deseo que me devuelva «El Mandamás Dorado», que yo le voy a reconocer un veinticinco por ciento, sobre el precio real, y le devuelvo, por supuesto, en su propia hacienda «Santa Gracia», el caballo correspondiente al precio que usted pagó, casi igual, medio hermano, negro y también de crin dorada. Créame, don Napo, me causa mucho desagrado solicitarle esto, porque entiendo lo que ya, para usted, significa ese campeón, pero acudo a su gran caballerosidad, reconocida internacionalmente.

-No señor, eso no se puede hacer.

-No se ofusque don Napoleón, hasta las guerras se resuelven mediante el diálogo... es la época.

-Ni qué diálogo, ni qué época, lo que sucede es que usted, no sabe quien soy yo en este país y después de ese premio que recibí, ¿qué va a decir la gente si le devuelvo el caballo? ¿Qué yo, don Napoleón Ladrón de la Guardia y Rentería, hijo de uno de los troncos más honorables de la sociedad, no soy sino un desvergonzado bribón?

-No en absoluto... yo puedo hacer publicar, en cualquier periódico o revista del mundo artículos sobre este involuntario error, y usted, muy al contrario ganará más con esta historia, que si no me devuelve el caballo, porque, desde luego, mi distinguido comprador, usted tampoco me conoce a mí.

-Claro, y ni falta que me hace. Con todos los problemas que yo tengo, ahora me viene usted con esta vaina.

-Perdóneme, don Napoleón, no es ninguna vaina, es un gesto, un beau gest, y nada más. Me devuelve su "Mandamás Dorado" y yo le hago llegar, como un príncipe y hasta en aire acondicionado y todo, el caballo que verdaderamente usted debió recibir, y santa paz entre nosotros. Usted no tiene idea, de lo que significa para mi hija ese caballo.

-No señor don, ¡ni qué santa ni que paz del diablo! Y si usted habla de guerra, pues volveremos a hacer la guerra de los Mil Días... Y así supremamente disgustado, don Napoleón de la Guardia y Rentería tiró el teléfono, barboteando una terrible palabra panameña.

-¿Qué sucede señor? -preguntó asustada la secretaria.

-Nada... ¡una caída!

-¿Le traigo un cafecito más?

-No llámame, de una vez al Presidente de la República.

6

Esa mañana del viernes, casualmente desayunaba, como era costumbre suya, nada menos que en el palacio presidencial, con el propio señor Presidente y un invitado especial, el embajador de Francia, cuando don Napoleón recibió una llamada, desde su hacienda "Santa Gracia". Era Patrocinio, su mayoral.

-Te oigo ¿eres tú, Patrocinio?

-Sí, jefe.

-¿Y cómo se te ocurre llamarme aquí, a la presidencia, por cualquier cosa?

-Porque su señora, mi ama, me dijo que usted estaba allí, patrón y perdone, don Napo, no es cualquier cosa, sino que "El Mandamás Dorado" amaneció capado...

-¿Qué?

-Que caparon al «Mandamás Dorado»; capaito señor, como un perro capado.

-¡Putas!... no puede ser, oye... ¿estas borracho Patrocinio?

-Patrón, le digo que lo caparon.

-Y tú, so mariconzón, ¿qué estabas haciendo?

-Jefe, los perros amanecieron degollados; la capada tuvo que ser como a las tres y media de la madrugada. Nadie oyó nada, porque además, parece que primero inyectaron al caballo y lo adormecieron.

-¿Y por qué dices tú que sería como a las tres y media?

-Bueno, digo yo, por un decir; pero si hubiera estado yo despierto, primero me matan... usted bien lo sabe.

Cuando el señor Presidente observó que a su amigo Napoleón, tras de la llamada, se le salían los ojos de las cuencas, le preguntó por la causa de su trastorno: -"¿Qué ha ocurrido Napo?"

-¡Mierda, Presidente!... algún cabrón me mandó a capar el caballo...

-¿Cómo? ¿"El Mandamás Dorado"?

-Sí presidente, pero qué "Mandamás" será sin huevos?

Ante semejante intríngulis, el señor embajador de Francia quedó verdaderamente estupefacto.

7

Desde aquel desgraciado día, don Napoleón Ladrón de la Guardia y Rentería, se hizo acompañar, donde fuera, de temidas escoltas y empleó guardias de seguridad, en su casa, en los varios negocios, industrias y haciendas. El propio presidente le dio cierta protección.

Cuando en su pueblo, don Napoleón circulaba ahora con tal acompañamiento de individuos armados hasta los dientes y con feroces rostros, en realidad, las gentes trataban de esconderse por si un tiro se les salía, aunque en callejones y cantinas menudeaban comentarios, chistes y tiradera de diversos tonos.

-¡Ah, viejo maricueca!... por un par de huevos de caballo fino, le entró la tembladera- expresaría un supuesto borracho.

Y de ñapas, días después, en una de esas tardes de abril lluvioso, en su hacienda "Santa Gracia", a las tres p.m mientras don Napoleón dormía, cuidado por sus patibularias escoltas, sonó otra llamada de la Unión Europea.

-Aló, contestó la hermosa secretaria, ¿con quién desea hablar?

-Señorita, es una llamada desde París.

-¿De Cannes?

-No, señorita, de París.

-Pero sucedę que don Napoleón duerme y ha dicho, además...
perdóneme usted... ha dicho él que no quiere que lo vuelvan a joder
con esas llamadas.

-Pues lo intentaremos, dentro de una media hora.

A los treinta minutos, justamente, volvió a sonar el teléfono y
en este caso lo tomó un guardaespaldas.

-¡Aló!

-LLlamamos desde París a don Napoleón Ladrón de la Guardia
y Rentería.

-Señor, Napoleón -gritó uno de los vigilantes- despierte: lo
llaman desde París, Francia.

-¡Ah, es ese hijueputa! Déjemelo, que lo voy a mandar para el
mismo diablo. ¿Aló, quién es?

-Soy yo, el dueño de la cría de su lindo caballo, "El Mandamás
Dorado".

-Y ahora ¿qué quiere usted?

-Nada amigo, le hago una pregunta: ¿por qué anda usted con
esas escoltas y guardias de seguridad, si a mi sólo me interesaba
"El Mandamás Dorado"?

Ciudad de Panamá, marzo de 1994.

GLOSARIO

Barajustó-	de barajustar: huir velozmente.
Bichando-	de bichar, cazar bichos.
Black and White-	negro y blanco, especialmente zapatos.
Buchí-	Bull Shit, anglicismo, nombre despectivo, para referirse a campesinos.
Camarás-	camaradas.
Canero-	persona que habitualmente está en presidio.
Curacha-	baile típico
Changos-	pájaros negros, suelen andar en bandadas y son depredadores.
Chelos-	ojos claros.
Chigarra-	cigarra, Chicharra.
Chiva-	bus pequeño
Dad- Ibe-	dios del pueblo cuna.
Dule-	gente cuna.
Foreman-	capataz.
Gallote-	gallinazo.
Guajapin-	what happening- ¿qué sucede? ¿qué pasa?...
Guaricha-	pequena lámpara de querosín.
Hojarasquín-	el personaje congo camuflado con hojas, para defenderse de los enemigos.
Ibergoum-	dios cuna, el creador.
Inna mutíqued-	fiesta cuna, de niños de cinco a seis años.
Inna suid-	fiesta cuna del llamado corte de pelo, cuando la niña deja la pubertad.
Jorón-	altillo del rancho campesino.
Kabe dámalo cerquel-	exclamación que el suaribed da, en las reuniones y congresos del pueblo cuna para llamar la atención.
Machi-	en cuna, niño.
Mamera-	hijos acostumbrados excesivamente al amparo de las madres.
Man-	hombre.
Molas-	bella artesanía del pueblo cuna, utilizada para los corpiños de las mujeres; también es usada

	como obra artística y decorativa.
Muleto-	conejo silvestre.
Neles-	Sabios cunas.
Ñopos-	los ricos en los pueblos interioranos.
Ojo colombiano-	ojo amoratado por efectos de un golpe en las peleas.
Okey-	bien.
Paso picao-	paso de caballos finos.
Pichicuma-	avaro, cicatero.
Pichón-	costumbre en los bailes campesinos -cumbia- de pedirle al hombre la oportunidad para bailar con su pareja, en el propio momento del baile.
Revlú-	bolina, alboroto.
Sahila-	jefe máximo de una comunidad cuna.
Sanamabich-	Son of a bitch- Hijo de perra, de ramera.
Silampa-	abusión que se presente como figura blanca, enorme, entre nieblas.
Sonateo-	golpes seguidos de los tamboreros, y también los que hacen las mujeres que pilan, dados en el borde del pilón.
Suaribed-	Funcionario que hace el papel de inspector, en la sociedad cuna.
Waga-	personas no dules, en los pueblos cunas.

Este libro se terminó de imprimir en los
Talleres de la Imprenta de la Universidad de Panamá

CHANGMARÍN

Changmarín, nombre literario de Carlos Francisco Chang Marín, nació en 1922 en el caserío de la provincia de Veraguas, Los Leones, en la República de Panamá.

Se tituló de maestro en la Escuela Normal Juan Demóstenes Arosemena y ejerció el cargo durante algunos años. Posteriormente se dedicó plenamente a la lucha social y política, ejerciendo también el periodismo, con la conocida columna: "**Las Famosas Cartas a Tula**", y como Director del semanario UNIDAD, órgano central de los comunistas panameños.

Ha sido Galardonado con el premio nacional panameño Ricardo Miró, en poesía, cuento y novela. Mereció el Premio Especial, del concurso literario "*Rubén Martínez Villena*", y la medalla "*Victor Jara*", de la Central de trabajadores de Cuba, "*por su militancia revolucionaria y su arte de función de la liberación de nuestra América*".

Cuento: Fara gual, Faragui y otros cuentos, Nochebuena mala, cuentos de la invasión yanqui en 1989; Vida en la Oscuridad, Relatos de la cárcel (en ruso).

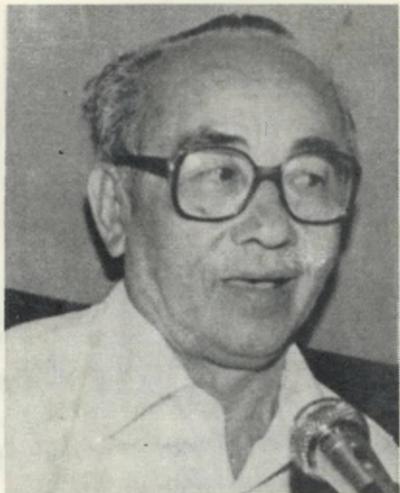
Poesía: Punto e Llanto, Socabón, Poemas Corporales, Dos Poemas, Versos del Pueblo. Versos para entrar al Canal, Crónica de siete nombres memorables. Los Versos de Muchachita, Las Tonadas y Los Cuentos de la Cigarra, Cantadera.

Novela: En ese pueblo No Mataban a nadie y el Guerrillero Transparente.

Biografía: El Cholito que llegó a General, vida de Víctoriano Lorenzo, para niños y jóvenes.

Ensayo: Panamá 1903-1970, con otros autores.

Areas Folclóricas de Veraguas y Base social de la décima.



Las Mentiras Encantadas es un volumen de quince cuentos del escritor panameño, Changmarín. Ellos reflejan el maduro estilo del autor de varios libros de cuentos: *Faragual*, *Faragual* y otros cuentos, *Nochebuena mala*, *Vida en la oscuridad* (en ruso) y cuentos publicados en revistas y antologías internacionales; entre ellos, el cuento *La Vaca*, de la Antología "*Cuentos y Narraciones de Hispanoamérica*", en homenaje a Vicente Blasco Ibáñez, y con prólogo de Gregorio Marañón, editado en Sevilla, en 1969; el cuento *El Correcto Secretario del Fiscal*, publicado en la revista Casa, de Cuba; el cuento,

Gallofuego Gallogente, mención del concurso de la revista Plural, del diario Excelsior de México; traducido al francés por Maryline- Armand Renard y editado en la compilación No. 9 de 1990, de Le Serpent e Plumes, París.

Del cuento *Seis Madres*, ganador de un concurso del diario La Estrella de Panamá el escritor y periodista Renato Ozores dijo: "*Seis Madres* a la impresión de estar escrito a chorros, vertiendo sin contención una serie de emociones fermentables en silencio y usando las palabras, no para vestir; sino para desnudar el pensamiento, como decía Unamuno".

Del escritor Changmarín dijo el fenecido novelista y poeta peruano Manuel Scorza: "En ese punto se ha iniciado un nuevo movimiento poético que yo llamaría realista. Habló de la poesía del mexicano Rubén Bonifaz, del dominicano Pedro Mir, del guatemalteco Otto Raúl González; del panameño Carlos Francisco Changmarín".

El catedrático, de la Universidad de Panamá, Dr. Euribiades Alvarado Caballero, quien obtuvo su título en la Universidad Complutense de Madrid, con el ensayo titulado: "La obra literaria de Carlos Francisco Changmarín, dice en relación a la cuentística de Changmarín, al analizar el cuento titulado *El Gato*, de Faragual y otros cuentos, lo siguiente: "Este cuento, digno de Hoffman o de E. Poe, por la magistral mezcla de la dosificación del misterio, el autor juega con el tiempo en un doble pasado-presente, y utiliza recursos del realismo mágico, sabiamente administrada".

A no dudar *LAS MENTIRAS ENCANTADAS*, será un importante aporte de la Universidad de Panamá, de la obra de un escritor panameño contemporáneo, que presenta un nivel latinoamericano en su obra realista y mágica, situando a Panamá, no sólo como un país canalero, sino de elevada cultura literaria.

LOS EDITORES